

N. SRI RAM

**UN
TEOSOFO
MIRA
AL
MUNDO**

PRIMERA EDICION CASTELLANA

TRADUCCION DE M. C.

MAYO 1957

UN TEOSOFO MIRA AL MUNDO

POR

N. SRI RAM

III

1950

EDITORIAL TEOSOFICA
ADYAR, MADRAS 20, INDIA

EDITADO POR LA
SUBCOMISION DE DIFUSION Y PROPAGANDA
DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA
SECCION ARGENTINA
JOSE INGENIEROS 1424 - ROSARIO

NOTA DE LOS EDITORES

Esta obra se basa en un cierto número de apuntes para conferencias y artículos (publicados anteriormente en "EL TEOSOFO" y otras revistas teosóficas) de N. Sri Ram, ex Vicepresidente y actual Presidente de la Sociedad Teosófica.

A decir verdad, mucho del material que se verá aquí es nuevo, puesto que al prepararlo para su publicación, el Sr. Sri Ram ha revisado cuidadosamente y ampliado los temas originales.

Tenemos el agrado de presentar esta serie de exposiciones, no sólo para los teósofos sino para todos los hombres y mujeres conscientes reflexivos de todas partes.

INDICE

	Página
I—La patria de la Teosofía	1
II—¿Qué es la Teosofía?	5
III—La obra de la Sociedad Teosófica	11
IV—¿Quién es el verdadero teósofo?	18
V—Un fermento para el pensamiento del mundo	23
VI—La naturaleza del hombre	32
VII—La lucha por la perfección	41
VIII—La contienda entre la luz y la oscuridad	49
IX—El mundo en el período de transición	53
X—La naturaleza de la crisis actual	66
XI—La India, su pasado y su presente	71
XII—El problema de la libertad	88
XIII—Democracia Espiritual	95
XIV—La Antigua Sabiduría desde el punto de vista moderno	104
XV—Hacia la Unidad	113

I

LA PATRIA DE LA TEOSOFIA

La Sociedad Teosófica, la patria de la Teosofía, es una tierra donde el velo, desconocida oscuridad circundante, no es causa de separación, porque está iluminada por los rayos de la primera aurora del Sol de nuestra Sabiduría, que caen sobre el mundo de nuestra ignorancia.

La Sociedad Teosófica quiere ser una Liga de Naciones, algo así como la organización de las Naciones Unidas, pero en un sentido espiritual, un organismo para el mundo entero, en el que la gente de distintas nacionalidades, fées, educación y otros intereses, se agrupe por un profundo y amplio espíritu de comprensión que salve todas esas barreras; que no admita propósitos contrarios o malentendidos, aún cuando de vez en cuando aparezcan dificultades, que no haya política de fuerza, porque el Espíritu es eternamente libre y en el reino del Espíritu hay una democracia de libertad, auto-iniciación, y auto-descubrimiento, en consonancia con un orden dispuesto y provocado por la autocracia de la sabiduría y no obstante, con una política definida, percibida en un efecto definido.

No hay un sistema establecido de verdades teosóficas a las que tenga que plegarse una agrupación ortodoxa; sin embargo, existen ciertos hechos fundamentales de la naturaleza, hechos para Aquellos que los han puesto a nuestro alcance, a los que los más conscientes y activos entre nosotros, les hemos otorgado, de libre consenso, nuestra más amplia aceptación. Nuestra Sociedad no está constituida por un cuerpo de teóricos o de intelectuales académicos, no es un club social ni un club de afectados idealistas, ni aún por un grupo de reformistas fanáticos que se dedicasen filantrópica pero exclusivamente a un solo y limitado objetivo. La teosofía los admite a todos y a todos los tolera, hasta los anima, más, empero, trasciende y sobrepasa sus limitados fines y miras.

Nosotros sostenemos la idea de entendimiento de que es al mismo tiempo el logro de ese entendimiento que incluye la sabiduría pura a la vez que sus numerosas y divergentes manifestaciones. Lo que esa idea representa, lo que es la esencia de esa pura sabiduría, lo debemos descubrir cada uno de nosotros, percibiéndolo, no tanto por la lectura, de las palabras de otros, que es en realidad una disección de pétalos, sino haciendo que la sabiduría crezca y florezca en nosotros y lance su fragancia al aire, al aire que respiran nuestros semejantes, que así recibirán vitalidad, y hasta, si la fragancia lo permite, se elevarán en éxtasis.

La Teosofía es un asunto de vida más que de mera forma y mucho más que el análisis detallado y la clasificación de las diversas partes que integran esa forma. El que ha realizado e incorporado para sí una verdad de vital significado, viene a ser, por ese acto, un transmisor de esa verdad, que ninguna mera propaganda verbal puede fijar en el corazón de los demás. En estos días en que la organización compleja va en aumento, para lo que tan capacitada está la mente del hombre, necesitamos mucho más que antes y con más urgencia el conocimiento de *Lo* que no puede organizarse, porque es indefinible y sobrepasa todas nuestras capacidades; el sentido de lo que yace eternamente en nosotros, el polo opuesto al polo de nuestro conocimiento material y la búsqueda de *Lo* que no puede organizarse, porque es indefinible y sobrepasa todas nuestras capacidades; el sentido de *Lo* que subyace eternamente en nosotros, el polo opuesto al polo de nuestro conocimiento material; y la búsqueda de *Lo* que repudiando toda limitación material y apego es siempre el mismo y siempre nuevo.

¿Hay teósofos entre nosotros cuya modalidad esté abierta a ese Misterio, no diré saturada de él? Necesitamos el fermento de sus vidas. Nuestra Sociedad aumentará y se renovará de tiempo en tiempo a través de los siglos que vendrán, porque su raíz es de una potencia imperecedera, siempre que permitamos que esa raíz arraigue en nuestro interior y encuentre tal expresión externa en nuestras vidas y actividades como el tiempo, el lugar y las circunstancias puedan establecerlo y determinarlo.

Nos hallamos en un período lleno de posibilidades, en que todavía mucho va a ser destruido por el fuego violento del Tiempo, el Destructor, que actúa con la rapidez del rayo y en el que, sin embargo

nacerá o está naciendo el espíritu hacia un futuro que revelará una belleza y una felicidad desconocidas por nosotros en el presente.

Nuestro rol es guiar al mundo desde el pasado y el presente hacia ese futuro, ser los heraldos y profetas de ese futuro, por lo menos los que le recibamos y con afecto de amigos.

El verdadero teósofo es el que no busca simplemente la paz y el bienestar para sí, sino que lucha para crear la paz en el mundo y la aniquilación de todo propósito vano y dañoso. Está en relación tanto con este mundo como con el otro. Y ese otro mundo no es el mundo después de la muerte, ni un paraíso personal para uno mismo, sino un mundo de ideales, de luz y de belleza. Su esfuerzo debe encaminarse a traer ese otro mundo a éste, hasta que los dos sean uno y no estén separados. Debe indicar a los otros un nuevo modo de vivir, inofensivo, hermoso, sencillo.

Vivir una vida inofensiva es difícil en el mundo moderno, porque es un mundo que se mantiene por la explotación y presenta una faz de molición y lujo a los que están en condición de disfrutarlo, y otra de crueldad y amargo sufrimiento a los demás. *Debemos* disfrutar cualquier goce posible, dondequiera que estemos, y no hay límite para nuestros deseos y satisfacciones. Pero no nos importa que nuestras víctimas —por ejemplo los animales, por cuya carne refinamos nuestro paladar y nos cebamos— se encuentren en el proceso de su propio sacrificio ¿cuántos de nosotros podemos decir que nuestros medios de vida y nuestros goces no son causa de lágrimas para otro ser humano o subhumano? Debemos poner nuestra mira en una civilización sin violencia ni lágrimas y no quedarnos satisfechos ocultando, bajo una chapa de lustre artificial, una ola de pasiones corrompidas.

La Teosofía sigue un camino nuevo, una vía celestial, iluminada con las alegres flores de la tierra y endulzada con los goces del trabajo sin egoísmo, y la vida sencilla. No es que debamos desdeñar el mecanicismo a que hemos llegado, sino que debemos considerarle sencillamente como un instrumento que nos permite modelar una forma física más perfecta, que es un modo de expresar la belleza del Espíritu eterno. Nuestra Teosofía no es para nosotros, sino para descubrir los modos de poder ayudar mejor y con más sinceridad, o por lo menos para poder aplicarnos con profunda seriedad a descubrirlos.

La época en que vivimos es temible y maravillosa al mismo tiempo, es una época que nos permite vivir muchas vidas en una, si dejamos que las experiencias de nuestros semejantes nos sirvan a nosotros también en todos los aspectos, en lo que podemos ver casi visiblemente al Destino modelando la forma por medio de las libres voluntades de los hombres; es ésta una época de predestinada y crítica importancia. "Buscad y hallaréis". Busquemos nuestros roles verdaderos y oportunos y actuemos para lograr un efecto sorprendente llegando a la perfección dentro de nuestra presente capacidad.

¿QUE ES LA TEOSOFIA?

¿Qué es la Teosofía? ¿Es una ciencia, una filosofía, una religión? Estos son los diferentes ángulos desde los cuales los hombres se han acercado a la Verdad que ofrece tantos asideros. La Teosofía es la Sabiduría que encierra todos esos aspectos y cualidades porque es una síntesis que representa el origen.

Cuando alguien que no pertenece a ella emplea la palabra "Teosofía", es decir, cuando esta palabra es empleada por el mundo que no conoce, se le da generalmente una interpretación que es una imitación grotesca de lo que realmente significa, o por lo menos que la desacredita. Para algunos, posee un perfume añejo, medieval: para otros, la palabra les sugiere un culto de especie rara. Con poca frecuencia se la identifica con la astrología, la quiromancia, la adivinación y otras artes ocultas o semiocultas. Cuando algunas de las ideas características de la Teosofía, tales la Reencarnación y el Karma, se tratan de explicar, el hombre, que se ha sentido lo bastante cómodo sin conocerlas, o a lo mejor, en cierto modo, incómodo, la rechaza con demasiada frecuencia, porque considera que la Teosofía es una doctrina oriental para la que los prácticos occidentales tienen poco tiempo disponible, o que no les sirve.

Actualmente no hay nada de estas cosas. Los que estamos en la Sociedad Teosófica comprendemos que ella es la explicación más natural de la vida humana y de todo lo que le corresponde. Nos da una visión de las cosas tal cual son haciéndonos ver cómo se relacionan con los intereses y propósitos de nuestra vida. La Teosofía ilumina los propósitos y distribuye los intereses de acuerdo a esa relación.

Es la Sabiduría de Dios o Principio Universal, inherente a la naturaleza de las cosas.

La naturaleza de esa Sabiduría resultará clara cuando yo enuncie

su verdad central: esto es, que existe una Unidad detrás de toda la diversidad que constituye el universo que percibimos. Pero, ¿cuál es la naturaleza de esa unidad? Esto puede contestarse por sugerencias y un poco de lucidez, pero debe comprenderla cada uno por sí mismo. Lo que percibimos es objetivo y depende para la percepción misma de las diferencias que existen. Nuestras mentes y sentidos son activados por esas diferencias. La unidad, en la conciencia que la percibe, es subjetiva en cualquier plano.

Consideremos la unidad como una hipótesis. ¿En qué se relaciona la unidad con la diversidad? Este es un punto en el que se han visto profundas diferencias de pensamiento, porque él se refiere a la esencia fundamental de las cosas. Pero evidentemente, si la unidad es verdadera, debe estar relacionada con cada cosa por separado, por cierta identificación con ella o inmanencia.

Desde que solamente podemos percibir la unidad con nuestra conciencia, que es una actividad, una vibración, la unidad debe estar relacionada con las cosas objetivas por medio de la conciencia o vida (vida y conciencia, en realidad, son una). La vida está por doquier. Desde este punto de vista, la unidad debe estar por doquier. Porque ella es la acción del Uno en lo múltiple, y todo resulta de esa acción.

Aunque la Unidad se halla en todas partes, difiere en cada manifestación o corporización, tanto en la condición como en la forma de manifestación. Ningún ángulo, ninguna línea del polígono universal de la existencia, ningún número es el mismo que otro. En cada uno existe una cualidad única que no puede duplicarse.

Cuanto más escudriñamos en la esencia de la expansión que constituye el universo, más alcanzamos la conclusión de que cada término de esa expansión difiere de los otros.

La cosa que se manifiesta (el término "cosa" no puede describirse porque es indefinible) es eterna y por lo tanto cada manifestación individual, la vida en cada especie y género, el espíritu interno o vida en cada hombre, la cualidad que ésta encierra, es una continuidad, un desenvolvimiento lógico, un raudal de acción, de causa y de efecto, transformándose a cada instante por un proceso especial.

Existe así una evolución de la vida, de todas las vidas individuales, acompañando la evolución de las formas, así como hay una

vida en cada forma, acompañando a esa forma, adaptada a esa forma. En realidad es la forma la que se adapta a la vida. Porque la forma es el medio, la vida el impulso; la forma es la revelación, la vida el significado oculto.

El cuadro es así: la Vida es una en esencia, en origen, en la realidad básica. Pero es múltiple en su manifestación, esto es, en relación a la materia, que, en lo abstracto, es el polo o principio que establece las diferencias. En cada manifestación, en su primer descenso, como si fuese en el estado de diferenciación, forma una individualidad que en su esencia verdadera y sutil es imperecedera y se desarrolla continuamente porque es un aspecto de la Unidad eterna, infinita e indefinida. Esta evolución corresponde punto por punto a la evolución de las formas. Las formas se desarrollan presionadas por el principio de vida; se forman por el impulso creativo de la vida.

Llegamos ahora a la idea de que la potencia de la Vida (un término trillado para algo que no se encuentra la palabra adecuada) es infinita. Dándosele tiempo lo probará por sí misma. Desde que el tiempo es psicológicamente la conciencia de un cambio continuo, el tiempo se crea por el poder de la unidad que se manifiesta en esos cambios.

La Vida es vasta, ilimitada; la conciencia, inherente a la vida, es también vasta, ilimitada. La Teosofía proclama que la diversidad, es decir, el universo, es también vasta e ilimitada. Lo vasto combina con lo vasto. La misma palabra "universo", que trae a nuestra mente la idea de diversidad sin fin, también implica unidad. A veces acertamos con la verdad por instinto.

La diversidad es más vasta, debe ser más vasta de lo que podemos percibir. La organización y la calidad de la materia en el universo (la totalidad objetiva y filosófica) son más sutiles y más numerosas de lo que podemos concebir. Hay, y lo digo para que podamos acercarnos más a lo que podemos captar, mundos más sutiles interpenetrando este mundo físico (que en sí mismo no es sino una trama etérea, según dice la Ciencia), hechos de vibraciones más sutiles y más altas frecuencias, en los que, como aquí, operan la vida y la conciencia. Nuestra vida (la individualidad continuada de cada uno de nosotros) está unida a la materia, no solamente en las formas groseras que percibimos, sino también en las

formas más sutiles que están más allá del límite de nuestro conocimiento.

¿En dónde está la vida del hombre como individuo en este esquema? ¿Qué sucede después de la muerte de su cuerpo físico? Desde que el hombre es una conciencia que es la manifestación del Uno de la Unidad y está unido a los otros aspectos de su corporización material, además del físico, su conciencia, al morir, solamente se traslada al aspecto más sutil que sigue al físico y que podemos relacionar con su naturaleza emocional o de deseos.

A medida que el niño crece, pasa de la etapa puramente física a la emocional y luego a la mental. Evidentemente, esos impulsos de su crecimiento ocurren en sucesión, provienen de una sucesión de impulsos que brotan de lo más hondo, cada uno de ellos predomina en tanto que el precedente le cede el lugar. Los planos, desde las profundidades internas hasta la superficie, parecen ser el mental, el emocional y el físico.

Quando la conciencia le retira, lo hace en su orden natural, del plano físico pasa a otro interior que le sigue, y de allí a otro más interno aún.

Lo que produjo su nacimiento, debe ser el impulso de ciertas fuerzas. En qué punto de su naturaleza operan, es asunto que merece nuestro estudio científico. Pero mientras las fuerzas permanezcan allí y estén en relación con su individualidad psicológica o psíquica, el mismo hecho debe ocurrir siempre. La Teosofía capta una vista científica de todo el proceso. De aquí la repetición del ciclo de vida en el mundo físico para el hombre (y para cada vida persistente individual o hilo de vida) que llamamos la reencarnación. "El alma del hombre es inmortal y su futuro es el futuro de una cosa para la que no hay límite de crecimiento ni de esplendor".

Contemplemos sobre bases científicas la acción de una conciencia individual en esta esfera exterior, exterior a su origen. Esta conciencia actúa y a su vez es recipiente de acción, dejando en libertad fuerzas que son el pensamiento, la emoción, la acción física, fuerzas cuya naturaleza no ha sido todavía estudiada ni siquiera elementalmente. Estas fuerzas (aquí existe una ley misteriosa cuyo alcance está por encima de nuestro limitado conocimiento) ponen en movimiento, por decirlo así, un éter que todo lo penetra, al que podríamos de-

linar la sustancia del Pensamiento Divino, produciéndose los efectos exactamente de acuerdo a las causas. Las fuerzas retornan al centro de donde emanaron bajo una forma trasmutada, pero por mutación natural que opera con efecto y precisión matemática, algunas de esas fuerzas se combinan al pasar, cayendo algunas en un cierto ángulo de incidencia, algunas en otro, algunas se demoran por las fluctuaciones del tiempo o las diversas circunstancias, otras precipitan, con el resultado de que cada hombre nace en un medio ambiente que ha merecido o para decirlo mejor, que él mismo ha merecido por sus acciones, y cada circunstancia en su vida es la interacción de una fuerza que le impulsa hacia adelante y de otra fuerza que gravita sobre él inexorablemente. Esto es el Karma, una palabra oriental que significa Acción, vale decir, la Ley de la Acción, cómo actúan las cosas.

Esta ley nos muestra que la esfera natural y la esfera de la vida humana, esferas en las cuales operan los principios matemáticos y de moral o de justicia en su forma espiritual más elevada, son aspectos de un orden universal, evocados por la manifestación del Uno en lo múltiple, que tiene lugar de acuerdo a las leyes básicas y no de acuerdo a concepciones arbitrarias propias de una mente ignorante, aturdida por sus propios deseos y temores fluctuantes.

Hablé de la Unidad; podemos llamarla Dios, siempre que seamos claros en lo que queremos significar con esa palabra, a la que cada uno de nosotros tiene a comunicarle el fin subjetivo de nuestras experiencias objetivas.

El hombre puede conocer a Dios porque proviene de Dios. Es un fragmento de la Naturaleza Divina, caído desde la elevada condición de una conciencia unitaria, ilimitada, sin dimensiones, a las limitaciones de la materia en la que empieza a manifestarse como un germen espiritual que crece más y más hasta llegar a ser frecuentemente un árbol universal, es decir, un árbol de conciencia que penetra cada parte y cada partícula del universo, elevándose, de este modo a la fuente de donde provenía.

El por qué de esta bajada y subida de este ritmo o aliento incesante, no lo conocemos. Lo sabremos cuando conozcamos no solamente la parte infinitesimal, sino el todo inconmensurable. Empero, vemos esas vibraciones por todas partes, en el átomo, en los espacios astronómicos, en los fenómenos naturales, en la reencarnación y desencarnación.

nación del hombre, en cada movimiento vibratorio que produce una sensación, un punto de conocimiento, donde antes estuvo la oscuridad y turbación de la no existencia.

La Teosofía es una filosofía que provee una estructura universal para la ordenación y síntesis de nuestras ideas y experiencias parciales. Es una ciencia que se eleva grado por grado desde el conocimiento de la Naturaleza externa, por el conocimiento del hombre en quién la vida o conciencia asciende cada vez a mayores alturas hasta alcanzar el pináculo de la unidad, la fuente original de la potencialidad infinita y la integración definitiva de todo desarrollo transitorio o de larga duración.

La Teosofía puede considerarse como una religión porque explica la verdad de cada religión, el ascenso del Espíritu separado, limitado, descendente del hombre, hacia la Divinidad de la que ha descendido, siendo la separación la causa de la tensión que mueve todas las cosas en un proceso natural. La Teosofía justifica la experiencia religiosa (que en cierto sentido es el impulso universal) de buscar lo mejor de que ha sido privado en la vida, por haber caído en lo peor.

La Teosofía es además, el arte de vivir en la felicidad y belleza, de vivir de acuerdo a las leyes naturales, que el hombre alcanza cuando vive en armonía con ese sutil orden universal al que todas las cosas deben llegar inevitablemente y del que emanan las fuerzas vitales que crean aquí abajo las condiciones para su manifestación. Cuando el hombre alcanza ese estado de armonía se encuentra en paz consigo mismo y con los demás; se transforma en un canal para esas fuerzas, un centro creador de paz y felicidad.

La Teosofía es una sabiduría amplia que abarca todas las cosas, porque es la Sabiduría Divina; toca aquellas cosas que merecen nuestra atención porque es la Sabiduría reflejada o enfocada en el hombre de este plano de evolución; una sabiduría creciente porque el hombre está continuamente aumentando sus contactos y su capacidad de interpretación; una sabiduría que tiene cualidad de vida para desarrollarse, ordenar y crear.

Es la Vida Una que ha creado todo lo que existe. Y es por esa Vida Una en nosotros que podemos crear, descubrir y llegar a completarnos y perfeccionarnos.

III

LA OBRA DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA

La Sociedad Teosófica nació bajo la inspiración de ciertos Maestros Adeptos, para que ella fuese un instrumento al servicio de la humanidad. El significado de este paso apenas se percibió en el crepúsculo de los días precursores, pero a la luz de las expansiones posteriores, la utilidad que presta la Sociedad en la esfera del pensamiento humano en general, y en todas las actividades, se puede apreciar ahora mucho mejor. La semilla que fuera arrojada en la tierra estéril y rígida del materialismo del siglo XIX, en medio de la fría indiferencia existente entonces en el mundo, mostró muy pocos indicios de la calidad del árbol en que iba a transformarse. Ni aún los miembros que vivían en el mundo externo, pudieron en aquel entonces adivinar la transformación que iba a experimentar el mundo entero en el transcurso del siglo siguiente y a la que tanto iba a contribuir la obra de la Sociedad.

Desde aquel entonces hemos sufrido la catástrofe de las dos guerras mundiales, además de otros cambios de grandes alcances, que trajeron como resultado tanto en la perspectiva de las cuestiones de importancia fundamental, como en las mismas condiciones de vida, la diferencia que vemos en el mundo de hoy con respecto al mundo en que llegó a la existencia la S. T.

La misión de la Sociedad ha sido, como podemos percibirlo ahora con toda claridad, inculcar la idea de una Fraternidad Universal de la Humanidad, tan necesaria para la organización del "mundo uno" de hoy, y presentar, al mismo tiempo, al mundo, ciertas ideas-madres de la Sabiduría llamada Teosofía, a fin de facilitar la transformación que iba a tener lugar en el mundo del pensamiento, primero, y luego en el mundo de la conducta humana.

Esta es todavía la misión de la Sociedad. Las ideas liberadas

por sus esfuerzos, para lograr un acercamiento, buscando un acuerdo comprensivo entre el hombre y la naturaleza, desde el punto de vista de la vida interior, más bien que desde la apariencia externa, no podían sino otorgar una nueva significación a toda actividad que tocasen.

La S. T. es un organismo único, en medio de un mundo multiforme, aplastado por la guerra, quebrantado y destruido por cada una de esas divisiones que contradicen la Fraternidad de nuestro propósito, un mundo en el cual el separatismo y la especialización han sido llevados a un punto muy aguzado por una mente entrenada en el análisis y que se identifica con todo interés exclusivista. Existen otras organizaciones cuyos objetivos, en un sentido más limitado, marchan de acuerdo con los de nuestra Sociedad. Pero la nuestra es una frontera universal hasta donde nuestras mentes pueden concebir esa frontera, y el reino que tratamos de organizar dentro de esos límites, es el Reino de Dios en su aspecto de Sabiduría, que es la Teosofía que buscamos.

Empleo la palabra "buscar", acertadamente, porque, aunque encomendada a una Teosofía, por el propio título que lleva, es una Teosofía en abstracto, que no está limitada por ninguna doctrina en que querramos definirla. Es la Sabiduría Divina, y como indica la parte "Theos" de la palabra Teosofía, ella debe trascender toda formulación, lo que agregado a las limitaciones de nuestra inteligencia que está en estado de desarrollo, debe expresarse necesariamente en el lenguaje de la experiencia común. Lo que pertenece a la Divinidad debe participar de lo subjetivo y de lo objetivo, y lo subjetivo, que es cuestión de realización interna, no puede objetivarse con palabras.

Esto no significa que vivimos en un futuro vaga e indefinido, que somos un conjunto de trascendentalistas o idealistas que carecemos de objetivos prácticos o de ayuda para ofrecer.

Las verdades que existen en lo que podemos llamar los clásicos de la Teosofía a las que podemos llamar verdades fundamentales y que por libre acuerdo y no por imposición oficial les otorgamos el título de "Teosofía", se nos muestran como los resultados prácticos de nuestra investigación, y para nuestros actuales propósitos constituyen una bella arquitectura que comprende todo el campo de nuestras experiencias prácticas, abarcando el firmamento entero y te-

miendo la virtud de elevar nuestra visión y junto con ella nuestros corazones al máximo de su capacidad por medio de toda línea airosa y todo arco delicado, más el sentido de la proporción y de sugestión inherente.

Nuestro deber palpable como teósofo es proclamar esas verdades al mundo, pero no dogmáticamente, sino mostrando respeto hacia el que escucha, dejándole en completa libertad de aceptarlas o rechazarlas, o permitiéndole que responda a ellas parcialmente, con el pleno convencimiento de que existe la Teosofía en todos los corazones y que ella llegará a manifestarse en lo que es suyo, a su debido tiempo.

Desde que la Sociedad es un organismo que lo abarca todo, representa la reconciliación más amplia, la de la raza con la raza, la de la religión con la religión, la del oriente con el occidente, más aún, buscando la síntesis de lo verdadero y lo bueno en todo. Se ha logrado esta síntesis en parte, durante los últimos 75 años de su existencia y funcionamiento.

La Sociedad ha podido ejercer una influencia sobre el mundo que va más allá de lo previsto, gracias a la manera de vivir de sus miembros y al valor de sus ideas. La Teosofía implica necesariamente, pensamiento y acción.

No podemos separar un aspecto de la Sabiduría de otro, ni lo filosófico de lo científico, ni la sabiduría del corazón, de la que brota de las manos, en una palabra, no podemos separar lo ideal de lo práctico. Puede ser cierto, en general, decir que una verdad constituye una verdad solamente para nuestra conciencia cuando se la hace resaltar de la vacuidad de lo abstracto y se la pone en el engarce de sus relaciones apropiadas en la vida. Un principio sólo se prueba mediante la aplicación, que es la que rectifica nuestra comprensión del mismo. Toda verdad espiritual, que es vida, debe tener un dinamismo que la traduzca en acción.

La Sabiduría no es el conocimiento, sino que consiste más bien, en emplear el conocimiento de tal modo, que él nos lleve a descubrir sus bondades, y también en aceptar las limitaciones de nuestro conocimiento, es decir, de nuestra ignorancia. Del momento que nos hemos consagrado a la Sabiduría una, ninguna aplicación de esa Sabiduría está fuera de nuestro alcance. Nuestro fin es encontrar todos los modos de comprenderla y emplearla. La S. T. no solamente re-

presenta el más elevado idealismo en todas las ramas de las relaciones y actividades humanas (incluyendo la relación con el reino subhumano) sino que también está para la realización de esos ideales.

Sin embargo, como Sociedad, o sea como el organismo que constituye la mente y el corazón de esa vasta extensión de su influencia que solemos llamar "movimiento teosófico", debemos dejar la aplicación en todas las formas a los miembros como individuos y a los grupos de miembros afines. Hasta nuestra Fraternidad, la verdad una de la acción práctica y de la ética que es el fundamento nuestro, se deja librada al criterio de cada miembro, quién la practica según sus luces. A pesar de todo, la sociedad está para la realización de un impulso dinámico que cada uno traducirá a su manera, de acuerdo a sus condiciones.

Mientras que cada forma de aplicación incluye ciertas verdades de la Sabiduría, la Sabiduría misma debe trascender todas las aplicaciones. De su fuente inagotable deben surgir nuevos modos, nuevas ideas. El presente no debe imponer condiciones al futuro. La Teosofía no puede este reotiparse en ningún experimento o expresión. Su aplicación siempre está de acuerdo a las condiciones, las circunstancias, la tendencia y las ideas individuales de la persona o el grupo que la está aplicando.

Los teósofos, como estudiantes de la verdad una, pueden ponerse de acuerdo en la proclamación de esa verdad, pero están propensos a diferir en su realización. Vosotros y yo podemos ver la verdad, pongo por caso, en el socialismo, es decir, en el cuidado social del individuo, o en el individualismo, libertad y responsabilidad del individuo, sin embargo, podemos separarnos para actuar como socialistas y como realizadores libres. Podemos creer que enseñamos al niño de una manera ordenada, al inducirle, mediante la acción, un propósito constructivo pero también tenemos en cuenta la libertad sin restricciones que tiene el niño para criarse de acuerdo a lo que Dios ha dispuesto para él. Sin embargo, al tratar a los niños, en el hogar y la escuela, diferimos en la acentuación que ponemos sobre uno u otro principio. El teósofo trata de ver y realizar la verdad en esos dos puntos de vista. Es en esta *tentativa* que exige constantemente una mente abierta, donde todos los miembros de la Sociedad, cual-

quiera sean sus disposiciones individuales o sus idiosincracias deben unirse cordialmente.

Permitidme aclarar que ésto no es un pretexto para el embotamiento del pensamiento, impidiéndole que entre en acción. Toda búsqueda para lograr una mayor comprensión y todo intento para recoger la esencia del propio conocimiento y de la propia experiencia en un grado superior de autorealización, debe equilibrarse con el grado correspondiente de acción previamente planeada y de un intento para asegurar a esa acción un alcance lo más amplio posible. Pero en el esfuerzo por alcanzar el centro, las diversidades tienden a fundirse en la unidad. En el intento contrario para actuar en cualquier punto de la circunferencia, las diferencias surgen, naturalmente.

Así, para realizar ciertos propósitos, indicados en los objetivos o fines de la Sociedad, todos podemos unirnos, en cambio, para otros propósitos tales como la realización de nuestra comprensión parcial, hacemos bien en trabajar por separado, siguiendo líneas distintas y en grupos diferentes. Me parece esencial tener en cuenta esta línea divisoria y amplia, que separa la obra de la Sociedad de las actividades que surgen de dicha obra, pero que caen en la órbita de la responsabilidad individual y grupal. Todas estas actividades, hasta donde puedan considerarse verdaderamente teosóficas, esto es, inspiradas por la Sabiduría, iluminadas por su luz, deben estar aliadas necesariamente a la obra de la Sociedad, en ideología y dentro de la atmósfera psíquica que la rodea.

La obra de la Sociedad y la aplicación de la Teosofía a los diferentes aspectos de la vida, deben ser necesariamente paralelas. Considerando ésto desde un punto de vista interno, constituye un solo movimiento que nace en algún lugar de los planos internos y fluye como una corriente de vida hacia el mundo, por medio de todos los canales disponibles, volviendo a dar vida a lo viejo y creando lo nuevo. Aquellos de nosotros que pertenecemos a la S. T. consideramos nuestra Sociedad como la principal corriente de este manantial que fluye, y desde este punto de vista, el deber de cada miembro es volverse por todos los medios posibles, una unidad más sensitiva, que atraiga y dé paso a esta corriente. Este enfoque completo no está en oposición con la separación de nuestra labor colectiva de las responsabilidades individuales que nos pertenecen. Esta separación

es necesaria por el hecho de que mientras acrecentamos nuestra sabiduría en la acción (la esencia de toda acción correcta se asimila en el cuerpo de la Sabiduría Universal Una), la acción misma tiene que cambiar continuamente, lo que depende de una variedad de factores locales e individuales.

¿Y qué es lo teosófico? Cualquier cosa que hace un teósofo es teosófica, si se expresa en forma activa el espíritu de la Teosofía, si el individuo se deja estar "como una péñola en la mano de Dios, por la que El deja fluir Su pensamiento que encuentra así una expresión en la tierra". Pero ese pensamiento tiene diversos planos de manifestación y debe fluir por distintos canales y de diversos modos. La S. T. ha sido proyectada como un medio para crear, por así decirlo, un receptáculo en el que ese pensamiento divino pueda caer por un descenso interior, y después fluir hacia el mundo físico externo por medio de la palabra y de la acción.

En nuestra Sociedad no debe haber biblia ni tampoco trabas. El espíritu que constituye el espíritu de la Sabiduría es vida y la vida presupone crecimiento y adaptación; no poseemos todo el conocimiento ni toda la comprensión, y nuestra Sociedad existe para el servicio del mundo, que es un mundo variable, con diversas necesidades y condiciones. Nuestras mentes deben estar abiertas a la luz desde cualquier ángulo. Una mente abierta, una aspiración genuina por la Verdad, una fraternidad para con todo lo que existe y una determinación para vivir esa Fraternidad, asegurarán el crecimiento de la Sociedad y la utilidad que ella presta, por décadas, y hasta iré más lejos todavía y diré por siglos, basando esta gran esperanza, no en una profecía, sino en la profundidad del impulso vital que reside en nosotros.

La cualidad de única que tiene la S. T. está, por una parte, en la comprensión de sus Objetivos, lo que capacita a cada teósofo como individuo a sacar su inspiración de cualquiera de las ideas expuestas como inherentes a la Teosofía y a llevar esa inspiración a la línea de acción para la que se encuentra capacitado, lo que por otra parte permite a la Sociedad permanecer enteramente separada como entidad, de esas líneas de acción y hasta de esas mismas ideas. No hay auto contradicción en la idea de la Sabiduría que incluye todo el conocimiento, que descansa en su pureza, en el plano del Atman divino, inspirando, estimulando la mente, tomando cuerpo en

formas de sustancia mental y emocional, impulsando así a la acción física por medio de la mente, de mil y una manera y permaneciendo, sin embargo, todo el tiempo separada, sin comprometerse ni depender ni de esas formas ni de esas líneas de acción. Aún así, el fragmento de Sabiduría que alcanzamos a comprender, toma cuerpo en las ideas y proposiciones que llamamos Teosofía, las cuales inspiran y estimulan a los teósofos de todas partes, acuciándolos para la realización de toda suerte de acciones prácticas, pero reteniendo todo el tiempo su estado indefinible y abierto, a medida que el tiempo transcurre, a nuevas formas, tanto de comprensión como de aplicación en la acción.

La Sociedad, si está arraigada en verdades espirituales de potencia y valor muy altos, puede asemejarse a una higuera de Bengala, cuyas ramas se extienden sin cesar, cada raicilla que cae desde arriba alimentada por las desbordantes corrientes de vida, se transforma en el tallo arraigado en la tierra de la vida humana que mantiene al árbol, en el que cada tallo es una escuela del pensamiento, un modo de comprensión, un conjunto de intereses activos, formando todo un cuadro bello y coordinado. La simiente de esta higuera es pequeñísima, sin embargo, cuando se la planta en buena tierra, se desarrolla hasta tornarse un mejestuoso árbol cuyas ramas se extienden por doquier. De igual modo, la Divina Sabiduría, en la presente encarnación, debe crecer y expandirse para darles a todos los que sienten su atracción la umbría de su sombra y el poder de sus dones curativos.

En la región donde las distancias no obstruyen, dividen ni confunden, y donde todas las cosas se clasifican por sus cualidades, donde lo semejante se confunde con lo semejante, podemos contemplar a la Sociedad en el futuro, por años y años, como una resplandeciente esfera de luz, un globo dorado que arroja una extraña luz difusa en la atmósfera de este planeta, una luz cuyos fulgores aparecen en la mente y en los corazones, en la vigilia y en el sueño de aquellos que pueden recibirla, en forma de los más hermosos pensamientos, de las más vividas experiencias y del sacrificio y amor sin egoísmo.

IV

QUIEN ES EL VERDADERO TEOSOFO?

En el "Mahamangala Sutta", el Señor Buda ha indicado, en bellísimos versos, cuales son las mayores bendiciones que puede disfrutar cualquier persona que viva en la tierra. Constituiría un buen ejercicio para cualquiera de nosotros, tratar de clarificar la mente desde nuestro propio punto de vista, con respecto a una cuestión similar: ¿"Quién es el verdadero teósofo?"

Un teósofo no es necesariamente un miembro de la S. T. Teósofo es aquél que considera a la Sabiduría como parte de sí mismo. Ni tan siquiera necesita haber oído nunca la palabra "Teosofía". Puede poseerla en otra forma. Si es parte de sí mismo, puede no tener ni siquiera conciencia de esa posesión.

Como reza en la presentación de las Tres Verdades en "El Idilio del Loto Blanco", puede decirse, hablando de la Teosofía como un todo, que es "tan grande como la vida misma", capaz de una infinita expansión, alcanzando todas las alturas y profundidades posibles y no obstante, ser "tan simple como la simplísima mente de hombre". (1).

Cuanto mayor sea la comprensión, tanto más simple será el concepto de la Sabiduría. Porque la esencia de la simplicidad, desde el punto de vista de la vida, en este mundo complejo y maravilloso, está en la integridad y en la integración perfecta. El entero uno,

(1) LAS TRES VERDADES: El alma del hombre es inmortal, y su futuro es el futuro de una cosa cuyo crecimiento y esplendor no tienen límite

El principio que da vida habita en nosotros y fuera de nosotros, es imperecedero y presta eterno beneficio, no se le oye ni se le ve, ni se le huele, pero es percibido por el hombre que desea la percepción.

Cada hombre es su propio juez absoluto, su propio dispensador de alegría o de tristeza, el que decreta su vida, su recompensa, su castigo.

Estas verdades, tan grandes como la vida misma, son tan simples como la simplísima mente del hombre. Alimentad al hambriendo con ellas.

es el más simple de todos los números y el básico. Pero puede fraccionarse hasta el infinito y cuando se suman las fracciones sin que se pierda una sola, restituyen la perdida unidad. El hombre en quien se ha completado el proceso de la Sabiduría un proceso realizado en un segundo, puede percibir la identidad entre la verdad íntegra, no sujeta al análisis, y la misma verdad que ha reconstituido su unidad después de haberse repartido en verdades parciales, realizadas dentro de sí mismo.

Del momento que la Teosofía es simple en su esencia, sirve tanto para los jóvenes como para los viejos. El verdadero teósofo puede ser viejo o joven en años, instruido o ignorante, según el punto de vista del conocimiento en detalle. Puede haber algunos que no almacenen mucho conocimiento en su cerebro, pero pueden tener su corazón henchido de sabiduría.

Sin embargo, la S. T. existe a fin de proclamar al mundo la Sabiduría universal una, y para crear al verdadero teósofo en los varios grados posibles de que la Teosofía dispone.

El conocimiento que otorga la Teosofía, aunque no es el conocimiento completo que se alcanzará a su debido tiempo, es, sin embargo, el conocimiento de la verdad de las cosas, que no debe despreciarse porque sea precisamente sobre "las cosas" y no sobre sus causas abstractas subyacentes. Pero como el universo es una unidad, hay una relación entre lo subjetivo y lo objetivo, que hace que la correcta percepción de las cosas objetivas se realice el correspondiente desarrollo de la verdad subjetiva en la conciencia del que trata de percibir. Por consiguiente, aunque el conocimiento del Yo es el conocimiento supremo, el conocimiento de sus manifestaciones, en esta etapa en que nos hallamos, es el único medio posible para alcanzar ese fin. Cada una de sus manifestaciones implica una relación con el universo manifestado. Podemos presumir haciendo uso de la razón, que el desenvolvimiento del intelecto analítico nos ha hecho deseable y posible discernir acerca de las Leyes de la Materia, como nunca lo hiciéramos anteriormente, viendo en ellas el reflejo de las Leyes del Espíritu, es decir, las leyes de la manifestación del Espíritu.

La materia siempre ha estado con nosotros, desde las primeras etapas en que tuvimos conciencia de lo que está fuera de nosotros. Pero, a medida que ha progresado nuestro despertar, y con él la

actividades de las facultades que han encontrado en ese despertar una salida necesaria, nuestras impresiones del mundo material, nuestras observaciones (o conocimiento, si queremos llamarle así) se han multiplicado de tal modo, que actualmente poseemos un panorama, cambiante, eso sí, que sobrepasa todos nuestros conocimientos anteriores. La moderna ciencia materialista nos ha dado el fundamento de ese panorama, y es aquí donde se encuentran la Ciencia y la Teosofía. Pero la Teosofía da a ese cimiento una super estructura, la que, aunque alada y construida en base a la decantación de una fantasía especulativa, como algunos pudieran pensar, está capacitada, no obstante, para salvar el abismo que de otra manera se abriría entre nuestras aspiraciones más altas, que constituyen las intimaciones de un espíritu siempre presente, el cenit que sólo podemos apuntar de acuerdo a la dirección de nuestra visión, y los hechos materiales de nuestra experiencia diaria. Es un edificio sólido, flúidico, y fulgurante, por momentos, lo más completo y hermoso de todo lo que se haya expuesto anteriormente a la contemplación de las gentes. Sus proporciones son tales, que una mente perfectamente lógica, puede demostrarlas, sacándolas de premisas muy simples. El poseedor de una mente capaz de hacer ésto, encierra en sí el alma de la Sabiduría que ha absorbido la armonía de esas proporciones o que le hace posible deducirlas de sí mismo. Tal individuo puede desconocer la ley y el número en su conciencia analítica, es decir, puede ignorar las leyes y los números que están encerrados en ese edificio, sin embargo, la ley y el número, que son simples medidas, signos de una verdadera comprensión, pueden surgir de sus acciones.

La armonía perfecta es un equilibrio perfecto, y el verdadero teósofo es aquel que equilibra en sí mismo las cualidades necesarias, es aquel en quién no encontramos el desequilibrio de la exageración ni la carencia de un principio fundamental.

Cuando nos concentramos así en lo esencial de las cosas, lo que parece importar es más bien una actitud teosófica que una doctrina. La palabra "actitud" parece vacía, carente de vida, para indicar con claridad esa vívida y vibrante cualidad (la tensión de una franca comprensión que a la vez es intuitivamente discriminativa) que aunque es un estado de la mente y del corazón, atrae la verdad una vez que esta ha sido llevada hacia su campo magnético. Nuestra actitud

se confirma por lo que creemos o dejamos de creer. Tenemos aquí otra vez que el verdadero teósofo es aquel que muestra un verdadero sentido de la proporción en su actitud hacia las cosas, incluyendo los asuntos que se le presentan para creer en ellos o no, reconociendo por consiguiente una validez relativa donde es debido, y que se conforma con mantener su juicio en suspenso cuando no puede encontrar los datos en qué fundar un juicio valedero. Ser consciente de la propia ignorancia, es signo de sabiduría, y una ignorancia de las partes no afectará al hombre que ha logrado relacionarse con el todo. Toda verdad llegará hasta aquél que tiene una vívida relación con las cosas, desde que vivir es crecer y progresar.

Cuantos más verdaderos teósofos haya en la Sociedad, o por lo menos, teósofos que se vuelvan de lo falso a lo verdadero, tanto más poderosos serán los rayos que se arrojen en la densidad de la ignorancia prevaleciente.

La Sociedad Teosófica es una organización única, no sólo en virtud de su universalidad, sino también por la realización que la ha compenetrado en distintos grados, desde sus primeros días. Por eso la Teosofía constituye un impulso que debe transmitirse etapa por etapa hasta alcanzar la acción física concreta y encontrar su cumplimiento en todos los planos del ser manifestado. La Sociedad no existe meramente para recoger información en un cierto plano y proporcionar canales que fluyan hacia el exterior, hasta pretendiendo, quizás, como algunos se sentirían inclinados a pensar, que el área así regada es "nuestra". La Sociedad es un cuerpo con los objetivos más elevados y más comprensibles, por consiguiente, listo para la acción en cualquier plano, empleando la palabra "acción" en su verdadero sentido natural y no en el de actividad establecida y limitada.

Siempre habrá un mensaje, que puede consistir solamente en un cierto punto de vista, con anticipación a una época particular, y que, por consiguiente, necesita ser proclamado en esa época. Es tarea del teósofo sincero descubrir y proclamar ese mensaje. Es sólo a medida que cada uno de nosotros realiza, ésto hasta donde su limitada capacidad se lo permite (una proclamación que no es necesariamente de palabras, sino de modo de vivir dentro de su humilde esfera) que nuestra participación en la Sociedad la hará capaz de cumplir con su misión.

El mensaje que necesita hoy la humanidad, es el mensaje de su

unidad esencial, y esa unidad debe ser el remate y centro de una bóveda de comprensión que cubra toda división aparente y toda diferencia. La Sociedad Teosófica está ayudando a construir esa bóveda al proclamar la Fraternidad Universal, y es en la Teosofía que tenemos la revelación del hombre en la verdadera cualidad del Hermano. Sin una comprensión de la vida no puede haber una Fraternidad viviente. El verdadero teósofo es aquel que ha enterrado profundamente los cimientos de su filosofía en la experiencia de las verdaderas relaciones entre las cosas y la gente, que es lo que constituye la Fraternidad. De la forma de vida perfecta debe salir el conocimiento perfecto.

Todo conocimiento no es sino un peldaño para lograr el conocimiento del Uno. Cuando hayamos logrado eso, tendremos el conocimiento, en verdad. Hasta entonces, solo logramos aproximaciones. El verdadero teósofo es el hombre que cultiva la actitud de la sabiduría, junto con una comprensión franca y profunda, que cree en la Fraternidad Universal y la practica. La práctica de la unidad en medio de las diferencias hace que el hombre sea espiritual en su vida, como es espiritual en su esencia, y le preparará para el conocimiento de la Verdad, que es la Sabiduría Divina. Ahora sólo vemos el bosquejo, apenas podemos apreciar su contenido. Conoceremos la plenitud de la Verdad cuando nos hayamos elevado a la altura del Hombre Perfecto, altura o estado que todos los hombres alcanzarán por el goce y el dolor, el éxito y el fracaso, el compañerismo y la soledad.

UN FERMENTO PARA EL PENSAMIENTO DEL MUNDO

La Sociedad Teosófica se fundó en Nueva York en 1875 de una manera aparentemente casual. Pero ha probado y seguirá probando que ha sido y es un hecho de la más grande significación para el total de la humanidad, porque representa una nueva encarnación de la eterna Sabiduría y la colocación de la piedra fundamental del Templo de la Humanidad. La Sociedad fué fundada por Madame H. P. Blavatsky y el Coronel H. S. Olcott, como agentes externos de una gran Asociación de Hermanos Mayores de cuya existencia e interés en lo que concierne a la humanidad, ambos dieron testimonio constante. Fué la intención de los Hermanos Mayores, que deben haber tenido la clarividencia de anticipar los tiempos excepcionales porque pasamos, que la Sociedad desempeñara un papel vital y profundamente significativo en este período de incertidumbre y de transición.

¿Cómo podemos nosotros, que somos los custodios de la misión, realizar, cumplir en estos momentos el propósito que ha traído a la Sociedad a la existencia? Sólo podemos lograrlo haciendo de la Teosofía, y empleando para ello todas nuestras fuerzas, un fermento para el pensamiento del mundo y los modos de pensar. La Sociedad existe para producir un cambio en las mentes y en los corazones de la gente, cambio que debe reflejarse en sus actitudes externas. Nuestra obra no es nada menos que "teosofizar" todo aspecto de la vida, transformando las condiciones existentes hasta que no se las pueda reconocer, de modo que donde haya sufrimiento ahora, se pase a una felicidad creciente, donde haya desorden, se encuentre verdadero orden, donde haya fragmentación y fealdad, se ponga unidad y belleza.

Muchos de nosotros, que hemos sido estudiantes de la Divina Sabiduría, creemos que está asomando una nueva aurora para el mundo. Nos encontramos, al presente, en el plano medio, entre las fuerzas de una oscuridad que se desbanda y los rayos de una Luz que avanza. De aquí nuestras dificultades e incertidumbres. Lo que el mundo requiere hoy en día, no es simplemente un orden, nuevo, nuevas leyes y nuevas reglas, es decir una organización nueva para todo el mundo, sino algo más que todo eso es lo que todos necesitamos, tanto los orientales como los occidentales y los demás: una nueva perspectiva, un cambio trascendental.

Esta nueva era necesita justamente la nota-clave que se da en la primera declaración de los fines de la Sociedad Teosófica, esto es, la Fraternidad Universal. Pero cuando decimos Fraternidad hemos pronunciado una palabra que encierra un significado inexplorado hasta el fondo mismo. La Teosofía nos muestra que la Fraternidad no es solamente una meta apetecible, sino también una verdad fundamental que cuanto más la escudriñemos en los procesos de la vida, tanto más cerca estaremos de una unidad que debe expresarse en una cooperación y armonía crecientes. La Fraternidad es un término ético que puede muy bien describirse también como armonía esencial. Por eso tenemos que efectuar cambios en la conciencia de la gente, por doquier, para que abreven profundamente en esta verdad, a fin de que la Fraternidad les resulte no un fin, únicamente, sino una realidad interna y siempre presente, para que por lo menos haya en el mundo muchos más hombres y mujeres que ardan en deseos de llevar la Fraternidad a la práctica.

El lema de la Sociedad es: "No hay Religión más elevada que la Verdad". La Verdad no es un dogma para ser impuesto autoritariamente sobre otras personas, que deba ser aceptado por obligación, sino que es algo que tiene que ser descubierto por cada persona por sí misma y dentro de sí misma. El valor de la Sociedad reside no simplemente en el hecho de que está libre de las cadenas del dogma y de la creencia, sino también en que sostiene una búsqueda de la Verdad en forma muy a propósito para conducir a cada uno a la realización.

Por supuesto, cuando un grupo de personas se ha ocupado en esa búsqueda por más de 75 años, ellos deben estar en condiciones de producir los frutos de esa búsqueda. Deben estar capacitados

UN FERMENTO PARA EL PENSAMIENTO DEL MUNDO

para proclamar al mundo ciertas verdades, al menos en forma de conceptos valiosos o de hipótesis como si fuesen el ancla de salvación de nuestras esperanzas y aspiraciones. No porque no esperemos que cada miembro de la Sociedad Teosófica acepte ningún dogma particular, excepto la Fraternidad Universal, quiere decir que la Sociedad Teosófica no tenga doctrinas que ofrecer. La Sociedad ha existido desde hace mucho tiempo, y es la fe de sus miembros la que ha justificado su existencia por la proclamación de un mensaje de grandísima importancia para la humanidad.

Siempre debe haber alguien que posee la Verdad en una cierta medida, y por tanto los teósofos buscan a esas Personas de quienes se habla unas veces como de los Maestros de la Sabiduría y otras veces como de los Hermanos Mayores de la humanidad y que están en condiciones de iluminar y guiar a los que están menos evolucionados que ellos. Mucho del conocimiento primero que llegó de tales Maestros, está asociado con los comienzos de la Sociedad.

Primero de todo hubo la promulgación del mensaje del Ocultismo, la verdad que existe en el universo, mucho más extendida de lo que se conoce hoy o de lo que pueda conocerse en cualquier época futura, la verdad de que el universo es mucho más vasto que nuestro conocimiento y que ninguna generación puede poseer la Verdad total. Madame Blavatsky, nuestra Gran Fundadora, ha dado a conocer una enorme cantidad de hechos referentes a lo oculto, lo desconocido, a esos aspectos de la vida que no llegan al alcance del hombre común, en los libros que nos ha legado, entre los que se destaca su grandiosa obra "La Doctrina Secreta".

Luego vino la Dra. Annie Besant, quien realizó la aplicación de la Teosofía a los varios aspectos de la vida y que no solamente expuso el conocimiento dado por Madame Blavatsky de una manera más clara, en una forma más inteligible, de un modo más fácilmente asimilable por nuestras mentes, sino que también nos mostró que la Sabiduría existe para que el hombre la emplee, para que supla sus necesidades y para que ella ilumine su paso en la vida. Su actuación se caracterizó por una nota intensamente ética, que le dió un claro valor práctico. Apenas podemos leer una disertación o un libro de la Dra. Besant sin que notemos de inmediato que ante todo ella fué una guía para lo práctico. Cualquier cosa que dijera tiene valor por la posibilidad de su aplicación a nuestros propios problemas (indivi-

duales, nacionales e internacionales, religiosos, educativos, políticos, sociales y otros).

Se ha dicho que solamente se ha levantado una punta del velo. Puede decirse con igual autoridad que la punta de *uno* de los velos ha sido levantada, y hay velo tras velo. En otras palabras, la Verdad es infinita y apenas hemos rozado su superficie. A medida que penetramos en ella más profundamente, encontramos profundidades mayores, latitudes más amplias, dimensiones nuevas. Sin embargo, aún lo poco que se nos ha mostrado, permite, por la primera vez en la vida de la humanidad, dar un vistazo al pasado y al futuro a la vez, de lo visible y de lo invisible, siendo éste una prolongación de lo visible. No se nos han dejado fragmentos dislocados que no sabemos comprender, sino que se nos ha dado un bosquejo, que cuanto más se estudia, parece ser más verdadero que antes. La Teosofía, tal cual la conocemos, revela un plan que lo abarca todo estando tan ligado a la vida humana que capacita a la persona que la estudia a transformarse en un todo, comprendiendo su mente, vida y corazón, en vez de ser, como hasta ahora, un manojo de reacciones dislocadas.

La mayoría de las sociedades mundiales que han existido por un largo tiempo, tienden a embotarse y mecanizarse. Este ha sido últimamente el destino de todas las instituciones humanas, especialmente cuando el organismo crece en número, la calidad de su pensamiento, la intensidad de su vida, tiende inevitablemente a caer y volverse difusa y aguada. Después de un cierto lapso, la inspiración original se disipa gradualmente y la gente pierde el espíritu del pensamiento original y lo olvida o critica y equivoca la letra.

Nuestra Teosofía no debe llegar a la estática. La Dra. Besant dió una conferencia en Benarés en diciembre de 1930 (puede decirse que fué su última disertación para una Convención teosófica) en la que acentuó el peligro de que un organismo como el nuestro cristalizara su pensamiento y su modo de actuar. Ese es un peligro que podemos evitar sólo si la Teosofía constituye para nosotros una experiencia vital y continua.

Nuestra Teosofía debe crecer a la par que nosotros. Aunque se diga que la Divina Sabiduría es siempre la misma, y eterna, no obstante, su progreso en el tiempo debe ser de la naturaleza de la evolución. La verdad que buscamos es una verdad que está en nosotros mismos. Palabras tales como Fraternidad, Verdad y Felicidad, son

UN FERMENTO PARA EL PENSAMIENTO DEL MUNDO

términos que debemos considerar desde un punto de vista nuevo, más amplio y más profundo. Tenemos que descubrir la vida que esas frases encierran y establecer contacto con el espíritu que está detrás de esa letra. Es sólo de esa manera que podemos hacer que la corriente vital de nuestra Sociedad sea cada vez más abundante.

Tenemos que llegar a una época particular de la historia del mundo que presenta características y necesidades especiales. Se caracteriza por un agregado de conocimientos que hemos denominado Ciencias. La forma en que presentamos nuestra Teosofía debe adecuarse a la mente de la época actual. Debe llenar las necesidades de la humanidad en su estado presente, agrupando las actividades de los diversos campos de la vida, para crear y agrupar también los diversos estados del conocimiento demostrando que todos ellos corresponden a un solo plan, que es el Plan de la Evolución.

En la Sociedad Teosófica tenemos una creencia que se impone a cada miembro, una única Verdad que tiene la obligación de aceptar y que constituye el primer Objetivo de la Sociedad, porque en la Fraternidad que buscamos realizar está hoy prácticamente la clave de la solución de cualquier problema del mundo. En lo que respecta a todas las otras verdades, se deja a cada miembro enteramente libre para que las descubra por sí mismo. Cada uno es libre de sustentar sus propios puntos de vista sobre Dios, el Hombre y la Naturaleza y ningún otro miembro está obligado a aceptarlos. Se expresan solamente para que los conozcan los compañeros. La humanidad crece constantemente. Necesita variar. Toda la corteza terrestre se ha transformado en estos años, desde que la Sociedad empezó su existencia. Sin embargo, podemos maravillarnos al ver que la verdad de la Fraternidad que se consideró la única verdad necesaria para abarcar los Objetivos de la Sociedad Teosófica, es la que más se necesita en la época actual para hacer desaparecer nuestras dificultades.

Hemos llegado a una etapa en la que hay que buscar una reconciliación de los opuestos, entre la Religión y la Ciencia, entre Dios y el Hombre; no porque Dios y el hombre estén en oposición, sino que la idea de Dios ha sido con más frecuencia una sombra que una luz arrojada sobre la humana existencia. Dios y el hombre se han puesto en contra la más de las veces en la práctica, si no en la teoría.

Necesitamos, así mismo, una reconciliación en el campo social entre el individuo y el todo, sea éste la Sociedad o el Estado. Hay muchos que creen que quién cuenta es el individuo, que debe tener libertad para crecer, crear y vivir su vida. Otros sostienen en que el mundo debe ser considerado como un todo, y a menos que exista un plan, un orden en la sociedad o en el Estado, al que cada individuo deba sujetarse, no puede haber felicidad para uno ni para todos, ni puede haber adelanto ni seguridad. Esto es la base de esa perversión que se conoce bajo el nombre de totalitarismo. Después de todo, hasta en el error existe un pequeño trazo de verdad. No hay superstición que conozcan los hombres que no contenga una verdad en el fondo. En la teoría del totalitarismo hay mucho de verdad, porque allí se considera la vida de la humanidad como un todo y no hay aspecto del todo que no encierre los otros. Las naciones y los individuos no pueden vivir enteramente por sí mismos. Si cada criatura que nace quedara librada a sí misma, tendría, teóricamente, libertad para vivir su vida a su modo, pero, prácticamente, pronto hallaría su propio fin, lo que nos prueba que no podemos sustentar libertad real sin familia y sin protección social. No podemos tener orden si cada individuo puede hacer lo que le venga en gana. sin embargo, cada individuo disfruta de libertad para vivir su vida y crear según la imaginación de su propio genio.

Existe en el mundo de hoy la posibilidad de desarrollar una nueva civilización sobre la base de una reconciliación de los opuestos. Esa nueva civilización no será de una nación si no del mundo entero e incluirá las culturas desarrolladas por cada uno de los pueblos. Sin duda alguna, cuando llegue esta era internacional cuyo, igual hasta ahora nunca ha existido en ninguna época del pasado, se necesitará una nueva fe, una nueva inspiración, un campo común en el que todo el mundo pueda estar y donde puedan todos encontrarse como hermanos. Debe haber una base para las ideas fundamentales que comparten y sobre la que edificarán el edificio internacional que les dará felicidad.

Se necesita una doctrina cosmopolita que obre de igual modo sobre gente de cualquier raza, cualquier nación o cualquier fe. Estuvo bien en el pasado profesar diversas religiones para grupos distintos y aislados, pero hoy, que todas las razas y todas las nacionalidades se están mezclando, necesitamos un mensaje que pueda

UN FERMENTO PARA EL PENSAMIENTO DEL MUNDO

unificar a la humanidad y recelar el valor real de cada diferencia.

En segunda instancia, cualquiera sea la presentación que se adapte mejor a la época actual, ella debe estar de acuerdo a los hechos aceptados de la Ciencia, y más aún, de acuerdo a su perspectiva general y a sus métodos. Algunos "Hechos", son simples teorías, no son sacrosantos; lo que se dice del electrón, del neutrón, del protón, y demás, no es la última palabra. La Ciencia cambia su panorama constantemente, el cual más bien se conjetura que se observa directamente. Lo que importa no son las teorías de la Ciencia, sino el método empleado por ella, la perspectiva que el pensamiento científico y el conocimiento de este pensamiento imparten a la mentalidad de la gente.

No creo que pueda ser posible o deseable apartarse de la influencia creciente que lo científico ejerce sobre las mentes de la gente de todas partes del globo. Puede ser que haya algunas comunidades que viven solamente en el aislamiento, que pueden por un tiempo vivir a la manera de sus antepasados y continuar las tradiciones de una época anterior. Pero hay nuevas corrientes de vida que se extienden por doquier, que arrasan muchas de las ideas de las mentes que las sustentaban con agrado y empujan al total de la humanidad a un bullente remolino.

Nuestra presentación de la Sabiduría debe ser científica en espíritu. Debe ser tal que el hombre que está entrenado en los hábitos científicos del pensamiento, el hombre que está educado bajo las condiciones más modernas, pueda comprenderla como algo que cae dentro del sentido común y aceptarla como una hipótesis probable o como una explicación de los fenómenos de la vida.

Más tarde, nuestra Teosofía debe verse como práctica en un sentido real, para que obre sobre la vida individual con el fin de enriquecerla. A menos que demos que la Teosofía tiene un valor para el individuo, no es fácil que ese individuo responda a su mensaje. Por eso la Teosofía no debe ser una mera teoría para estudiarse en libros bajo la guía de doctos profesores, sino que debe ser un mensaje que aunque profundo, sea lo bastante simple para ser captado por el individuo común y puesto en uso directo en todos los detalles de su vida. Si podemos demostrar que todo conocimiento, toda la teoría sobre el vasto plan del universo, que poseemos en la literatura teosófica, puede ser incorporado a la vida de un individuo

a fin de hacer que esa vida se vuelva más dinámica, más pacífica y más rica de lo que sería de otro modo, creo que estamos cumpliendo nuestra misión de mensajeros de ese evangelio.

La Sociedad Teosófica debe adaptarse a las condiciones cambiantes y entonar la nota que resulte más necesaria en una época determinada. Cuando la reconstrucción es la orden del día de todo el globo, los teósofos y la Sociedad Teosófica no pueden permanecer ajenos a ese orden. Necesitamos reconstruirnos nosotros y nuestras vidas. En toda institución hay períodos de crecimiento y períodos de consolidación. Esa es una alternativa inevitable. Debemos prepararnos para la época, quizá en un futuro relativamente temprano, en que el árbol teosófico se cubrirá una vez más de nuevo follaje, en que haya una nueva eflorescencia de la Sabiduría y un nuevo perfume se esparza sobre el mundo para su inspiración y felicidad.

No podemos decir de qué diversos modos la Sabiduría se manifestará en el futuro. Desde la época que nuestra Sociedad entró a la existencia, ha venido demostrando su creatividad y capacidad para abrir nuevos canales que permitan el fluir de la vida espiritual que justifica las esperanzas que alentamos con respecto al futuro.

Los teósofos deben llevar consigo el espíritu de los precursores, aventureros que se preparan para avanzar con denuedo como exploradores de lo desconocido, sin convencionalismos o como gente que se adhiere a una manera de ser particular, obtenida por hábitos mecánicos. Necesitamos hombres y mujeres entre nosotros que sean capaces de descubrir nuevas formas de entender la misma Verdad eterna. Tal vitalidad y capacidad espiritual, serán posibles sólo cuando nos hayamos preparado con toda constancia para aplicar nuestra sabiduría a las circunstancias cambiantes de la vida, porque toda circunstancia refleja la Sabiduría desde un nuevo ángulo, presentando una nueva superficie de incidencia a sus rayos.

Nuestro lema podría muy bien ser "Sabiduría en Acción", significando así, no solo el estudio de la Sabiduría en los libros, sino también la traducción de esa Sabiduría a la vida, y así, por una reacción ante las duras circunstancias de la vida, se logrará un despertar interno que irá en aumento. Esa es la gran misión para la que todos los teósofos son llamados, por eso cada miembro de la Sociedad debe apoyar todo su peso para conseguir que esta realización

UN FERMENTO PARA EL PENSAMIENTO DEL MUNDO

llegue a ser una realidad. No debemos contemplar a la Sociedad como un bajel que avanza sólo mediante el empuje de sus Conductores y que marcha timoneando únicamente por el conocimiento y sabiduría de Ellos. Indudablemente que les toca una posición de responsabilidad muy especial, pero en un organismo como el nuestro, el pensamiento colectivo y las vidas de sus miembros cuentan, por lo menos tanto como las de los dirigentes. Nuestro deber es honrar las grandes verdades sometidas a nuestro cuidado con los hechos y con las palabras y propagarlas en toda su pureza e integridad haciendo que la Teosofía resulte cada vez más atractiva a las mentes y a los corazones de la gente a cuyo servicio estamos destinados.

VI

LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Si hay algo que el mundo necesita saber más que cualquier otra cosa, es conocer la naturaleza del hombre, que nos hará comprender la forma de su progreso. El hombre es el conocedor y por medio de su conocimiento ha podido aprender algo acerca de la naturaleza que le rodea. Pero como todavía conoce muy poco de sí mismo, como nos enseñan por cierto los hallazgos de la moderna psicología, ya que puede decirse que apenas se ha rozado la superficie de la cubierta exterior del hombre, que actúa ignorando su motivo de ser, en la mayoría de los casos. Conoce mucho respecto al mundo de la materia, según cree, un poco acerca de la vida, y muy poco acerca de sí mismo, como que en realidad se encuentra detrás de ese velo psíquico que es algo así como el epifenómeno de su ser físico y fisiológico. ¿Existe algo más allá del ser psíquico? ¿Hay algún centro o fuente de donde broten las energías que afectan a ese ser de una manera imperceptible para la conciencia ligada a la materia de su cerebro?

En la India, el tema de la verdadera naturaleza del hombre y de sus relaciones con todas las cosas que le rodean, la Naturaleza y Dios, han sido objeto de estudio en el pasado, no solo de parte de la filosofía más evolucionada, sino también de parte de Intelectos que por su experiencia directa han tratado de probar las principales verdades de esa filosofía.

Cuando digo "Intelectos", empleo la palabra en el sentido más amplio, como si se tratase de un cuerpo que registrase y midiese, extendiéndose por el ser entero, alcanzando alturas y profundidades comúnmente escondidas en la oscuridad, a causa de hallarse veladas por las limitaciones del cerebro físico en el que está centrada su conciencia activa. Cualquier conocimiento de condiciones que trasciendan este limitado instrumento, de fuerzas que operen por encima o por debajo del umbral, si no se registra dentro del ser, no es co-

nocimiento. Cualquier cosa que esté más allá de nosotros, trascendiendo los límites de nuestra percepción actual, tiene que ser para nosotros objeto de conjetura y de hipótesis.

El hombre, desde el punto de vista de la Teosofía y de los que han logrado el conocimiento de su propia naturaleza interior, es en esencia un ser espiritual, no un animal evolucionado ni una entidad solamente mental. Existe en él algo más que la mente que lo distingue del resto de la creación. En él la ascensión progresiva de la vida que marca la marcha evolutiva, ha alcanzado una etapa que le da dominio de conciencia y le ha llevado a manifestar facultades de pensamiento y de acción con las que ha construido el mundo en que funciona, con sus artes, su ciencia y civilización. No hay razón para pensar que o en su organización física o en las facultades de la conciencia la marca evolutiva no lo llevará aún más lejos.

¿En dónde está la potencialidad, la fuente original de la energía que asumiendo siempre nuevas formas manifiesta nuevas capacidades, obrando, sin lugar a dudas sobre la materia y la mente, correlacionando sus actividades en esas dos paralelas? Esta fuente se encuentra en la naturaleza y en el hombre, en éste, como origen de su ser, de su vida individual y de su conciencia que opera en diferentes planos. Esa fuente puede considerarse como el Espíritu que alienta en el hombre, el que, juntamente con la mente (una libre energía que emana del mismo Espíritu o Centro) y con las limitaciones de la materia, sin las cuales la mente no puede operar, constituye la naturaleza de cada ser humano individual.

El hombre posee una triple naturaleza: espiritual, psíquica (mental-emocional) y física, pero la esencia de sus individualidades puramente espiritual o semejante a Dios. Cada hombre es en verdad, en la raíz de su ser, un fragmento de la Vida Una que se manifiesta en todas las formas del universo, un fragmento de cuya naturaleza consiste esencialmente en una individualidad que expresa al mismo tiempo la unidad de aquella Vida Una y la diversidad de la materia, el principio de diferenciación del universo en una forma o modo único. En la constitución del hombre están los tres términos del Espíritu, la Mente o Alma y la Materia, siendo la Mente la mediadora entre la unidad del Espíritu, el centro al que convergen todos los radios y la multiplicidad de la materia o limitación que constituye la circunferencia.

El principio medio, la mente, empleando el término en su sentido más amplio para incluir también las emociones así como la facultad de ese principio que en la filosofía sánscrita se denomina *Buddhi* o Intuición Espiritual, es de carácter dual, como si fuese una esfera expuesta de un lado a la luz del Espíritu, su propio genitor subjetivo o fuente, y del otro, o sea de la materia objetiva, cubierta con la oscuridad de su propia sombra. Pero vendrá el tiempo, en el curso del intercambio entre los dos polos, los dos extremos de la individualidad en el hombre, en que, purificada gradualmente de su escoria, la esfera dejará de ser opaca y absorberá la luz o refractará la luz que la atraviesa.

Es la actividad de la mente dual (la mente abierta a las intimaciones del Espíritu por una parte y la mente influenciada por las pasiones en la otra) lo que caracteriza a la etapa humana en evolución. El Espíritu en el hombre pertenece a Dios y es esencialmente uno con ese Origen; comparte la naturaleza material con los reinos inferiores. Es por consiguiente la mente la que en un sentido es el hombre en esencia, hasta que unida nuevamente la mente con el Espíritu, el hombre se transforma en un ser semejante a Dios.

Puede considerarse el Espíritu en el hombre, como un centro que emanara de la esfera del Ser Divino o sea de la plenitud de la Vida y cargado por ésta con su fuerza ilimitada en una forma y medida creciente, mientras el Espíritu despierta progresivamente por su contacto con la materia. Simultáneamente, este centro que evoluciona, actúa a través de la mente en la medida de su propio despertar, estando también determinada la capacidad para tal acción, por la receptividad de la mente. El grado de receptividad depende de la extensión en que la mente se haya liberado de la pesadez de la materia, atadura a la existencia material de la que tiene que derivar su propia experiencia.

Con la materia prima de esta experiencia, la mente tiene que crear su vehículo para recibir la Luz y la Gracia de su fuente originaria. Tiene que ser un vehículo de comprensión pura, para cuya creación deben utilizarse todas las experiencias, agradables y desagradables, buenas y malas. La individualidad psíquica, es decir, mental y emocional, es el campo en que la energía espiritual tamiza sus experiencias terrenas asimilando lo bueno que hay en ellas, construyendo el siempre cambiante aunque nunca precedero vehículo de

esa individualidad, el cuerpo psíquico, transformándolo en residencia adecuada y moldeando la expresión de su naturaleza espiritual interna, de la que esa energía es agente y canal.

La materia, que es el principio de la limitación, se necesita tanto como los otros dos cuerpos, con los que está íntimamente ligada, para que la existencia en la realidad objetiva pueda tener lugar, para definir, para diferenciar y para producir un universo donde solo pueda existir la unidad.

El hombre, como entidad mental (con el principio espiritual insertado en esa naturaleza mental) vive en tres mundos, de acuerdo a la filosofía hindú y a la moderna Teosofía, el mundo mental, el emocional y el físico, ligados entre sí por tres envolturas interpenetrantes compuestas por las respectivas sustancias de cada uno de esos mundos. Los tres cuerpos, que pertenecen a los tres mundos, se desintegran periódicamente y se vuelven a formar alrededor del centro perenne de la individualidad, creada por el principio mental que en él existe y está fijada allí.

El hecho de que no seamos conscientes en nuestro actual estado denso de la mente, de la existencia de los otros dos mundos hechos de sustancia más leve, no constituye en manera alguna una prueba de su inexistencia. Tal suposición equivaldría a negar la existencia de los rayos X, los rayos Alfa, Beta, Gammay hasta las ondas de radio, que existían antes de su descubrimiento.

Estos mundos, según la Teosofía, no son sino prolongaciones del físico, son invisibles (aunque por cierto pueden apreciarse) a causa de la levedad de la sustancia que los forma y la frecuencia de sus radiaciones. Si nos figuramos al mundo físico como una circunferencia en la que un radio uniera el centro u origen con la periferia, las escalas sonoras que se formarían en ese radio constituirían las bandas de frecuencia por las que la conciencia humana tiene que establecer contacto con las diversas esferas o mundos que constituyen el universo divino.

Por todas partes, en todos los mundos existe la Ley, aún cuando las leyes pueden variar según la naturaleza de las cosas que rigen: sólidas, líquidas o gaseosas, y físicas, emocionales y mentales, en relación a factores físicos, psicológicos o morales.

Vemos que el cuerpo físico perece; los otros dos cuerpos también perecen, su tiempo de duración depende de la cantidad y

naturaleza de la energía que se les haya insuflado durante el período de vida física. Pero la raíz de esta existencia triple no queda aniquilada en modo alguno, a su debido tiempo produce un nuevo brote, que sale, o para decirlo mejor, se extiende para aparecer bajo la forma de un vástago humano, una pequeña criatura, que bajo una cubierta de gran plasticidad oculta los gérmenes de todas las tendencias pasadas, buenas y malas, listas a mostrarse cuando las circunstancias sean apropiadas.

En la vida ordinaria vemos que toda experiencia por la que nos beneficiamos, tiene que repetirse una y otra vez hasta que podamos absorber y comprender la lección por completo. La vida en el mundo físico, con toda la variante de sus condiciones, tiene mucho que darle al ser humano bajo la forma de educación, que (si la educación forma parte de la venida del ser a este mundo) no puede completarse o asimilarse en el transcurso de una sola vida.

La cuestión de si la Reencarnación es un hecho de la Naturaleza, no puede determinarse por nuestras reacciones emocionales ante esa idea. Depende de lo que encarna y cómo esa entidad encarnante es impulsada y por qué fuerzas y en qué medio.

Tenemos entonces, que por una serie de circunstancias, el individuo humano pasa a ser otro, después de haber vivido una de las vidas que le corresponde, lo que constituye una cadena de causas que une las series sucesivas de vidas, incluyendo las relaciones con los otros seres humanos. Tal es la ley del Karma como se la denomina, que opera tanto en la esfera moral como en la mental, siendo la Divina Ley de la Justicia.

La Teosofía proclama como doctrina realmente científica, que los efectos de toda fuerza liberada, de cualquier centro que provenga, debe volver a él en una u otra forma, no interfiriéndose las ondas emanadas de ese centro con otras. Cada pensamiento, cada emoción, cada acto, rebota sobre la superficie de la resistencia y vuelve hacia el que lo envió. Aunque estas fuerzas pueden ser demoradas a veces en su avance, aunque pueden combinarse y anularse cuando se encuentran con otras, son de una precisión matemática y certeras en su acción, tanto para el objeto sobre el que se descargan, cómo para el sujeto o centro de emanación.

De este modo, el hombre, como sujeto responsable, está cosechando continuamente los efectos de sus acciones pasadas y creando

las condiciones de su futuro. Desde el centro que es el individuo, hasta la circunferencia de la resistencia, y desde la circunferencia al centro, marchan hacia adelante y hacia atrás las vibraciones de la vida individual. La manera de obrar del Karma puede parecer oscura, porque sabemos muy poco de las fuerzas del universo, pero la Ley, en su forma simple es perfectamente clara.

El alma del hombre, es decir, el Espíritu Divino en el hombre, siendo un aspecto o porción del Espíritu Universal, el Principio Uno que es lo más excelso en toda la Naturaleza, es eterno. Pero el alma humana o psiquis, para emplear un término que se presta a las más variadas acepciones, de acuerdo a los aspectos que comprende, tiene que pasar de la mortalidad a la inmortalidad por su propio esfuerzo, transformándose durante el proceso, como el loto que nace en el barro, objetivando la perfección subjetiva de que siempre ha sido capaz, extrayendo el color de sus cualidades de la fuente de todas las luces del universo, el Atman o Espíritu Divino siempre presente, como un germen, en esa alma. En esta transformación, la materia, es decir, el barro en la que predominan las propiedades divisorias, tienen también un rol que desempeñar. Porque es en este suelo que la semilla Divina tiene que plantarse; la semilla que a medida que crece y se expande (en la gran mayoría de los seres humanos, simplemente brota) se transforma en un árbol universal que abarca la vida por entero, repartida en las innumerables formas que con todos sus grados y variedades que ocupan el universo.

El poder de expansión reside en la ilimitada fuerza de la mente, denominada Manas en sánscrito, que se encuentra acumulada en la simiente, siendo la mente ese elemento de la conciencia que con el tiempo abarca todas las modificaciones de la materia, pudiendo percibir y establecer cualquier relación posible entre ellas constituyendo el medio ultrerrimo de cualquier idea sintética y pura que pueda tomar cuerpo en una forma bella, trascendiendo todas las modificaciones de la materia. Es por medio de la mente que el Espíritu, que es unitario en su naturaleza, tiene que conquistar su dominio sobre los mundos de diferenciación y multiplicidad.

El hombre es un triple misterio, porque en él reside una Luz oculta, el misterio indefinible de la Unidad que comprende el universo; porque su naturaleza, que tiene que ponerse de manifiesto por medio de ese misterio, está compuesta por diversos elementos,

aparentemente incompatibles, pero que se entremezclan y se influyen unos a otros, y porque el proceso de su expansión es el proceso de una fusión entre la unidad y la diversidad, obtenido por la actuación de una conciencia que participa de ese centro misterioso e inmutable y de los siempre cambiantes aspectos de la circunferencia.

En los primeros tiempos de la Sociedad Teosófica, los términos alma animal, alma humana y alma divina, se empleaban para señalar las tres fases o aspectos de esa entidad o ser a la que los psicólogos aplican el término vago de psiquis o alma, hoy, porque son incapaces de hacer distingos entre ellas ya que son fases de una existencia sujeta a transformaciones que constituyen aspectos coexistentes de una misma y única Vida. El animal en el hombre comprende el campo de sus pasiones, sensaciones e instinto; lo divino en él es esa naturaleza en la que el alma humana se transforma cuando ha cesado de estar apegada a lo terreno y se ha liberado de las ataduras de los sentidos y de las pasiones, mientras que el alma humana representa la conciencia intermedia y libre a la que cabe la responsabilidad de la elección entre el bien y el mal. Tanto el hombre animal como el divino o espiritual actúan por instinto, aunque en el caso del último, la facultad se transforma, glorificada y trasmutada, en la esencia del conocimiento, en una Intuición Divina, en la que la verdad conocida, el acto de conocer y la conciencia del conocimiento se fusionan en una identidad. Es en el principio humano de la mente, empleando la palabra en su sentido más estricto y limitado que la facultad del raciocinio o sea el poder de tornar, explicita toda relación implícita, reside fundamentalmente.

El hombre, como la raíz sánscrita de la palabra lo indica, es el Pensador, incorporando en sí una facultad tan por encima de las percepciones puramente animales, del mismo modo que la Intuición Espiritual está por encima de la mente. Pero el pensamieno tiene que liberarse de las trabas de la sensación y llegar a ser el que gobierna los sentidos, antes de que la mente, obedeciendo a su propia ley, esa mente que es la guía interna de la luz que reside en el hombre, la Luz de Atma-Budhi, pueda establecer su imperio sobre los reinos inferiores para inaugurar el reino de oro del Espíritu. La mente, o más correctamente, la conciencia, existe en todos los planos, desde el más alto hasta el más bajo, y las facultades de la conciencia, variadas en su naturaleza, no son más que ramas de un

solo árbol, un árbol sujeto a cambios de estación, a la muerte invernal y a la resurrección en las regiones inferiores, pero que en su ser interno está inmortalmente arraigado en la tierra de la luz eterna y del perpetuo florecimiento.

Dios quiere que el hombre llegue a ser una criatura humana perfecta, que responda a cada movimiento de un universo perfeccionado y a cada corriente, con un pensamiento y sentimiento de perfecta belleza; no sólo que responda, sino que actúe bajo su propia iniciativa, y cree formas que respondan a la Naturaleza, no por sí mismo como individuo, sino en armonía con los otros seres. El proceso que acabo de describir brevemente, es el proceso por el que se alcanza este fin.

Aunque la meta pueda estar lejos, según contamos el tiempo en nuestro estado actual de conciencia, aún ahora el hombre puede vivir su vida con poder y belleza divinos si sabe despertar su verdadera naturaleza, porque el hombre está sujeto a la maya de las reacciones mentales y emocionales (no solamente en los pensamientos y sentimientos que manifiesta abiertamente, sino en la intrincada maraña de lo inconsciente) que lo ocultan de sí mismo.

La naturaleza del hombre es compleja, pero de una complejidad que puede reducirse a una simplicidad divina. Es un ser mental en quien el proceso de diferenciación que constituye la mitad del ciclo de vida, proveniente de un conocimiento de lo particular, que va en aumento, debe completarse con un proceso de síntesis, que constituye la otra mitad del ciclo, que revela las unidades o significados puestos de manifiesto por las formas particulares. La complejidad crece con el solo desarrollo mental, o más bien, con el desarrollo de la mente de deseos, que se mueve como un ser de la sombra en el laberinto de las estructuras del pensamiento nacidas de las sensaciones del deseo. Pero el hombre encuentra, al final, que el deseo, en su proteica veidura, no es sino el generador del dolor, que retiene por los pies al ave inmortal que es él mismo y le impide elevarse al Empíreo sin límites del pensamiento y la acción divinos.

El hombre descubre entonces la verdad acerca de sí mismo, la verdad que ha estado en su corazón desde el principio. Este descubrimiento es un despertar a la verdadera existencia, una liberación de la ilusión de los sueños que ha estado soñando hasta ese momento. El pasado se borra entonces, como un cuento que ha sido

contado y ha terminado, un cuento en el que él, como Ego puro e inmortal no ha tenido más que un contacto indirecto. El futuro se abre ante él, ahora, para escribirse en un libro que irá revelando la verdadera naturaleza del escritor, la Individualidad, por tanto tiempo negada y escondida y que por fin se libera y ocupa el lugar que le pertenece. Esa verdadera naturaleza es monádica en su simplicidad porque representa el summum de perfección, un orden divino abarcando todos los elementos del conocimiento adquiridos hasta ahora y capaces de asimilar en su comprensión integral todos los hechos y factores nuevos que puedan entrar en su esfera de acción.

VII

LA LUCHA POR LA PERFECCION

Todos los que nos sentimos conscientes de estar encerrados en un proceso del que nos sentimos incapaces de escapar, que está constituido por un cúmulo de circunstancias inciertas e inexplicables, una transformación que perdura y parece no tener fin, no podemos menos que pensar en una meta ¿cuál es esa meta a la que debemos llegar? no es otra que la perfección, según lo establece la Teosofía. Pero ¿la perfección de qué? ¿Del hombre o de su universo? Como el hombre puede conocer sólo *su* universo y siendo como es un ser de inteligencia muy imperfecta, *su* universo no puede ser sino una pequeña parte del todo, es decir, una parte del universo Divino, como podemos concebirlo.

La propia palabra “universo” implica la existencia de una unidad que por sí sola justificará ese término. ¿Es esa unidad Dios, o se refiere al hombre, o a entrambos? Si los consideramos a ambos en nuestras mentes, ya sea de una manera conciente o inconsciente, tendremos que el hombre debe ser esencialmente uno con la Divinidad, aún cuando aquel es una entidad evolucionante y Dios un Ser eternamente perfecto. Si consideramos al hombre como el centro de nuestros propósitos prácticos aún así, todos los hombres y mujeres, que se diferencian unos de otros de innumerables maneras, pueden considerarse como una unidad, en un sentido fundamental y si se quiere misterioso.

Esta última idea, la de considerar al hombre como centro del entendimiento ¿nos lleva necesariamente al sistema homo-céntrico? El universo físico, ya lo sabemos, no tiene su centro en la tierra ni en el hombre. Si nos guíamos por la analogía en este asunto, el universo, como síntesis viva e inteligible no puede girar alrededor del hombre, a menos que por hombre entendamos que hay algo en él

que lo hace uno en esencia con los demás seres, en cuyo caso deja de ser el ego separado que cree ser y su yo individual viene a ser parte de un YO universal.

La perfección desde el punto de vista de la evolución universal es para todas las cosas de la Naturaleza, el hombre inclusive. Tiene que ser para cada tipo y especie de acuerdo a su forma individual, siendo la individualidad, que constituye el prototipo esencial de cada uno, lo que está sujeta, por depender de un complejo de factores, a una evolución que tiende a un continuo mejoramiento en eficiencia y función; hasta ahora vemos algunos aspectos que se perfeccionan en muchas formas de la Naturaleza.

Toda vida individual, de cualquier clase sea es el centro de un ambiente que actúa sobre ella de diversas maneras y que a la vez recibe la acción de esa vida, aunque este intercambio se lleva a cabo de un modo inconsciente hasta que alcanzamos la etapa del hombre. El hombre detenta la facultad superior de la acción planeada, consciente y colectiva, por consiguiente, el proceso por el cual la Naturaleza impulsa su corriente de cambios y evolución, se apresura en el caso del hombre y además se acelera su voluntad e inteligencia que influye sobre otras cosas a sus alcances. Contando con cualquier fluctuación (porque también hay retrocesos) el proceso, empero, tiende siempre hacia un mejor entendimiento entre la vida encerrada en un cuerpo y su medio ambiente. Esa mejor comprensión que busca llegar a un perfecto impulso, se realiza mediante la lucha que vemos por doquier, en la que, como en la retorta del químico, la base, desde el punto de vista del oculista (que es el que estudia las causas ocultas) se convierte en lo bueno y se transforma en lo que moralmente conviene para sobrevivir.

No es una de las menores entre las causas ocultas, aquella que se encuentra en lo que denominamos el alma del hombre, sin la cual todo hombre tomado como individuo, no sería sino un producto perecedero y una criatura a merced del ambiente, incapaz de ejercer sobre este ninguna otra influencia que la que el propio ambiente le hubiese dispuesto. Pero el hombre es algo más que el medio ambiente, aserto que podemos constatar cuando contemplamos a esos Hombres de la historia, extraordinariamente grandes y especialmente a los grandes Maestros espirituales como Cristo y Buda. Existe en el hombre una capacidad para pensar y actuar, que, lejos de depender de

la influencia de su medio ambiente y susceptible de explicación sólo por la herencia, puede dar a ese medio justamente lo que le falta. Es de una cualidad innata, de un depósito interno que el hombre extrae las ideas que unifican sus percepciones instantáneas con un valor que no es sólo cuantitativo sino cualitativo y que corporiza en sus obras de cultura, esas realizaciones que no pertenecen a una época determinada, sino a todos los tiempos y marcan el sendero de su progreso ascendente.

La exposición de una idea de perfección en medio de la lucha puede parecer un sí no es anormal, ya que lucha significa lo inarmónico, lo que disturba y desorganiza, en tanto que la perfección consiste en buscar armonía, orden de las partes que implica eficiencia para el todo y paz. La lucha no produce orden, a menos que sea como última instancia, pero hay un orden en la Naturaleza que existe en medio del campo de batalla de los opuestos. Todo nuestro conocimiento en su aspecto más amplio, no es sino una manifestación de ese orden. Hay un orden establecido (aunque más no fuese el que nos dan las conocidas leyes de la Ciencia, el campo unificador de la Teoría, y otras leyes que pertenecen a un universo más vasto e intrincado que el que contempla la Ciencia) en el que tiene lugar la lucha por la existencia desde el punto de vista materialista, para lograr la perfección y auto-realización desde el punto de vista más profundo de la vida. Esta lucha nos muestra tanto en la Naturaleza como en el campo de las actividades humanas, un construir constante, un destruir y reconstruir inevitables en el curso del progreso para pasar de un grado de organización a otro superior. Todo este movimiento nos muestra como van alternando los estados de concierto y desconcierto.

Cada nuevo influjo de fuerza (una nueva idea, una sensibilidad más delicada) proveniente de la fuente original de la vida, la fuente oculta en el hombre y en la Naturaleza, tiende a mostrar un estado de concierto y de desconcierto. En cualquier orden de existencia viene un orden, cualquier forma dada o situación en que, habiendo absorbido y asimilado ciertas ideas nuevas no puede cambiar más y hay un choque entre lo nuevo y lo viejo, facilitado por la infructuosidad de lo viejo, la degeneración inevitable que toda idea verdadera sufre de manos de los hombres que sólo se fijan en su valor parcial y lo interpretan de acuerdo a sus instintos egoístas. El viejo orden se

disuelve una y otra vez para dar lugar a uno nuevo, un orden que no nació formado enteramente sino que ha sido modelado gradualmente por las nuevas fuerzas que han logrado penetrar en el viejo sistema y tienen que alcanzar equilibrio en sus efectos.

Pero justamente como hasta en medio de la descomposición y la muerte hay manifestaciones de vida (aunque más no sea de vidas inferiores), de igual modo en medio de una falta de armonía muy grande puede haber y en general las hay, partes de armonía. Hay belleza y armonía en todas las cosas cuando las buscamos, como en los movimientos de las estrellas y de los planetas, los átomos y las moléculas, la construcción y funcionamiento de todo organismo viviente. Pero el objetivo del hombre (y de la Naturaleza a través del hombre) es crear un orden de belleza y armonía con el material que llega a la vida humana y que se ha preparado para el uso del ser humano.

La lucha por la perfección en el mundo humano ha tomado el aspecto de una terrible lucha por el disfrute de esa existencia. Hay, como un aspecto de esto, una lucha crucial entre una serie de ideas y valores identificados groseramente con el humanitarismo, la libertad y la justicia y otra serie que comprende sus opuestos que han tomado distintas formas, tales como totalitarismo, dogmas religiosos, la esclavización y explotación del hombre por el hombre y de la mujer por el hombre. La lucha por un mundo mejor que ha sido emprendida y tiene que emprenderse todavía es parte del esfuerzo del hombre para lograr la perfección de sí mismo. El hombre no es solamente un individuo, sino una parte de un todo viviente, un ser vibrante, radiante, cuya influencia para el bien y para el mal se vierte sobre la vida de los demás, recibiendo las influencias de sus semejantes sobre sí porque no puede evolucionar a menos que esté en contacto con sus hermanos.

Existe una perfección hacia la que tiende toda la Naturaleza incluso el hombre, movido, por el impulso de fuerzas ocultas que obran en su interior, pero el concepto actual que tiene el hombre de esa meta, si es que de algún modo la vé, no puede ser tan amplia porque él separa el futuro del presente. Esa meta debe ser, para decirlo brevemente, la armonía universal en la que toda vida, encerrada en la forma apropiada para sus fines, encuentre su lugar correspondiente para actuar con efectividad suma, cada individualidad en el punto mejor de su desenvolvimiento, habiéndose eliminado en

una etapa u otra todos los cuerpos de las vidas individuales que no resultaron satisfactorios, que no son sino callejones cortados que no llegan a ninguna parte.

Una de las verdades que se están empezando a aprender es el error de imaginar que en la lucha por el progreso sólo sobreviven las cualidades más fuertes. La Naturaleza, ahora, se preocupa en educir al par que las cualidades de fuerza y resistencia, esas otras como la simpatía, la imaginación, y la comprensión de algunas experiencias subjetivas, todo eso calculado para hacer del individuo una entidad consciente, de libre albedrío, que integre su forma individual en un orden universal, siendo uno en el todo siempre cambiante de que forma parte.

La perfección para el hombre, se vé que no reside en la fuerza bruta en la que fué superado por muchos tipos animales que conocemos ahora por sus fósiles, ni tampoco consiste en la apreciación fría de los hechos concretos y sus relaciones y en la mera argucia mental. Algún día llegará a incluir no solamente las más bellas cualidades que pueden expresarse por medio del cuerpo físico, del emocional y del mental, sino también esos aspectos del ser espiritual o conciencia que, trascendiendo las limitaciones de su desarrollo actual no podrán ser definidos con los términos de una lengua basada en nuestra limitada experiencia presente. Sin embargo, la consecución de todo eso debe considerarse como perfección espiritual que pertenece a otro aspecto del ser y que debe expresarse en la vida humana y en la conducta de alguna manera indefinible en virtud a la unidad que le es inherente y que abarca todos los aspectos y planos de experiencia y acción.

La vida no es un estado estático, sino un proceso de transformación constante de lo que sólo comprendemos algunos aspectos superficiales. La perfección de ese proceso es la perfección de la vida, de aquí que, por mucho que nos dediquemos al estudio de una ciencia, el vivir es un arte en el que todos los factores de la existencia humana toman parte de una manera o de otra. Aunque la actividad de la vida es la más compleja de todas las actividades, el hombre puede, guiado por su pensamiento y su voluntad transformar su vida en la más delicada y más bella de las artes. Hasta que ese arte se manifieste en toda su perfección posible, el hombre no puede saber cual es la perfección que se le destina.

Nunca podemos representarnos esa perfección que constituye la meta, aún cuando su alcance esté muy lejano todavía, sin conocer algo del hombre en su naturaleza esencial que es la parte destinada a ese fin y que se encuentra encerrada en el intercambio que hace el hombre con su medio ambiente físico aún cuando no se afecta por las fluctuaciones a que el hombre está sujeto, como mente y alma, por las influencias exteriores. No podemos imaginar el desarrollo que le aguarda hasta que no conozcamos las cualidades correspondientes a esa parte trascendental del ser puesto que constituye la mitad de su naturaleza siendo la otra mitad la parte animal que sólo juega un rol accesorio en su verdadera evolución.

¿No constituye la perfección imaginada como la creación suprema de la Naturaleza, construída con material viviente por sus manos, una meta muy distante, incapaz de suministrar al hombre actual el calor y el entusiasmo que necesita? ¿No es esta perfección que se busca una estrella remota cuya débil luz es insuficiente para iluminar el sendero del hombre? A esto puede responderse que la meta, aunque lejana para el punto de vista de la visión externa, puede acercarse al corazón del hombre que quiera abrirlo a la luz y que se refleja allí en una luminosidad siempre creciente para que pueda percibir que es la estrella de su propio ser la que con sus rayos forma su misma individualidad siendo todo lo que le rodea una oscuridad completa.

El hombre desde el punto de vista de la Teosofía, tiene una constitución triple: espiritual, psíquica (esto es la conciencia en sus diversos grados) y física. Idéntica constitución hallamos en todas las cosas, pero la diferencia reside en el hecho de que sólo en el hombre el nexo psíquico se desarrolla a punto de poder recibir y concentrar todas las energías del Espíritu, funcionando en un continuo estado de auto-conciencia y dirigiendo esas energías a todos los puntos y rincones del universo que habita para que todo aquello sobre lo que pueda ejercer su acción, pueda redimirse e iluminarse. En otras palabras, aún cuando el hombre es exteriormente una entidad físico-mental, en esencia es un ser espiritual y aunque poco en su presente estado puede alcanzar a realizar parte de la verdad y a comprender la importancia de su aspecto primordial, como ser. Cuando a su debido tiempo la mente alcance la etapa necesaria para saber discriminar entre lo esencial y lo que no lo es, entre el bien y el mal,

entre la belleza y la fealdad, el hombre establecerá contacto con el Espíritu cuyo poder ya le muestra los valores que tal discriminación implica. El signo de su progreso está en ver esos valores con más claridad cada vez y en incorporarlos a su vida y acciones.

El fin determina los medios. Cuando el hombre sepa que la meta es el establecimiento en la vida de los valores imperecederos del Espíritu, aprenderá también a actuar correctamente. Su tarea es moldear su medio ambiente, las condiciones sociales, para que se reflejen allí esos valores espirituales. Los valores que lleva en su corazón y en su mente son inevitablemente los que exhibe hacia el exterior porque el hombre se refleja a sí mismo en el medio que le rodea. No tenemos más que mirar al mundo, tal como es hoy con luchas nacionales e internacionales, con bajos fondos, cárceles y campos de batalla para darnos cuenta que en todo estamos nosotros mismos, tanto como también estamos en la apariencia y decoro que mostramos en los salones y cancillerías diplomáticas.

Hemos llegado a un punto en la lucha en que una elección definida debe hacerse para decidir a qué fin consagraremos nuestros recursos y energía; nos encontramos en la disyuntiva de la más altas posibilidades que se nos abren dentro de la etapa que hemos alcanzado, rebajada, como podemos constatarlo, por la actual lucha y tensión que reina en el mundo, y el oscuro sendero que se nos presenta de interés personal o nacional, señalado por montañas de armamentos, naufragios de todo orden y orgías para satisfacciones propias ignorando las miserias ajenas. Cuando la humanidad como un todo realice la elección, consciente o no, sus efectos se harán sentir en todos los aspectos de la vida humana (porque tal es el totalitarismo de la vida) en la política, la educación, la economía y todos los demás órdenes.

Un aspecto y señal de la perfección que vendrá, por el que la reconoceremos aún dentro de sus imperfectos comienzos, es la que nos será revelada por el arte, la cualidad de belleza que señala la expresión de la Vida en sus innumerables formas.

Lo que es realmente bello, ya se trate de una obra de arte creada por el hombre o un producto de la evolución natural, no es sino un aviso que nos llega del mundo de la Luz, donde no existe ni la sombra del pasado, ni la duda del futuro, que no es sino una creación del presente, el mundo del pensamiento de Dios corpori-

zado en la materia. Aquí reside la significación que cada cosa posee plenamente, aunque para la mayoría de nosotros ese significado está oculto bajo la deformidad de su imperfección presente.

Llegará el tiempo (y esta es la esperanza de todos los idealistas soñadores y de los teósofos) en que ese pensamiento que abarca todas las cosas que van camino de la perfección, se podrá expresar aquí abajo en nuestro lenguaje, que será el lenguaje de un orden visible en el que cada cosa, moldeada para formar parte de ese orden, ocupará su lugar adecuado y significativo. El Arte, en todos sus aspectos, pronuncia las palabras de ese lenguaje, cuando trasunta belleza. Toda forma de intuición directa incluyendo el amor, nos revela algo del significado de este lenguaje, del mismo modo que otra forma del conocimiento humano nos enseña acerca de las letras, de la construcción y de la gramática de nuestras lenguas. Pero el conocimiento del tema como un todo y su amplitud, queda reservado para el día en que, terminada la lucha, el hombre ocupe su lugar como un dios y sea uno con el universo del cual es ahora solo una porción imperfecta, que evoluciona y que lucha.

VIII

LA CONTIENDA ENTRE LA LUZ Y LA OSCURIDAD

La característica de la era moderna es el crecimiento de la mente concreta y su aplicación a los problemas de índole material. En épocas pasadas los hombres no carecían de inteligencia, pero sí del temperamento necesario para progresar en este sentido. El desarrollo de este estado de la mente es lo que ha hecho del mundo físico una unidad. Pero en conciencia el mundo, espiritualmente o moralmente, no es una unidad. De aquí que notemos una falta de equilibrio entre esos dos aspectos de la vida: espiritual y material.

La mente del hombre se está liberando en todas partes de los convencionalismos que se habían aceptado como norma; pero todavía no ha encontrado su propia ley. Y esto ocurre con más frecuencia en Occidente, donde encontramos por ejemplo, en asuntos referentes al arte y al sexo, una tendencia a violar todos los cánones y reglas conocidas, aparentemente por el goce desenfrenado de la misma violación, de suerte que por algunas décadas ha habido una corriente hacia un estado interior de licencia al que gran número de personas se preparan a caer por sus excesos de todas clases tratando de experimentar salvajemente en los campos de las sensaciones físicas y emocionales. Este estado de cosas fué el que en cierto modo preparó el camino para los horrores de la última guerra mundial.

La mente es un elemento dual en su esencia, puede con igual facilidad volverse el instrumento de la inteligencia espiritual más adelantada y realizar así sus más nobles impulsos, dando forma y estado, como el artista, a pensamientos bellos que de otra manera se perderían, como también volverse esclavo de bárbaras pasiones prestando las diabólicas elaboraciones de su ingenio a las fuerzas elementales que normalmente están adormecidas en el hombre. Hemos visto realizarse esto ante nuestros propios ojos.

Nunca ha habido una época para que el hombre viera esto mejor

que durante la guerra y más alarmante aún en el período en que estamos actualmente, en el que vemos tan fuerte contraste entre la sombra y la claridad, en el que hay tal polarización de las fuerzas hacia el bien y hacia el mal; en que la Oscuridad y la Luz luchan en la contienda sin ocultar su naturaleza y sus propósitos. Hemos tenido dos guerras mundiales; puede haber una tercera. ¿Quién puede decir cuál será el resultado?

Entonces viene la Teosofía en nuestra ayuda. Cuando digo Teosofía, no me refiero a una doctrina exclusivista, sectaria, de moda, sino a esa grande Sabiduría antigua, de tanta amplitud como profundidad para satisfacer al que la conoce, que en su forma moderna demuestra claramente que constiuye un valor permanente, como lo es el espíritu que reside en lo más íntimo del hombre que no se altera bajo las condiciones exteriores. Como la sonrisa de un niño o de alguien que amamos, como un acto noble o heroico, como un bello gesto o un hermoso sueño, como todos los cálidos sentimientos humanos que distinguen al hombre del bruto, el alma del hombre y la Sabiduría que le pertenece, poseen un valor que no puede ser disminuído por las condiciones externas que cambian sin cesar. Los valores de esos fenómenos pertenecen a una sola y misma fuente de origen.

Cuanto más se mecaniza el mundo, tanto mayor es la necesidad de acentuar el valor de la personalidad humana y mayor debe ser el cristal que la refleje. La vida tiene valor por su potencialidad y encanto y su libre e innata fluidez no puede cortarse por ninguna férrea imposición que puede sí detenerla momentáneamente. La mitad de las dificultades por que atraviesa el mundo se debe a que el hombre ha aprisionado esa vida en turbinas concebidas por su mente para producir una fuerza artificial devastadora (el poder del capital, de la política y del militarismo) que se emplea no para acrecentar la felicidad, sino para luchar y subyugar al hombre mismo.

La antigua Sabiduría enseña al hombre la preciosa condición de su libertad mostrándole que si recurre a sus instintos más nobles, como ya se ha revelado en todas las épocas y en todos los climas, se puede llegar a construir un orden en que se combina la libertad con la seguridad, la estabilidad con el progreso, la creatividad en la cooperación. Los instintos que han aparecido en las virtudes caballescascas, santas y clásicas de todas las edades son la única confirmación verbal y verdadera de todo el edificio social y moral que la humanidad

puede crear. Ultrajarlas, negarlas como se hace hoy en tantas partes del mundo para suplantarlas por un monstruo erigido para ser reverenciado por el hombre que le sacrifica su individualidad, es cerrar la puerta al progreso humano y, hasta más, es retrotraer la evolución al estado de seres embrutecidos, sin alma, en que ésta se desintegrará y perecerá.

Pero esto no sucederá porque el hombre ha ascendido demasiado para caer en la barbarie absoluta. La causa de la Libertad y la Fraternidad prevalecerá finalmente en todo el universo, no sólo porque tal es la dirección que sigue la Naturaleza con fuerza irresistible, sino porque también tiene hoy más partidarios, más adherentes convencidos que en cualquier otra época anterior. La lucha en que hemos participado parece ser el último ataque agudo antes de la aparición de una nueva era verdadera en la que se espera que el mundo se organice en sus diversas partes de suerte que no solamente se mantenga la paz entre una nación y otra, asegurando de este modo la continuidad del progreso, sino que cada hombre, por primera vez, recibirá un reconocimiento práctico de su propio valer y una cabal oportunidad para vivir su vida de acuerdo a su modo de ser. ¿Se realizará esta esperanza?

La Teosofía se ocupa de lo fundamental de la vida (el Hombre, la Naturaleza y Dios) y nos muestra que, aún cuando el futuro inmediato puede estar envuelto en la oscuridad, el progreso ulterior del hombre es cierto; que después de su descenso al valle sombrío de la muerte, debe llegar inevitablemente la aurora de la resurrección para que se realicen los mejores sueños y esperanzas de la humanidad; que ningún esfuerzo humano dedicado a esa causa pudo haberse hecho en vano. Y nos indica también la dirección que debemos dar a nuestros esfuerzos; el santo y seña que debe ser nuestro guía en la reconstrucción que ha comenzado y tiene que realizarse a pesar de cualquier obstáculo o retroceso y que es: unión y libertad. Libertad para que cada uno exprese su individualidad, nacionalidad y religión en su carácter de unidad, y unión, porque a pesar de toda diferencia, por aguda y sobresaliente que sea, la humanidad es una en su origen, en la esencia de su naturaleza y en su destino.

El problema, que deben resolver los estadistas de todo el mundo, está en incorporar esos principios a nuestra política, a nuestra economía y a nuestra organización social. El problema no es insoluble

si los hombres de Estado se ponen a trabajar con voluntad, la voluntad que corresponde y con espíritu de sacrificio, emulando el sacrificio de los que marchan a la guerra voluntariamente, perdiendo su vida, su fortuna y su familia. Si tanto puede darse para la guerra, ¿no puede darse lo mismo por la Paz, una Paz hermosa, segura y constructiva que incluya todas las diferencias de fe, de raza, de cultura, de nacionalidad, de pensamiento, estimulando a cada uno para que arda con el brillo de su luz individual?

Este es el punto de vista de un teósofo que está viendo el desastre de un mundo arrancado de sus raíces por la voracidad y las pasiones humanas. En medio de la confusión en que se debaten los miembros despedazados de individuos y naciones, y de los moldes de la costumbre y del pensamiento destrozados, se espera llegar a una reconstrucción de los valores eternos que pertenecen al hombre y no pueden cambiar, porque aunque el hombre mismo sigue siendo el origen y el fin de todo disturbio, es el que lleva la esencia de la Divinidad.

La mente superior del hombre que se está alzando sobre el horizonte ahora, reconstruirá lo que ha quedado en este mundo destrozado, con nuevas formas adecuadas a las necesidades modernas; el hombre sintetizará donde hasta ahora se ha contentado con experimentar, analizar y desintegrar y, elevándose a un plano superior del pensamiento, probará, mediante la acción, que la diferencia no necesita chocar con la diferencia sino que por el contrario debe tender a unificarse. No puede haber motivo para que desesperemos; al contrario, hay esperanzas y tenemos incentivos para luchar, aún en medio de la catástrofe, mientras el hombre mantenga esa chispa inmortal que le ha permitido alzarse triunfalmente después de luchas y derrotas de menor importancia y que se muestra aún hoy en tantos resplandecientes ejemplos de valor, capacidad de sacrificio y fe en el bien, como principio de la conducta humana.

IX

EL MUNDO EN EL PERIODO DE TRANSICION

Si volvemos nuestro pensamiento al mundo de las generaciones pasadas y lo consideramos tal como es hoy, no podremos sino asombrarnos ante el cambio tan grande que ha experimentado la vida humana sobre la tierra y su forma de organización que resulta casi irreconocible. Donde podemos percibir el cambio de un modo más claro es en las grandes ciudades, donde solamente el encuadre físico en que viven los hombres y las mujeres de la actualidad es tan distinto del pasado que nuestros abuelos apenas podrían imaginarlo o creerlo posible. La Naturaleza puso al hombre para que viva bajo una serie de condiciones. El hombre se ha creado otras. Empezó por retirarse del seno de la madre tierra para irse a vivir a los rascacielos de las ciudades modernas, lejos del ritmo de la Naturaleza. Ya no está más sujeto a los cambios de estación ni regula su vida por ellos ni por las fases de periodicidad lunar. Se encuentra en un mundo de movimiento febril, acelerado, de intercomunicaciones mundiales. El ritmo del jazz tan popular en las radios de occidente y la prisa del gentío que llena los grandes puertos internacionales, las estaciones y los aeropuertos, constituyen la principal característica de la era en que vivimos.

El hombre ha transformado este mundo por el conocimiento que ha adquirido por medio de la Ciencia de algunas fuerzas de la Naturaleza, por largo tiempo ocultas en sistemas inaccesibles que ella guardaba celosamente. El hombre ha quebrantado las barreras físicas y geográficas que en otros tiempos aislaban a los pueblos, limitando sus actividades pero procurándoles un medio de defensa para su propia vida por ese mismo aislamiento.

Empleando su conocimiento de la física y de la química el hombre se ha procurado medios de transporte de rapidez asombrosa, por aire, mar y tierra. El desarrollo de la electricidad y sus diversos

usos, la radio, para no hablar del telégrafo y de otros inventos, han capacitado al hombre para difundir su inteligencia con una velocidad que no pertenece al mundo común sino a las fuerzas de la Naturaleza. El mundo entero ha quedado envuelto en una red de comunicaciones que aceleran constantemente las ideas al par que el traslado de las mercancías y el desplazamiento del hombre mismo.

A causa del aumento de las facilidades del transporte y de la comunicación, ha sido posible extender y multiplicar la organización; las operaciones del individuo, así como las de las corporaciones, ya sean de orden gubernamental, comercial o ideológicas, se han extendido enormemente. Y cada una se adentra en el campo de acción de la otra buscando cooperación o choque. Cada hombre se envuelve en la telaraña de la organización que extiende sus actividades, pero que limita su libertad individual.

La Ciencia no solamente ha creado las comunicaciones, sino que ha multiplicado el poder de producción y creación de nuevos tipos de artículos para la vida diaria. Este poder de producción, aumentando hasta el exceso, manejado por personas que se incautaron de su control y del poder de distribuir los artículos que se producen, ha alterado radicalmente las condiciones de vida, poniendo en las manos de unos pocos el control de la vida de tantos. La lucha por la vida no es ahora para obtener las necesidades fundamentales, sino para lo que ha dado en llamarse las "cosas buenas" de la vida, para la adquisición de más poder y dominio.

El poder de organización y el aparato gubernamental significan un tremendo poder en manos de quienes controlan los pueblos de la tierra. Este control es hoy en Rusia, como lo fuera en la Alemania de Hitler, un control total. En la antigüedad, hasta en una aristocracia tiránica que podía extenderse en una gran área su poder se atenuaba, no obstante, cuando se trataba de sus propios súbditos porque carecía de las modernas facilidades para ejercer control sobre todos por igual.

No sólo ocurre que encontremos nuevas fuerzas económicas en la vida humana, que tienen todavía que llegar al equilibrio, tanto en lo nacional como en lo internacional, sino que todo ser humano que constituía anteriormente una unidad política neutral se ha convertido en una fuerza política favorable o adversa para los designios de los mandatarios. La aparición de estas fuerzas en la sociedad

humana es un fenómeno importante que afecta por igual al orden social y a las relaciones humanas.

Cada individuo que se siente políticamente consciente (y todos los que votan llegan a esa condición) es una fuerza política sin poseer necesariamente el juicio que lo habilita para actuar equilibradamente. Todo lo que se pide al ciudadano es que entable una demanda y se junte a otros que solicitan lo mismo. Este mal llamado despertar de la conciencia política que la democracia ha facilitado, tuvo por resultado la conversión de todos esos millones de individuos que en el pasado se contentaban con actuar pasivamente bajo la ley, constituyendo elementos de despliegue de la fuerza política.

Tanto las organizaciones como los individuos tienen ahora un nuevo poder que es el de la propaganda y consiste en hacer que los demás hagan lo que otros quieren que hagan. Este poder es usado ventajosamente por los gobiernos, los partidos políticos, el comercio y cualquier organismo que lleve alguna mira sobre sus semejantes. La extensión, la enormidad y la complejidad de las fuerzas que operan actualmente sobre la humanidad han hecho surgir presiones de todo orden que no pueden preverse y que producen de tanto en tanto crisis que señalan una situación que se ha hecho crónica en nuestra época.

Es una verdad trillada repetir que toda fuerza necesita ser canalizada y controlada. Pero las nuevas fuerzas que han ido creciendo no se controlan como es debido. Nuestro poder de destrucción amenaza destruirnos a nosotros mismos. La invención de nuevas armas, de un poder ilimitado, la producción de las mismas en escala colosal, la enorme acumulación de armamentos, el poder de dirigir las masas cargadas de elementos destructores de un punto a otro con suma rapidez, a fin de concentrarlas donde sea necesario causar un efecto devastador, todo se combina para poner a la humanidad en situación de exceder todo control.

La presión que se ha ejercido sobre la humanidad, ha producido ya una escisión profunda entre la Democracia y el Totalitarismo, que puede apreciarse y sentirse con mayor o menor fuerza en toda organización que se crea en la vida humana. Tenemos una organización tras otra, pero cada una se polariza en torno a un individuo, un grupo, un interés nacional o local, que se presta al conflicto y

escapa a la cooperación. Vemos que el conflicto surge a cada momento en la esfera militar, política, económica y hasta ideológica.

Podemos seguir paso a paso el desarrollo de este fenómeno e, inclusive, indicar su origen en el nacimiento de la Ciencia moderna, la manifestación científica del período actual, llegando a la conclusión que es inevitable. A las gentes de antes no les faltaba inteligencia, indicada por la posesión de un cerebro científico, ni carecían de lógica, perspicacia ni precisión, pero sus intereses se dirigían a otros motivos. Hablando en general podemos decir que les faltaba el clima necesario para el progreso científico. La parte científica de sus naturalezas no experimentaba el deseo de actividad que vemos en la época actual. El tipo científico del pensamiento, a pesar de las maravillas que ha logrado, no es el tipo más elevado de pensamiento que la mente humana es capaz de alcanzar, aunque resulta indispensable como base para alcanzar la síntesis absoluta. Han existido hombres en la India, en épocas pasadas, que, por la originalidad y audacia de su pensamiento, su penetración y profundidad filosófica, no han sido superados por ningún pensador moderno. La Ciencia actual ha comenzado su carrera desde hace relativamente poco tiempo. La verdadera explicación de este fenómeno puede deberse a un orden establecido para la aparición de las facultades humanas y su actividad dentro de ciertas líneas que se mantienen al par de los cambios evolutivos de las diversas razas-tipo de la humanidad.

El término "mundo" tiene hoy un significado global que antes no tenía. Por hallarse en contacto con todas sus partes, es un mundo que toca todas las razas, la fe y las culturas originadas y desarrolladas bajo diversas circunstancias, cada una con una escala de valores distinta de las otras. Ninguno puede vivir hoy enteramente por sí mismo, cada cual está sujeto a la influencia de los demás. Sólo después de un período de desacuerdos hemos llegado paulatinamente a la política de "vivir y dejar vivir".

Nuestras animosidades de hoy tienen otras causas más mundanas que las diferencias religiosas. Pero el problema de las diferencias raciales es todavía, como pasa actualmente en Africa, algo que deja a la gente perpleja por la hostilidad manifiesta en lo tocante a relaciones humanas grupales.

La era actual (justificamos el uso de la palabra "era" por los cambios tan radicales que se han experimentado y por los grandes

alcances que han tenido) se caracteriza por el extraordinario estímulo de la mente del hombre común, causado por la radio, la prensa y los libros que tanto disfruta, así como por la opresión de la vida y los cambios que ésta ha originado. El hombre ha aumentado considerablemente el caudal de sus conocimientos con respecto al mundo material, así como también ha adquirido un interés especializado y una actividad que marchan al par de ese conocimiento. Desde un cierto punto de vista, el mundo se ha empequeñecido porque sus partes más distantes se han acercado en virtud de la rapidez de los transportes y ya no queda nada extraño ni remoto como en los días en que apenas si se sabían los nombres de esos lugares. Pero desde el punto de vista contrario, el mundo del hombre individual, con sus intereses y actividades, se ha expandido con una velocidad pasmosa.

El resultado de todo esto es que el hombre, abarcando en este término a toda la humanidad, tiene hoy una perspectiva fundamentalmente más material de la que tenía, pongamos por caso, hace cien años.

Es ésta una perspectiva creada por la preocupación del hombre en lo que se refiere a la naturaleza de la materia tratada por la Ciencia, pero más aun por las conveniencias que le ha traído y por el éxito de sus métodos. La absorción creciente que la mente realiza de las conquistas de la Ciencia y de la Técnica se acompaña de una pérdida gradual de los valores que se han obtenido anteriormente apoyados en la tradición del pasado y que habiendo degenerado en el transcurso del tiempo, entrando en conflicto con la Ciencia, han sido atacados con éxito y vencidos. La fuerza de la expansión material ha sido tan grande que los estímulos que ha traído a la vida del hombre han tenido la virtud de acabar con todas las consideraciones que le daban la medida del conocimiento que poseía.

Tenemos ahora un número mayor de estímulos para los sentidos que las invenciones científicas se encargan de proveer de diversas maneras y también contribuyen a aumentarlos las actividades comerciales que no escatiman esfuerzos para el logro de sus beneficios sin fijarse en los medios y a todo ello debe agregarse la actividad de la mente misma. Por todas partes vemos más concupiscencias y más excesos que nunca; por eso aunque el hombre ha alcanzado una cierta madurez mental, no trabaja, empero, con una mente pura, ni siquiera con una mente normalmente lógica, sino que elabora sus

pensamientos con una mente dominada por el deseo. Parece haber alcanzado la cúspide de un estado similar a la adolescencia, por el fuerte impulso de las pasiones que todavía dominan su pensamiento.

El ocio impera ahora en el mundo a causa de la máquina que lo hace todo y esta holganza induce al hombre a alentar nuevos deseos que no le traen la felicidad que busca.

Aún en el placer llegamos a un punto álgido del que debemos descender buscando un instante de reposo, de relajación de la tensión. Nos hemos dado a vivir a horario en un mundo de antagonismos en el que hasta la más mínima medida de un esfuerzo cuenta para la consecución del éxito. Vemos una competencia a muerte en el comercio, las fábricas de armamentos, la diplomacia, las campañas electorales, para no mentar cien esferas menores en las que la rivalidad es el motivo principal que mueve los intereses de las partes.

Hay menos concentración a causa de la dispersión del pensamiento en la vida moderna, fenómeno que se puede apreciar perfectamente en el contenido de los periódicos que nos muestran las incitaciones, cambios, desconciertos y sensacionalismo a que gusta someterse el mundo en que vivimos. Existe más libertad en todos los órdenes (exceptuando los estados bajo dictaduras), lo que en parte se debe al derrocamiento de los viejos gobernantes, pero que en función se debe a la naturaleza misma del Espíritu de la Epoca que ha puesto fin a todo un continente del pensamiento y se dispone, a todas luces, a construir otro. Hay menos ortodoxia, pero también encontramos menos fe en los ideales y más incertidumbre, por haberse abandonado las antiguas amarras y fondeaderos.

Las tendencias de los hombres y cosas a que todo el mundo ha estado sujeto llevan a la inevitable supresión de las viejas ataduras y al establecimiento de contactos nuevos y menos permanentes. El viejo régimen ha tenido que romperse y desaparecer y con él se fueron, naturalmente, los viejos principios y los viejos ideales religiosos, sociales, feudales, monárquicos y patriarcales, la unión de la familia y otros que constituían su razón de ser y su vida. Un nuevo sistema significa nuevas relaciones, entre Estado y Estado, relación que es mucho más variada y amplia en su contenido que la anterior en virtud de la multiplicidad de puntos en que los intereses y actividades convergen o disienten, entre gobernantes y gobernados, donde apreciamos mayor intensidad en sus relaciones, entre empleadores y

empleados, que llega al máximo y donde cada uno trata de mantener su posición extendiéndola todo lo posible, emprendiendo una lucha sin cuartel, entre el hombre y la mujer, porque hasta en esto encontramos una oposición de intereses, puesta de manifiesto por los diferentes movimientos feministas del mundo y que han originado un cambio en sus relaciones mutuas, entre Oriente y Occidente, donde encontramos que el dominio del uno sobre el otro, una relación que los une, está cediendo puesto a una igualdad relativa, entre los jóvenes y los viejos, impulsados por intereses distintos y cuya influencia mutua decrece cada vez más, y hasta entre Dios y el hombre, porque el hombre tiene nuevas ideas acerca de Dios y se ha liberado del cautiverio de las creencias que le fueron impuestas y que continuó aceptando por costumbre las nuevas relaciones creadas por el cambio de condiciones que han ido en aumento por las exigencias de la época y que representan un estado de transición en el progreso de un movimiento que todavía no ha terminado, son relaciones que no se basan en principios determinados, sino en su mayor parte en la oportunidad. Las fuerzas que se han traído a la existencia, libradas a su arbitrio, han dado como resultado una discordancia completa, una desorganización muy grande y una frustración y un descontento palpables. La discordancia se aprecia en el funcionamiento de los organismos, en el modo de proveer a las necesidades comunes, en el aprovechamiento de la oportunidad, causando ese desequilibrio psíquico que caracteriza al hombre moderno en sus relaciones domésticas y sociales.

Tenemos mucha más libertad que antes, pero esta libertad significa anarquía y conflicto. Tenemos que llegar a la convicción de que no puede existir relación ni civilización duraderas si no se construyen sobre la base de ideales de fuerza perenne, ideales que influyan constantemente sobre el pensamiento y la práctica de los individuos, ideales a los que se dé pronta y voluntaria respuesta. Todavía tenemos que desarrollar ideales capaces de florecer en las condiciones en que nos encontramos.

Lo que ha ocurrido no es nada menos que una revolución mundial que todavía no ha llegado a su fin, que presenta un aspecto constructivo por un lado y uno destructivo por otro. Lo que no pueda adecuarse a las nuevas condiciones debe desaparecer necesariamente. Las fuerzas que no puedan adaptarse constructivamente a la nueva

estructura que está creciendo paulatinamente, deben chocar inevitablemente, destruyéndose unas a otras. Las dos guerras mundiales que hemos pasado son producto de causas que han engendrado esta revolución y que forman parte del proceso destructor. También han acelerado la revolución en alto grado tanto los problemas que se han resuelto como los nuevos que se han creado. La libertad de las naciones asiáticas y el concepto generalmente aceptado ahora de cooperación mundial y de unidad expresado primeramente en la Liga de las Naciones y ahora definitiva y firmemente incorporado a las Naciones Unidas, no habría hallado aceptación si no fuese por los procesos de la revolución. Hemos adelantado mucho, desde una era en la que la Naturaleza, tal como la conocemos, ocupaba gran parte de la vida, incluso la humana, hasta otra edad en que el hombre domina el escenario con su pujanza y quiere ponerse en exclusiva evidencia. Nos encontramos en medio de una transformación global causada por una lucha a muerte que provoca confusión e inseguridad. Pero como toda revolución tiene que terminar, ésta llegará a su fin y eso ocurrirá cuando las fuerzas que han sido evocadas entren en un período de calma o de satisfactorio equilibrio.

La revolución se ha producido porque la humanidad, guiada por algunos individuos de mentes muy despiertas, se lanzó a considerar la parte objetiva de las cosas; ahora tiene que recuperarse y recobrar lo subjetivo. Hemos ampliado enormemente el contacto con el mundo exterior, pero hemos perdido la profundidad sin la cual el contacto resulta insípido y superficial.

Para tal hombre, tal mundo. La rectificación del mundo debe efectuarse paralelamente a la del hombre. El mundo que habitamos es creación nuestra en todos los aspectos; si nos fijamos en el hombre común, veremos que flota a la ventura, sin ancla, sin carta de navegación, sin timón, ya que sus emociones le ponen a merced del medio que le rodea.

Nuestras experiencias nos muestran que mientras el espíritu de libertad se extiende por el mundo, sin lugar a dudas, también el totalitarismo marcha de igual modo por la tierra. Hay una base para que el totalitarismo pueda surgir y que no es prudente ignorar, y esa base está en las condiciones mismas que le permiten aparecer. Las guerras ya no son más justas de reyes o torneos de los pueblos. La última guerra fué total y se emprendió con el total de los recursos

de todos los combatientes, siendo dirigida por los mismos que regían los destinos de los pueblos empeñados en la lucha. Todo aspecto de la vida, en la actualidad, se enfrenta con otro aspecto de la misma vida. Ningún Estado puede permanecer al margen de las actividades de los demás, si quiere mantener su seguridad. Es éste un mandato mundial que hemos de obedecer inevitablemente, aunque nos encontremos en medio del caos por el momento. Una organización completa de la vida humana tendiente a una paz total es lo que necesitamos para llevar a la humanidad a una nueva era de felicidad. Pero debe buscarse una organización que gire en redor de la idea de libertad individual, un orden de cosas que produzca "vida, más vida". Las dictaduras y los estados totalitarios deben caer inevitablemente porque niegan al hombre, que es inmortal, el Divino derecho de la libertad que Dios le ha otorgado. Estos organismos marchan a contramano, por lo que no pueden mantenerse mucho tiempo.

Lo que necesitan los pueblos del mundo, individual y colectivamente, es un orden comprensivo para asegurar la libertad de cada individuo, de cada grupo natural y de cada Estado, a fin de evitar el dominio del fuerte sobre el débil, salvando las diferencias, cuando aparezcan con justicia, firmeza e imparcialidad y para promover la libre cooperación y sana interacción constructiva. Debe ser un sistema mundial que implique orden dentro de cada Estado. Esto significa que hay que crear un Estado Mundial, una Federación Mundial, para llamarla de algún modo, no un incubo impuesto a los demás, sino una autoridad mundial con funciones definidas y limitadas, capaz de descargar a los otros de sus preocupaciones, y susceptible de atraer la confianza de la generalidad; se necesita una economía mundial para arrasar con toda la competencia antagónica e inútil, que promueva la utilización más completa de los recursos del mundo entero; un Estado nacional de distinta contextura a los existentes, que se rija según principios de conveniencia y reglamentación establecidos, desarrollando y empleando al máximo los diversos talentos y capacidad de los individuos; debe haber una economía nacional nueva, que proclame la cooperación en vez de la lucha; en resumen, necesitamos una nueva sociedad o civilización que conduzca a los hombres a la consecución de las bendiciones inherentes a la libertad, incluyendo una nueva educación y, a su debido tiempo, una nueva

religión u organismo religioso que corone las aspiraciones y los pensamientos íntimos que toda la humanidad comparte.

Hemos quebrantado y disturbado el mundo dejando escapar una cantidad de fuerzas. Tenemos que recuperarlas del mismo modo que la Naturaleza compone y estabiliza sus fuerzas. Ella no se encuentra en ese estado de continuas reacciones en cadena que el hombre trata de dominar apoderándose de los sistemas perfectamente equilibrados de aquella. Como centro de un mundo pacífico, integral y progresivo, el hombre debe ocupar el sitio de una entidad amante de la paz, de espíritu abierto a la nueva vida y a las nuevas ideas. El mundo nuevo necesita un hombre nuevo; los cambios y ajustes, solos, no pueden establecer la paz, del mismo modo que los tanteos y divisiones del poder no han logrado la seguridad; tampoco las instituciones por sí mismas pueden crear el progreso. El hombre necesita llegar a alcanzar la unidad de la humanidad que es Fraternidad práctica, traducida en justicia en los sistemas de gobierno, armonía en las mentes y cooperación en la acción. El hombre nuevo debe pensar en términos de un mundo nuevo y de una sola humanidad.

Aquí tenemos que preguntarnos: ¿Es posible alcanzar un orden en la democracia, tal como se encuentra y se la concibe hoy? El defecto fundamental de la democracia es de que toma su forma presente de una similar que significa Igualdad. El engaño está en que hay una verdad en la idea que corresponde a la esencia de las cosas y esta verdad es pervertida por la mente superficial mezclándose con la envidia y la inferioridad que siempre experimentan los maltratados sociales que carecen del verdadero sentido de su dignidad y valor individual. La igualdad se traduce como un derecho parejo para todo, para ejercer el poder sobre otros y para disfrutar de los emolumentos y de la inmortalidad del cargo que se desempeñe. Cuando se persigue tal igualdad, la idoneidad se desconoce en absoluto. Las diferencias en el desarrollo, la función y la aptitud no se consideran para nada ni se procura buscar la armonía con los demás sino que se llega a la propia adaptación por el procedimiento de arrebatarse y contender libremente con la ayuda o la oposición de la suerte y de la oportunidad, según el caso. ¿Tenemos que admirarnos entonces de que haya hombres malos en lugares malos, y de que la liza política sea un remolino de confusión y de que las cuestiones más serias se decidan por medio de verdaderas batallas políticas libradas por cual-

quier fuerza que decida salir de su apostadero o que se venda, se deje persuadir o embaucar para disputar el poder en vez de intervenir la consideración inteligente de los hechos? El voto constituye un motivo de contiendas, no una prueba de juicio.

Existe una desigualdad natural, como la que existe entre el hombre y la mujer, desigualdad en el sentido de diferencia funcional, causada por la diferencia de la organización física de ambos sexos. Por supuesto que el punto de vista de la mujer en todos los asuntos que los afectan a entrambos, es tan importante como el del hombre. La mujer tiene un derecho natural a una participación en igualdad de condiciones que el hombre, a hollar el mismo sendero y ni el hecho de la mayor fuerza física del hombre ni de cualquier incapacidad de la mujer surgida del cumplimiento de sus funciones específicas pueden pesar contra ella. La verdadera relación entre ellos es de complemento y no de igualdad de deberes, vocaciones y de adiestramiento. Tenemos que llegar a alcanzar una justa y fructuosa relación entre este par de seres que se complementan en la sociedad.

En el campo de la economía necesitamos hacer planes, lo que significa el uso de la inteligencia, el orden y la creación de una armazón adecuada donde no se percibe la imposición de una voluntad sobre los individuos, que se verían así privados de su libertad esencial. Todo nuestro sistema económico gira en torno de dos ideas paralelas: la competencia despiadada y la explotación llevada al extremo. Es así como entendemos la libertad, que ha significado esclavitud, tortura y muerte para millones de personas. La libertad de la jungla es la libertad del fuerte para hacer presa del débil. Ahora que la labor puede combinarse y mantener su poder, toda cuestión referente a salarios y condiciones de trabajo se ventila entre los patrones y los obreros. Los precios se determinan por operaciones de los fabricantes y el capital se consolida buscando las ventajas máximas de la competencia. Si queremos que haya paz en la industria, contento en los obreros y si buscamos que la producción y la demanda se regulen de modo que rindan el mayor beneficio a todos los que les concierna, debemos tratar esos asuntos con la mayor prudencia e inteligencia que poseamos; lo que significa que debemos planear las cosas de antemano. Debemos crear un orden si no queremos que el caos se imponga. Planear las cosas no quiere decir suprimir iniciativas individuales, ni reglamentar los menores detalles. Puede concretarse

a un reglamento, a la erección de un sistema de cooperación y de orden.

Para crear el hombre nuevo que debe pensar más en el mundo que en su nación o comunidad, que debe considerar la cooperación como un deber, hay que implantar un nuevo tipo de educación. Una educación del hombre completo, una educación de lo esencial, una educación que haga madurar el instinto creador del hombre, que enseñe el autocontrol sin el cual no puede haber verdadera libertad para nadie, una educación que sugiera al hombre ideales referentes a las diversas relaciones y vocaciones de la vida para que el individuo se pueda desempeñar como esposo, padre, niño, doctor, abogado, administrador y demás.

La unificación de la humanidad, para cuya realización se están preparando las condiciones, poniendo el mundo al alcance de todos, y estableciendo comunicaciones rápidas entre todas sus partes, no se completará hasta que todos los hombres del mundo compartan los diversos tesoros del pensamiento y de la cultura. En la combinación de las ideas necesarias para lograr el progreso ulterior, tanto Oriente como Occidente tienen que hacer importantes contribuciones. Tiene que haber hombres y mujeres entre todas las razas y creencias que estén dispuestos a compartir sus pensamientos más elevados y sus experiencias más valiosas. Quién sabe si no puede aparecer poco a poco, entre los más receptivos y sensitivos de ellos, una actitud común hacia esos asuntos que por lo general se consideran atingentes a las religiones, actitud basada en la Ciencia, muy humana en su condición, pero que se eleva a lo Divino en sus manifestaciones superiores.

Nos encontramos en un gran período, en el portal de oro de una época que nos reserva posibilidades sin precedentes. El mundo antiguo ha terminado alcanzando el fin de sus posibilidades en lo que se refiere al progreso de la humanidad. Es necesario darle un nuevo empuje. Un Estado Mundial, una economía mundial y las otras condiciones mencionadas, traerán a la existencia una civilización mundial que abarcará los pensamientos y sentimientos comunes de todos los pueblos, los que estarán cada vez más sujetos a la actuación mutua de los unos sobre los otros. Es de esperar que esta civilización o cultura mundial, al abarcar los mejores puntos de todas las culturas existentes, no las invalidará sino que, por el contrario,

les permitirá mantener sus características propias, su valor especial y su encanto. Una síntesis de la vida humana en todos sus aspectos es una posibilidad magnífica, aunque para muchos parezca sólo un sueño demasiado audaz. Todo conocimiento nace de las modificaciones de una sola y única conciencia. Por eso resulta posible combinar todos los conocimientos en un todo viviente. Cada raza, cada nacionalidad, no es sino una rama del árbol humano. Tiene que ser posible para cada una de ellas desarrollar su vida sin detrimento de las demás y compartir en cierto modo esa vida con la de las otras.

El mundo se encuentra en un período de transición, de un estado de partes separadas, en conflicto, a un estado de unidad, en el que se mantendrá el control de las partes para que éstas puedan prosperar libremente; el paso consiste en salir de un estado de cautiverio de los más para dar con otro de libertad para todos. La conciencia del hombre está cruzando la línea que separa la época de la fría mente calculadora que actúa bajo la influencia del propio interés y de las pasiones, del dominio de la mente superior que encierra la evolución de todos los valores morales y la posibilidad de la síntesis.

Hemos pasado de una era comparativamente estática, desde el punto de vista externo, a una época de movimiento impelido por motivos sin base moral alguna. Debemos alcanzar ahora el equilibrio entre la inercia y el movimiento, en cuyo ritmo encontraremos la unión de la paz y del progreso.

LA NATURALEZA DE LA CRISIS ACTUAL

En este mundo tan castigado por la guerra, nuestros pensamientos pocas veces pueden apartarse del recuerdo del tremendo cataclismo del que hemos salido hace tan poco, o de las condiciones todavía inciertas en que nos ha dejado. La guerra y la posibilidad de la guerra constituyen un mal sueño y un temor que no puede desecharse, un sueño del que podemos despertar para enfrentarnos de nuevo con una terrible realidad.

¿Qué podemos hacer para desprendernos de esta maraña? ¿Cuál es la causa del sufrimiento, cuál la de estas dos guerras que se libraron dentro de una generación, dónde se originaron estos problemas que nos parecen ahora imposibles de resolver?

Si miramos el desarrollo de toda la situación con inteligencia, percibiremos que lo que se necesita no es nada menos que una transformación radical; un remiendo aquí y otro allí no bastará, lo mismo que ninguna soldadura de reajuste. La causa del sufrimiento no se encuentra solamente en nuestro karma pasado, sino también en nuestros procederes presentes, que continúan igual que antes. Es fundamental que nos demos cuenta de esto: echando la culpa a los demás o al karma no hacemos sino desconocer nuestra responsabilidad y no vemos la urgente necesidad de cambiarnos a nosotros mismos para poder así cambiar al mundo. Intentamos convencernos de que podemos quedar siempre tal cual somos, y que son sólo las condiciones que nos rodean las que deben cambiar. Pero ésta es una falsa posición que separa al individuo de su medio ambiente. El medio que nos rodea es creado por nosotros; no es sino un reflejo de nosotros mismos. Somos nosotros como individuos los que tenemos que ser el centro del cambio y el cambio que más se necesita es un cambio en el corazón del individuo para con sus semejantes.

La causa primordial de la mala acción es la falta de amor. Por desgracia, la palabra "amor" se ha degradado y desvirtuado

por el uso corriente. Se la identifica con sentimientos de posesión y de deleite, con una sentimentalidad que es una forma de goce egoísta y todo esto da como resultado explotación y miseria. El amor no tiene nada que ver con la complacencia ni con la satisfacción que puede experimentar uno mismo, sentimientos insaciables que se vuelven despiadados. Cuando la mente es proclive a la sensación y se halla presa en la red del placer, queda indiferente a todo lo que ocurre a los demás. El hombre que está satisfecho de sí mismo, poco a poco pierde la conciencia de las necesidades de sus semejantes y de todos los valores humanos.

La falta de amor que notamos al presente, nos revela la existencia de una oposición sutil a los intereses de los demás, un estado en el que cada cual, consciente o inconscientemente se pone frente al otro. Esta antítesis se refleja en las organizaciones externas. El Estado, el partido, la comunidad, el sindicato, cada uno representa una forma de interés único que busca su propia exaltación. Pero el amor ideal es aquel estado en que la distinción entre uno mismo y el otro ha desaparecido. Esto no significa que haya que abolir la individualidad, sino que debemos aprender a considerar la felicidad, el progreso y los intereses de los demás como propios.

Debemos considerar el amor como la primer relación pura, como un estado de unidad en la dualidad. Más tarde, el desarrollo de la mente da lugar a que surjan gradualmente diferencias y problemas. El niño no tiene problemas, aún cuando puede sufrir molestias y penas. Lo que nosotros denominamos mente, es sólo una organización de la conciencia. Un niño pequeño es consciente, pero su conciencia no está organizada. La organización se necesita para la acción pero también crea limitaciones. Como la organización de la conciencia es diferente en los distintos individuos, origina malentendidos y conflictos.

Nos encontramos en una etapa del desarrollo humano en que la mente de la persona común se encuentra en un estado de actividad anormal y sujeta a mayor número de estímulos que nunca. Se la excita por mil y un contacto que antes no existían. Se tiene más conocimiento del universo material, hay más libros, periódicos y propaganda para incitarla y estimularla. La sola opresión de la existencia moderna, la incompetencia, la adaptación de todo a la marcha del reloj, la persecución del placer, la necesidad de entrar a formar

parte de diversas organizaciones, todo eso ha forzado a la mente obligándola a estar en estado constante de alerta y en perpetuo movimiento.

La opresión de la vida moderna ha causado una tensión que ha alcanzado su crisis, mostrando un estado de polarización que en el mundo exterior se ha traducido en dos guerras mundiales y hasta cierto punto en el antagonismo presente entre la democracia y el comunismo. Podemos observarlo también en nosotros mismos, porque el individuo y el mundo se mantienen en igualdad de condiciones y se mueven, se rigen y se desplazan por idénticas influencias.

Lo que produce esa polarización es la forma de actuar tan contradictoria de la mente. La polarización básica en Espíritu y Materia, de la que surge todo el proceso cósmico, se realiza en virtud de la aparición de la mente en el cosmos. La conciencia implica la dualidad del sujeto y del objeto, del conocedor y de lo conocido, y cuando empieza a haber conciencia tiene que producirse esta división en Espíritu y Materia, un conflicto, como en nuestra ignorancia lo imaginamos.

Hemos oído decir que hay una etapa en el sendero de la evolución extremadamente peligrosa, que ocurre cuando se impone una fuerza sobre las facultades psíquicas y mentales antes que ellas puedan ser controladas por el poder creciente de la conciencia espiritual.

La Teosofía nos enseña que en un futuro todavía lejano habrá una separación de los Egos que constituyen nuestra humanidad. Será en la época en que la humanidad habrá alcanzado la blanca llama de la intelectualidad, comparado con lo cual, todo lo que vemos ahora, no es sino un pobre resplandor, por maravilloso que pueda parecerse. La técnica que tanto ha progresado en la actualidad no representa las más elevadas funciones intelectuales ni produce los resultados óptimos que el hombre es capaz de dar. La separación que tendrá lugar en esos momentos ocurrirá por intermedio de una justa ley natural. Lo que decidirá el futuro del individuo (su avance o su retroceso) será la fuerza que lo una a la conciencia superior, más allá de la mente. La mente inferior es el principio astral o de deseos, cuyas causas y efectos deben siempre buscarse en el pasado; por tanto, una mente influenciada por este principio debe retroceder necesariamente.

En una forma similar, tenemos ahora que aún cuando no existe

la fuerza necesaria para partir en dos la onda de la evolución, la mente que ha llegado hasta aquí puede responder a la pregunta siguiente: ¿Puede (la mente) ascender a las alturas espirituales o por lo menos hasta el pie de la montaña, hasta las tierras altas de la Luz o he de retroceder, impulsada por la separatividad y el yo inferior al valle de la oscuridad? Esta es la elección que se presenta a la humanidad en estos momentos y esta elección es la que ha dado una tregua entre las dos guerras mundiales pasadas, libradas para defender los ideales de las Fuerzas opuestas.

El progreso, ya sea individual grupal o del total de la humanidad se efectúa por la elección decisiva realizada de tanto en tanto, por el desarrollo de una situación a la que se le encuentra solución. El proceso no es una línea recta pareja, plana, sin altibajo. Siempre se llega a la elección por una crisis de una o de otra clase.

La humanidad tiene que elegir ahora entre ese pasado que se caracterizó por el predominio del deseo y la línea de evolución o de acción representada por Buddhi. Hablando en términos prácticos, la elección debe ser entre el separatismo de cualquier forma que sea, que gira en redor de los intereses propios, buscando el goce por el goce mismo, y los ideales que se agrupan bajo los términos de Fraternidad y Libertad; Libertad que significa liberarse de la esclavitud y de la explotación de los deseos propios o ajenos y Fraternidad que es el único vínculo puro y verdadero fuera del alcance de la prostitución y de la sumisión.

Tal elección se ha efectuado ya de una manera rudimentaria, porque vemos que por dos veces el totalitarismo ha sido aplastado. No obstante falta la elección en detalle y la aceptación total, más el incremento de las cosas que involucra. El mundo tiene que organizarse para la libertad y la cooperación de un modo total y efectivo, pues ambas constituyen el aspecto práctico de la Fraternidad.

La humanidad se encuentra en la línea divisoria entre la mente superior y la inferior, entre la personalidad y el Ego. La fuerza que se ha puesto en la mente inferior ha tenido el efecto de apartar a la mente superior. Por eso vemos que la época actual carece de ideales, excepto en el caso de unos pocos individuos que se destacan del resto porque se encuentran en el plano de la mente superior.

La Ciencia es objetiva y materialista. La mente común, que ha conquistado una nueva libertad en este siglo, no solo está influen-

ciada por el pensamiento científico, lo que no es malo, sino que concentra su interés exclusivamente en las cosas que conciernen sólo a la Ciencia y en consecuencia el hombre es dominado por ella. El individuo se maravilla, tal como pudiera hacerlo un niño, de las conquistas científicas en el campo de lo concreto.

La Ciencia se ocupa solamente de la superficie de las cosas, de la cubierta externa, de la apariencia, donde sólo cuentan los sentidos, porque trabaja en el mundo de las apariencias, que no tocan el alma. El alma, desde el punto de vista de la vida, está envuelta, no sabemos exactamente cómo, en velos de diversa textura siendo cada una de ellas una fuerza. El empuje que se le ha dado desde el lado puramente objetivo, ha dislocado a la mente, que es móvil, apartándola del centro subjetivo y de las influencias que emanan de ese centro. El mundo tiene que recibir un nuevo impulso de ese centro, o de lo que lo representa, no solamente para poder desahacerse de sus objetivos y propósitos materialistas, sino también para lograr la unidad de las diversas partes constitutivas de la humanidad. Porque a medida que esas partes diferenciadas cada vez más hacia lo exterior en persecución de valores sensoriales, se apartan también más y más y ya sabemos que separación significa antagonismo y conflicto. Ese nuevo impulso que brotará del centro subjetivo debe llegar, porque como lo dijo Sri Krishna en el "*Bhagavad Gita*", "dondequiera que decaiga el bien y entre a dominar el mal, El se manifiesta": Krishna se refiere tanto al Dios interno que mora en nosotros como al Dios del Universo.

Estamos en el umbral de una nueva era, la antigua, a fuer de gastada, se está cayendo a pedazos. Dad al César lo que es del César, a la Ciencia lo que le pertenece. La mente científica descubre lo que puede ser observado. Lo que resta, que es muchísimo más, pertenece a regiones que trascienden la mente, es el mundo de las ideas Divinas, de las intuiciones más puras del hombre, de las creaciones de su yo subjetivo. Estas ideas serán las estrellas del nuevo cielo de la humanidad que se reflejarán en la tierra nueva que debe nacer, una tierra creada por su propio impulso. La humanidad es una planta añosa que ha visto pasar muchas estaciones. Se está preparando para un nuevo florecimiento que ya no será una reproducción de lo pasado sino la eclosión de una especie nueva que brota de la antigua, evolucionada.

LA INDIA, SU PASADO Y SU PRESENTE

Para conocer la India en su verdadero y sempiterna condición hay que remontarse, al pasado que constituye un fondo variado y magnífico, el cual, aunque antiquísimo, vive todavía en los pensamientos y emociones de su pueblo y en la atmósfera de su suelo. El pasado, el presente y el futuro de cualquier pueblo están necesariamente relacionados. Vemos una continuidad en el desarrollo histórico, desde la formación de una simple corriente de vida y las reacciones de los individuos que fluyen según las circunstancias de las diversas épocas, hasta ver como cambian gradualmente esas circunstancias que hacen cambiar a los que en ellas se debaten. Vemos también una continuidad desde el punto de vista biológico y racial que tiene relación con el desarrollo del genio innato de la raza. Además de eso, desde el punto de vista de la Teosofía, tenemos otra continuidad, más profunda aún, que es la continuidad de la conciencia espiritual de los pueblos, con la que los pensamientos y actuación externa pueden estar o no relacionados íntimamente en determinadas épocas.

Cada civilización tiene su historia (origen, desarrollo, y decadencia) y es en esa historia que el pueblo de esa civilización particular escribe su verdadero nombre, su carácter y su genio. Cuando digo "historia" no solamente me refiero a lo que podemos encontrar en los anales comunes, sino a todo lo que los individuos han intentado y logrado y a sus más íntimas aspiraciones. En el curso de esa narración viviente, el carácter, el genio y las potencialidades de la raza se ponen en evidencia. Existen en la actualidad naciones como los Estados Unidos de América que pueden describirse, desde un punto de vista, como esencialmente futuras porque tienen un pasado tan corto que no puede influir ni para detener ni hacer avanzar su civilización equilibrando así el progreso. En cambio, otras naciones,

como China, y la India pueden considerarse como dominadas por el pasado, ya que éste pesa con tanta fuerza sobre el presente; aunque creo, en el caso de la India, que el presente mantiene un cierto equilibrio entre el pasado y el futuro.

El futuro, el presente y el pasado, nacen todos de la misma raíz espiritual o sea del carácter de los pueblos. Es el mismo carácter y temperamento que se expresa bajo diversas condiciones y que se modifica inevitablemente a medida que pasa el tiempo y que inexorablemente es vencido por las fuerzas de la degeneración cuando ha transcurrido más tiempo aún.

Muchas veces se ha hecho esta pregunta en el pasado:

¿Constituye la India una nación? Hoy ya no tenemos necesidad de discutir esa cuestión. "La India, una Nación", tal fué el título desafiante del libro de pequeño formato y gran contenido que escribiera la Dra. Besant al iniciar su campaña en pro de la autonomía de la India. Pero, consideremos qué es una nación. ¿Es un conglomerado político que actúa independientemente, es un grupo de individuos que actúan entre sí con participación de unos y otros, conservando cada uno ciertos derechos y cierta libertad equilibrada con los derechos y la libertad de los demás formando el todo un grupo social estable? ¿O es un consorcio económico, claramente distinguible en el que los individuos, ligados unos a otros por ataduras económicas y compartiendo algunos intereses económicos comunes forman un mero plexo económico en la telaraña internacional? ¿O es simplemente una población estructurada, establecida en un lugar geográfico natural, tal como en el caso de la India con los Himalayas al Norte y el mar abarcando las tres partes restantes de su superficie? ¿Es la nacionalidad principalmente un producto de la homogeneidad o cohesión racial? ¿O es el producto histórico de un pasado común particularmente de la influencia y los ideales de las personalidades dominantes que han surgido de tiempo en tiempo?

Podemos admitir todo esto y agregar desde el punto de vista de la Teosofía una cierta unidad espiritual entre los individuos que constituyen la nación, expresada en la presencia del genio claramente definido de la raza, que encuentra en todos esos accidentes del medio ambiente el modo de manifestarse. Así como cada hombre tiene un cuerpo, una mente y un alma así también puede considerarse que una nación posee un alma que reside en lo interno de la forma creada

por las circunstancias y el medio ambiente externo, una idea divina que descende del reino de las ideas arquetípicas, un fragmento del Pensamiento Divino que ese grupo o pueblo particular tiene que realizar, dándole una forma vital, una cultura típica y un destino grupal.

Esta es la característica espiritual de la nacionalidad que le da el valor de permanente unidad, de cualidad creadora que se expresará en realizaciones constructivas en todos los campos de la cultura y en la misión propia de la nacionalidad de expresar ciertos valores innatos llenando así el propósito específico en el progreso de la humanidad. Si este punto de vista es correcto, tenemos que el nacionalismo de un pueblo no reside en ninguna postura ni en la consolidación de un egoísmo grupal ni en la auto-exaltación nacional, sino que por lo contrario está en la expresión de una individualidad nacional, similar a la de un ser humano, que abarca un número de factores espirituales, mentales y físicos. Solo el nacionalismo que tome esta forma constructiva podrá evitar el conflicto con otras naciones, siempre que también se tenga una idea más amplia del internacionalismo, de la responsabilidad individual y de la libertad dentro del Estado o Nación.

Siempre ha existido una India, aún cuando haya estado dividida en cincuenta y seis reinos, y más tarde en seiscientos y tantos principados y Administraciones que formaban una especie de remiendo incoherente. Para los que no conocen la vida de la India, les parece que es un mero conglomerado de pueblos que difieren unos de otros, más que de las otras naciones, por su lengua, sus hábitos, sus costumbres y toda clase de signos y características externas. Pero el factor común, en medio de todos los cambios y de todas las divisiones que subyacen entre las diversidades, es una cierta manera de vivir. Esto es lo que señala la unidad y la señaló siempre. Es un modo de vivir iluminado por cierta filosofía cuyas verdades han modelado el temperamento de los habitantes de la India, influenciando profundamente las mentes superiores que se encontraban entre los individuos y que penetrando en las tradiciones populares afectó los pensamientos y las emociones de la gente común.

Podemos decir que el espíritu de la India es un espíritu que integra e inspira toda expresión de pensamiento, emoción y actividad característica de la India, pero cuando tratamos de describir la

naturaleza de ese espíritu tenemos que reconocer que el espíritu es siempre indefinible, la parte esencial de toda vida, ya sea la de un individuo humano, de un árbol, de un animal o de cualquier expresión viviente; es indefinible porque es íntegra y abstracta aún cuando se manifiesta en un ritmo viviente susceptible de desarrollo, como por ejemplo, el genio de un pueblo en su progreso histórico. El carácter de unidad de cualquier individualidad ya sea de la especie animal o vegetal o un ser humano es algo demasiado sutil para poder ser descripto con las palabras de nuestro léxico. Las palabras responden solo a experiencias e impresiones que nos son familiares y que otros pueden identificar. La cualidad de una cosa si es única, debe sentirse y no puede determinarse o nombrarse. El nombre, si hubiese uno para designarlo, no es la esencia del objeto.

¿Cuál es esta cualidad de la vida humana que la India puede brindar al mundo? Después de todo, por este criterio debe juzgarse el valor de una nación. Por supuesto, podemos decir que esta cualidad es espiritual. Pero entonces, ¿qué es la espiritualidad? ¿Es la consagración a la religión, el retiro, voluntario del mundo, es algo en relación a otro mundo, contemplar la puesta del sol en vez de mirar al día que nace, ¿está en los signos de una escritura sagrada que los individuos pueden llegar a poseer? Bajo todas estas formas se la conoce en la India, y aunque pueden presentarse a veces bajo la forma de un hechizo, se las aprecia en la mayoría de los santos que han profesado, los ascetas y los que han renunciado al mundo y se encuentran en los lugares públicos para expresar la desilusión que han experimentado en sus vidas mundanas, como débil reacción a los golpes de la vida, una forma sencilla de encontrar la paz. Sólo podemos seguir los rastros de la cualidad del espíritu en la obra presente de un pueblo en la naturaleza de la vida y de los pensamientos de los individuos y en la filosofía que ha modelado sus vidas. La nota clave de la civilización de la India ha sido el reconocimiento de la Unidad de toda Vida, no sólo de la de los seres humanos sino de todo lo viviente, derivándose de esto la dependencia de todas las cosas. Esa nota ha vibrado continuamente a través de las distintas eras. De esta verdad filosófica de la Vida Una surge como corolario ético el respeto a toda vida; porque si la vida es preciosa para el uno, es también preciosa para los que la comparten con él. Y más aún que respeto, se ha reverenciado, la vida como si

fuese la de Dios Mismo que está en todas las cosas, de un modo trascendente e inmanente a la vez.

En el "Bhagavad Gita", Sri Krishna dice que el Supremo mora en todas las cosas, le llama el MORADOR y está en el descastado, en el paria, en el más mísero animal y en el sabio Brahman, porque lo Divino se encuentra por igual en lo grande y en lo humilde, en lo simple y en lo complicado, en lo evolucionado y en lo primitivo y por tanto existe una semejanza fundamental en todas las cosas y seres; cuando un individuo llega a poder apreciarla, se redime del conflicto de los opuestos, adoptando entonces una actitud interna, igual y siempre la misma, para con todos los seres. Pero no todos los habitantes de la India alentaron este ideal, porque son exactamente como los demás seres humanos, con idénticas reacciones y propensiones, y con los mismos defectos. Empero, la idea de la unidad de la vida siempre se ha mantenido en la atmósfera de la India como una influencia permanente y de tanto en tanto ha sido ejemplificada en la práctica por algunos individuos.

El concepto de Unidad no ha sido dejado en el aire como una verdad que debe meditararse sino que se ha llevado a cabo para conquistar una perfecta interdependencia entre las cosas y los seres; consiste en un sistema que se califica de social-religioso; un sistema integral que tuvo en cuenta las diferencias naturales. La Sociedad se dividió de acuerdo a las funciones en cuatro castas de maestros, gobernantes, mercaderes y trabajadores (1) y los individuos se agruparon según sus cualidades para llenar esas funciones. Cada individuo, recibió el adiestramiento correspondiente a su tipo y se le destinó a uno de esos cuatro grupos, capacitándose para que aprendiera las lecciones de la vida en el ejercicio de sus obligaciones. De todos modos ese era el principio general subyacente en las divisiones de castas y en la división de cada vida individual en cuatro etapas de estudiante, de amo, de hombre libre y de renunciado (2). Puede que el plan no haya sido realizado como se le concibió, pero aún en el caso de que así fuese, a pesar de su degeneración posterior, ha tenido mérito de haber durado por miles de años, creando un orden social, donde en otras partes vemos hoy un caos social, lo

(1) Brahmanas - Kshatriyas - Vaishyas - Shudras. (Nota del Traductor).

(2) Es decir, que había renunciado a la vida mundana. (Nota del Traductor)

que nos permite decir que si ha durado tanto no puede haber sido sino por su solidez.

La nota clave del lugar que corresponde al individuo en este esquema y su actitud hacia su propia familia constituía su Dharma, palabra que se ha traducido como deber o cumplimiento de las propias responsabilidades. El individuo era educado, criado de acuerdo a este ideal y cada una de las cuatro castas o divisiones sociales tenía su propio Dharma, debiendo cada una cultivar las virtudes que surgirían de su propia modalidad. La vida se consideraba una escuela para educar el alma en las distintas clases. La casta de los Brahmanes, por ejemplo, se preparaba para gozar de la vida sencilla y el pensar hondo, para ser instructora de la comunidad y para ejemplificar la recta manera de vivir. El dharma de cada individuo variaba, según la etapa de su vida, su vocación, y los lazos familiares y sociales. Si cada uno cumple con su deber, nadie necesita reclamar derechos, éstos se establecen por sí mismos.

Este ideal del Dharma estaba vinculado con el concepto de que el péndulo de la vida humana se mueve entre el nacimiento y la muerte de cada individuo, no una sola vez, sino muchas hasta que el resorte de su naturaleza deja de ser puesto en marcha por la sed de sensaciones que caracterizan la vida de esta tierra. Esa era la doctrina de la Reencarnación. Las fuerzas que operan para dar a la conciencia individual su materialización corporal son las que dan origen al ser y este origen se rige, como todos los hechos naturales, por una ley de la naturaleza.

La serie de relaciones en que se encuentra envuelto un individuo tiene tanto un pasado como un futuro; no puede salir de la nada. Esta serie está determinada por la actuación de fuerzas que el propio individuo ha liberado en el pasado y que actúan de acuerdo a ciertas leyes naturales invariables. De aquí que el individuo tenga que construir su futuro dando lo mejor de sí en el momento y lugar que se encuentre en el presente y cumpliendo sus obligaciones. No puede escapar al Karma, la ley de acción y reacción, que se cumple tanto en la esfera de lo moral como en la de lo material y que sólo puede cambiar su condición por medio de lo moral y lo legítimo, siendo el progreso la ley que rige a todos.

No todos comprendieron estas doctrinas del Dharma y del Karma en toda su profundidad y sentido, pero el clima moral y men-

tal en que se desenvolvían los habitantes de la India les ayudó a comprenderlas en su parte más simple. Cuando este ideal del deber se pone por delante de cada uno desde la niñez, la mente se penetra de la importancia de su verdad y todos los miembros de la Sociedad tienden a producir una armonía que no puede ocurrir donde cada hombre exige derechos a expensas de los demás individuos y se cree en el caso de luchar para sacarlos por la fuerza.

Infortunadamente, de este modo de apreciar las cosas surgió una actitud de fatalismo o resignación que constituye un elemento en el carácter de los habitantes de la India formado a raíz de practicar por milenios esta filosofía. No hay nada por bello y verdadero que sea que no tenga su parte mala en este mundo. Siempre habrá los que se inclinan hacia la sombra proyectada por una verdad, en vez de avanzar rectamente hacia la luz.

La orientación de toda vida haciendo un ideal del deber, dió como resultado una civilización de conformidad que en la India se ha considerado una virtud. En otros países la consideran "Una desconformidad divina". Todo es cuestión de elección de términos. Todos buscamos conformarnos, sin embargo buscamos la desconformidad. Tenemos que aceptar una situación tal cual se nos presenta, tratando de mejorarla por todos los medios legítimos a nuestros alcances.

Por esa concepción de la Vida Una, que es la vida de Dios que está en todo, ha nacido ese respeto hacia toda forma de vida que no puede destruirse sino en el caso de grande necesidad.

La doctrina de la no violencia o Ahimsa, que busca no ofender habla al corazón del hindú aún cuando no sea incapaz de ponerla en práctica, y como el inglés a quien se le suele acusar de hipócrita, mantiene una creencia que no trasluce en su conducta.

Toda la atmósfera de la India está sobrecargada de meditación sobre estos temas. Hubo ciertos lugares en la India donde la vida era muy simple, donde el aire se llenaba de perfumes de jazmines y de lotos (jazmines de dulce fragancia y el loto, la sagrada flor de la India, con sus raíces en el lodo, sus pétalos al aire y a la luz y sus hojas desplegadas, simbólicamente sobre el agua) con un templo en las cercanías que atraía legiones de hombres y de mujeres que vivían en otro mundo en esos momentos y una santidad, flotaba en el ambiente nacida de las meditaciones de algún santo que había vi-

vido y muerto allí, posiblemente sin más refugio que un árbol para cobijarse bajo sus ramas, sin poseer nada; puesta su devoción en una verdad o en un ideal. Si hubiérais de tropezar con un hombre así, y esto no resulta fácil en estos días en que vivimos (la estirpe ha desaparecido) encontraréis cientos de renunciantes espúreos, pretendientes a una santidad que no poseen, ostentando solamente la apariencia tradicional del hombre que ha renunciado y viviendo virtualmente como parásitos en el ocio y el hastío. Sin embargo, la verdadera India, la India de la antigüedad, no participa de tales falsedades, y hechos decepcionantes, sino de la verdad cuya faz real podemos contemplar aún en medio de perversiones y degradaciones.

De acuerdo a la concepción hindú, el hombre es en esencia el ser Uno corporizado en todas las cosas y en su propia naturaleza interna es eternamente libre y bendito y sólo necesita realizar esta verdad y llegar a conocerse, rechazando todo lo que no sea su verdadero Yo, con el que su conciencia, en su ignorancia, lo ha identificado invariablemente. El hombre tiene que desprenderse de las capas que lo envuelven una tras otra, formadas por los hábitos adquiridos y los convencionalismos. El mundo es demasiado grande para nosotros, al principio; debemos arrebatárle la llama que quiere extinguir, la llama de nuestra conciencia sin limitaciones de nuestro pensamiento, que no tiene límites, de nuestra simpatía. Esto sólo debe constituir nuestra liberación verdadera, el mayor bien (*summum bonum*) de nuestra existencia. Este pensamiento de Liberación ha existido y dominado en la mente de los hindúes del pasado. Pero ellos tenían también la idea de que no llegamos a la Liberación prematuramente, sin haber servido otros intereses y haber descubierto sus propósitos relativos alcanzando la madurez de nuestra experiencia.

La liberación aún como un fin distante pone sobre los pensamientos de los que se sienten atraídos hacia ella un tinte violáceo como el del borde del espectro visible. Los "*Upanishads*", que son los libros de la filosofía hindú que tocan la cúspide de los fines de la vida y sus procesos proclaman la existencia de ese Yo en el hombre, quién al alcanzar su realización atraviesa el reino de la muerte, es decir, vence la obligatoriedad de los nacimientos que se repiten y obtiene ese estado que está por encima de la acción de las fuerzas que construyen y que destruyen habitaciones siempre temporarias.

Ese Yo es descrito en los Upanishads como un ser libre, sin temores, de clara visión y que no sufre dolores porque es el verdadero conecedor que no necesita sostén, que es invulnerable porque representa la máxima expresión a que se puede llegar. La libertad está en el Aiman o Yo superior para equilibrar al Karma o necesidad que pertenece al mundo de la materia y de lo mecánico.

Lo que ha hecho de la cultura hindú el producto altamente especializado que vemos ahora, ha sido la filosofía de la comprensión con la Unidad como nota clave y la interdependencia como corolario siendo la Individualidad, bajo la forma del Dharma individual la nota dominante. Son estas notas las que constituyen la escala de valores que determinan la cualidad de los hindúes con las variaciones en el modo de vivir del pueblo de la India.

Ha existido siempre en el individuo un fuerte sentido de orden natural en el que encontraba automáticamente su lugar, y los fines de la vida que pertenecen a la etapa humana también mantenían al frente, prácticamente ordenados. Estos fines no habían sido formulados todos por los ascetas que habían escrito códigos para las personas con quienes habían perdido contacto. Los fines incluían las experiencias de los sentidos, la persecución, del propio interés en la adquisición de cosas mundanas, el cumplimiento del deber según lo determinara la etapa de la vida en que se encontrase el individuo y por último, la liberación de todos los deseos, encontrándose cada cosa en el lugar que le correspondiese momentáneamente. El gozo no se desterraba, pero se lo limitaba con el deber. La conquista de la riqueza no era cosa prohibida pero parte de ella debía ser para el beneficio público. La liberación era la meta pero ella no llegaba hasta que el individuo había absorbido y asimilado las variadas lecciones y experiencias de la vida. Un código así permite que se pueda realizar cada uno de los fines, porque el ideal no está por encima de las posibilidades del hombre común. Los ideales supremos eran aprender a conocer la vida espiritual y vivirla, aún cuando esto no estuviese al alcance de todos y se reverenciaban estos ideales por sobre todas las riquezas y goces de los sentidos. El reconocimiento del valor relativo de estas cosas, constituía en sí una forma de educar el alma.

La cultura de cada pueblo se basa en sus ideales; se crea por las ideas involucradas en sus leyes, instituciones, usos y costumbres manifestando así la actividad de su conciencia. No hay un detalle.

hasta una forma de saludo, que no exprese un determinado sentimiento o actitud que se acrecienta subconscientemente al entrar en acción. Las formas de actividad que perseguimos regularmente, las expresiones que empleamos habitual e inconscientemente, son manifestaciones de algo que está en nosotros. En los usos y costumbres del pueblo hindú, en sus reacciones a las circunstancias, en su literatura, su música, su arte, su culto y en muchas otras pequeñas cosas que pertenecen a la vida de la India, podemos ver ciertas características muy distintas de las que otros pueblos, especialmente los occidentales, ponen de manifiesto. La diferencia fundamental que vemos entre oriente y occidente es que, mientras el Oriente se ha nutrido con una filosofía de comprensión que encierra tanta verdad como la mente del hombre puede alcanzar, la occidental ha sido abandonada a sus propios recursos, y obligada a buscar y a actuar sin guía, tuvo que desarrollar iniciativas y adelantar en condiciones que no encontramos mucho en oriente. El Occidente se caracteriza por una eficiencia en lo práctico y en lo científico que complementa la comprensión, el equilibrio y la visión del Oriente.

Si se desea conocer las cualidades y el carácter de la India habría que buscarlos en los hombres y mujeres prominentes y en las mejores obras de esta nación. Solamente cuando algo se pone de relieve se lo puede apreciar en su completa proporción y entenderlo en su verdadero significado. Desgraciadamente las obras y modelos preeminentes hay que buscarlos en el pasado de la India. Es allí donde encontramos las cualidades de la India en su mejor expresión, en toda su fuerza y su pureza.

A causa de las condiciones que han surgido en los últimos tiempos, puede decirse que el alma de la India ha retrocedido un tanto y en cierto modo se ha desprendido de las formas, con el resultado de que ha habido un divorcio entre el alma y el espíritu de la India y que el alma ha podido absorber influencias y elementos extraños a lo que debe reflejar. Se ha producido de este modo una pérdida gradual de las características hindúes y existe una tendencia a adoptar usos y costumbres, que no siendo la vivida expresión del espíritu interno han hecho daño a las nuevas generaciones. Últimamente hemos tenido una reacción en contra de estas falsas manifestaciones pero ella ha sido de carácter político superficial, y se ha exagerado. Los que reaccionan en esta forma, sin conocer la verdadera causa

de la degradación a que ha llegado la India, tratan de rectificar lo malo buscando la solución en un pasado que ha terminado y que no puede volver, aún cuando su espíritu esté vivo. La degeneración de la India se debe, según el decir de uno de los grandes Maestros, a que se ha sofocado su espiritualidad.

Ahora que la India ha vuelto a nacer por la segunda vez a la libertad, podemos esperar que los hombres y las mujeres que saben pensar pongan sus mentes en asuntos de importancia fundamental y que la libertad externa lleve a los corazones de las gentes un impulso interno que les dé el valor de liberar su mente y su alma al par que su cuerpo y su historia. Lo que la India tiene que hacer es dar al mundo la contribución de su originalidad. El mayor don que uno puede dar, es el don de sí mismo porque cada uno posee algo que no puede ser dado por ningún otro. La libre expresión del alma y de las formas en la que aquella encarna es lo que todo el mundo espera inconscientemente.

Desde el punto de vista de la Teosofía, cada civilización existe a fin de dar a las almas que encarnan el color y el tono de las cualidades de cada una de esas civilizaciones. Pero la India de hoy se encuentra en un mundo muy distinto del antiguo, un mundo en que reina la Ciencia, en que existe una variedad de pueblos y de culturas, un mundo en el que se realizan experiencias que no podían efectuarse en el limitado mundo del pasado, por extenso que fuera. Lo que la India necesita, para dar su contribución al mundo y cumplir el destino que le ha sido reservado, es un renacimiento total. Empero ¿está en condiciones de llegar a ese renacimiento? Creo que el añoso árbol que ha soportado tantos embates, perdiendo su follaje y algunas de sus ramas, guarda todavía el vigor suficiente para volver a brotar, y seguir creciendo. Hay hindúes que todavía mantienen contacto con lo antiguo, en quienes es posible encontrar una fuerte corriente de la añosa vitalidad y que harán posible pensar que las glorias de ARYAVARTA pueden revivir.

Los problemas de política y de economía que aparecen de un día al otro, ocupando la mente de los individuos, tienen su importancia pero son comparativamente insignificantes en relación al del redescubrimiento de la India misma. "El hombre no vive de pan solamente", ni tampoco puede una nación ganar un lugar en el santuario de la inmortalidad por el uso de las armas, el poder, la pompa

y la prosperidad material. El hombre necesita el pan de la vida; no el poder sobre los demás sino el poder sobre sí mismo. Sólo cuando la India logre ese poder sobre sí misma, cuya existencia ha quedado demostrada en los altos ejemplos de la manera de vivir del hindú, podrá el país expresar los dones con que la Providencia le ha dotado.

En el transcurso de su historia contemporánea la India ha recibido en su seno y en su sangre, la corriente de vida y del pensamiento que le han dado los hombres del Islam primero, y más tarde los pueblos vigorosos del lejano occidente. El país absorbió el pensar de esos inmigrantes para sumarlo a su cultura; ellos acrecentaron su riqueza y su diversidad, ayudando a formar el jardín de la India injertando elementos de sus propias especies que habían crecido al par de las antiguas culturas hindúes y también ayudaron a sembrar las semillas que esperaban ser plantadas desde largo tiempo. La India ha recibido la influencia del amor a la libertad y a las tradiciones políticas de los ingleses, de su literatura, y de la mentalidad británica que se expresa en un sistema de administración basado sobre una ley reglamentada e impersonal. Gran Bretaña y la India se complementan de muchas maneras, no solo por lo que pueden hacer en común en el Commonwealth indo-británico, sino también por sus maneras de pensar. Juntas, ambas naciones pueden ayudar al mundo, lo que no pueden hacer por separado, como ha indicado la Dra. Besant; pero la India tiene que conquistar su libertad primero y una igualdad completa con todas las otras naciones, cosa que ahora posee.

En la actualidad, la India se ha sumergido en la política, lo que quizás sea inevitable. Ahora sufre una reacción causada por condiciones que no le permitieron la libertad necesaria para manifestar su propia expresión. Pero la política es sólo un medio para llegar a un fin. A la política y a la administración, les concierne en gran parte la regularización de las energías de un pueblo. Limitan y canalizan la corriente, aunque no crean en ningún sentido, excepto las formas que necesitan para sus fines. Una nación vive en la historia por las obras de su cultura que otros pueblos pueden apreciar y por los cuales pueden inspirarse y elevarse, aún cuando sus propias culturas sean distintas.

La India puede dar al mundo la inspiración de una cultura ori-

ginal única, en la que los conceptos más elevados de la espiritualidad se reflejan en todo su alcance, su pureza, y su simplicidad. Eso es lo que tiene que alcanzar la vida del hindú común, porque en cada actitud, en cada acción, y en cada gesto deben reflejarse las verdades espirituales que constituyen la esencia de una vida perfecta.

El presente es un período de transición, por lo tanto es una época de confusión y disturbios. Tal vez, cuando las condiciones se asienten, la India aparecerá bajo un aspecto rejuvenecido, en toda la madurez de su pensamiento y dignidad que la destacarán entre los pueblos del mundo. Esa es la esperanza que los teósofos tienen que mantener, permaneciendo como individuos serenos que no cambian ante las circunstancias ni reaccionan ante causas sin importancia ni se hacen eco de los estrechos puntos de vista de la ignorancia. Hemos de ser capaces de destilar de la experiencia de nuestro pasado un elixir que pueda fortificar el presente, creando nuevas y bellas formas que expresan las cualidades del antiguo espíritu y alma de India.

Creo, con muchas otras personas, que la India tiene un mensaje que dar. ¿Cómo lo va a dar? No sólo organizando su ejército, su armada y su fuerza aérea, enviando embajadas al extranjero o reconstruyendo su economía que ha sido dilapidada, sino redescubriéndose y manifestándose como sí misma. Cuando digo "redescubrirse" signífico que su cualidad de ser no debe formularse en palabras y pasarse a otros, sino que debe ser una nueva y directa experiencia para su pueblo. Puede ser nueva y no obstante mantenerse como una India antigua y verdadera conservando la esencia de sí misma, en política, en espíritu y en cultura, sin copiar y seguir a otras naciones que son distintas ni buscar de engrandecerse como ellas.

Cada uno de nosotros tiene que asumir la responsabilidad que le corresponda y ejercerla en la individualidad de su propio pensamiento y sentimiento creado con el material de su propia experiencia. Necesitamos expresar lo mejor de nosotros mismos y no solamente dar expresión a una reacción de la línea de menor resistencia, es decir, tenemos que ser creadores originales. La creación se logra con la libertad del Espíritu. Cuando somos fuertes pero permanecemos apartados de los demás, sin dejarnos influenciar por los pensamientos ajenos excepto para considerarlos con sumo cul-

dato, podremos descubrir en ese aislamiento interno el secreto de nuestra individualidad, la forma en que debemos avanzar y empezar a andar el sendero en procura de la meta fijada para nosotros.

La cultura de la India, tal como la he descripto, ha sido magnífica en su hora, pero en los tiempos presentes es un monumento en ruinas. Podemos ver aquí y allí fragmentos de la arquitectura de su forma original y bosquejarlos y admirarlos, pero las partes principales han caído en la ruina y en la dilapidación mientras que otras han sido reconstruidas con remiendos de mal gusto. El edificio tiene que ser restaurado en su verdadero estilo y de acuerdo al diseño original. La cultura hindú que se basaba en una cierta nota-clave y tenía que elaborarse en su forma melódica propia, ha incorporado toda clase de notas falsas, de suerte que ahora produce efectos discordantes por completo con el modo y los motivos originales. Debemos suprimir todos esos agregados adaptando nuestras formas a las necesidades de la época. No podemos hacer revivir condiciones que han muerto y están y más allá de toda resurrección, pero podemos tratar de hacer que reencarne la antigua alma de la India en formas adecuadas a la edad presente, y eso debe hacerse en todos los órdenes, religioso, económico, político, social, educativo y otros.

En política, la grandeza de la India no debe buscarse en la mera formación de un Estado poderoso que permita el disfrute de todas las cosas que se consideran importantes y que desaparecen, sino en construir una democracia verdaderamente espiritual. Mucho me temo que por ahora el país no persiga este objetivo. Nos ocupamos de copiar una forma occidental pensando que el voto individual es un curalotodo para cualquier malestar democrático. Pero necesitamos construir una forma democrática insuflada de espiritualidad que haga surgir del individuo lo mejor que puede dar. Estamos en la era de la democracia, en la era del hombre común, pero tenemos que descubrir alguna forma que permita sacar a relucir el valor real de este hombre común, que haga surgir lo mejor que hay en él para que pueda utilizarse.

La India es una tierra de muchas religiones, y tenemos que lograr una síntesis viva de las verdades presentes en cada una de ellas, creando en la mente de los individuos el poder de apreciar las creencias de los demás, llegando a la realización del punto de vista opuesto o complementario. Tenemos que interpretar las ver-

dades de la naturaleza física para que puedan reflejar la naturaleza de la Realidad Divina, el misterio del Espíritu que se presenta bajo tantos aspectos. El mundo de la materia y el mundo del Espíritu no se encuentran distanciados ni separados y tenemos que descubrir en todo lo que ocurre en la materia alguna traza del Espíritu que en ella se refleja.

En lo económico, la India está siguiendo una línea equidistante entre el socialismo y el individualismo, llevada por la teoría y por las circunstancias. Tenemos que lograr la regla de oro, un proyecto social que, aunque se basa en el cuidado del individuo y la mancomunidad y distribución conveniente de los productos de la economía nacional, permita no obstante al individuo, la amplitud necesaria para su iniciativa y actividad.

En el reino del arte, la India tiene su propio lugar que la distingue de las otras culturas, en el que siempre ha tratado de expresar la vida, la cualidad innata de la verdad trascendente, en formas libres de las perversiones que tan a menudo confunden lo verdadero en el arte occidental, por las innovaciones. La construcción total y el efecto de la mística hindú es característico del genio de la raza en la creación de tipos subjetivos, cada uno verdadero de por sí.

En lo que respecta a la educación, la India debe mostrar una forma de dar no sólo el conocimiento del mundo material sino también la manera de iniciar al niño, sin adoctrinarlo en el misterio del auto-conocimiento y las sutilezas del Espíritu que todo lo penetra, expresado en la Naturaleza. La educación debe ser para el alma también, no solamente para la mente, para el cuerpo en cuanto éste es la expresión del alma, para la creación de armonías y no solamente para el éxito en las luchas.

En la sociedad debemos, tanto por la organización como por un cambio en nuestro propio corazón, establecer contacto entre hombre y hombre, entre mujer y hombre, entre padre e hijo, entre empleador y empleado, para crear la felicidad y abolir el sufrimiento. No hay otro modo de lograrlo que no sea desarrollando estas relaciones. No pueden darse por hechas y hacer que la gente se acomode a ellas. La sociedad es una expresión viviente; y en tanto que la vida puede transmitirse y adaptarse, la adaptación debe salir de una voluntad

interna que responda libremente cuando las condiciones externas la hagan posible.

Una característica del antiguo orden era que junto con el reconocimiento de la Unidad había una diferencia muy clara de tipos. Cada uno aprendía a ser veraz consigo mismo; de este modo una mujer debía demostrar feminidad, un hombre, las virtudes masculinas; cada objeto (y persona) debía manifestar su cualidad innata y especial; el arte, la literatura, la religión, las tradiciones sociales, todo se combinaba para destacar las cualidades de los tipos especiales cada uno en su propia esfera. Había un rey ideal, un padre ideal, un esposo ideal, una esposa, un hermano, un sirviente, un estudiante, un asceta ideal, de suerte que las antiguas leyendas constituían verdaderas muestras de ideales que las gentes contemplaban constantemente y que los llevaban a la realización de las verdades que se reflejaban en sus propias vidas. El valor de estos ideales es imperecedero.

La India debe crear una cultura moderna, distinta de tantas que se ven en la vida presente, y en la que no exista un antítesis entre el Espíritu y la Materia sino una síntesis y una fusión. Una cultura tal no puede formularse, no podemos seguir ciegamente ciertas reglas y lograr un resultado perfecto. Debemos emplear nuestro juicio, buscar el equilibrio y penetrar en el espíritu que tiene que corporizarse.

Solamente cuando hayamos construido una forma de gobierno, cuando hayamos levantado una estructura en la que cada aspecto de la vida esté integrado por otro, en que el todo esté perfectamente articulado y cada individuo pueda mantenerse en su propio tipo, sea este el que fuera y expresarse de la mejor manera que su capacidad lo permita sólo entonces, la India podrá dar su mensaje al mundo.

De todos los aspectos de la vida hindú, (el hogar, las costumbres del pueblo, sus modos de ser, de vestir, todos los pequeños detalles, de la vida, así como las leyes, las instituciones, las artes, las arquitecturas y el culto) de todos y de cada cosa netamente hindú debe salir el mensaje del Espíritu, de algún modo. Puede ser solo un susurro, puede expresarse en el subconsciente, pero debe ser dicho en todo momento. Sólo de esa manera la India podrá cumplir una misión digna de la filosofía que le ha sido otorgada. Y nosotros no hemos

sido creados para contemplar meramente esa filosofía, sino para emplearla, más no de acuerdo a nuestra propia conveniencia, como usamos a veces la ley del Karma, dejando las cosas tal cual son y no interviniendo cuando debiéramos hacerlo. El hecho de que poseamos una filosofía no nos hace filósofos. El verdadero filósofo es aquel en quien la verdad más elevada se refleja en sus menores acciones.

La India necesita manifestar su verdadera cualidad en forma apropiada a la época que corre sin comprometer esa cualidad, mostrándola en cambio en toda su pureza y expresándola en una forma que puede ser comprendida por otros, una forma que pueda equipararse a otras de la vida moderna. Para eso, la India debe empezar por poner su propia casa en orden, reconstruyéndola para que resulte un edificio bello, perfecto en sus proporciones, artístico en sus accesorios, realmente hindú en su estilo; entonces podrá invitar a las gentes de todas las naciones para que la traten como un segundo hogar. Entonces los demás no tendrán que preguntar cuál es el mensaje de la India porque le escucharán con oídos lo bastante sensibles para percibirle.

XII

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

Hasta hace poco, el problema de la India y de ciertos otros países era el de conseguir su libertad. Ahora el problema es el de como emplear esa libertad. Este es un problema que se presenta a todos los pueblos e individuos. De esta suerte, a medida que podemos holgar más por los avances de la técnica y los cambios sociales, tantos más problemas se nos presentan cuando hacemos uso de nuestras horas libres.

Por todo el mundo hemos visto últimamente un reconocimiento que va en aumento, de la libertad de los individuos. La esclavitud, como institución, se considera ahora, en general como algo muerto y extinguido. También se acepta, en forma general, que toda agrupación natural de pueblos capaz de funcionar como Estado e independientemente, tiene derecho a hacerlo, aún cuando los intereses que se oponen a este derecho puede decirse que no se han extinguido por completo. Empero, no existe en manera alguna un reconocimiento adecuado de la libertad que deben gozar los grupos y comunidades separadas del organismo fundamental que es la nación, por la raza, la religión u otros factores separatistas. Así surge el problema de las minorías que la democracia, tal como está hoy, regida por la mayoría, no puede resolver. Ha sido el problema de las minorías el que llevó a la división de la India, división que ha creado dos problemas minoritarios de uno solo que existía.

La libertad del individuo es de consecuencia vital porque el individuo es el centro de todo progreso. El individuo es quien hace surgir las nuevas ideas y en él reside la posibilidad de todo cambio o variación. Las organizaciones, los departamentos de Estado y los gobiernos, funcionan en una forma pre-establecida y necesariamente se estereotipan y perpetúan. Sin libertad no hay individualidad, sino

únicamente sistemas. Resulta obvio decir entonces que la libertad es el requisito fundamental de la felicidad, sin la cual, la vida, en el verdadero sentido, se ahoga y sofoca.

Es un hecho comprobado que la libertad constituye la nota clave del progreso en cualquier rama del pensamiento y acción de los tiempos actuales. La ciencia moderna que da a la época presente un sello más característico, ha surgido del derecho de libre investigación, derecho que no se conquistó sin amarga lucha y sacrificio. En política la democracia se basa en el concepto fundamental de que todos los hombres deben disfrutar de igual libertad para controlar el gobierno que los gobierna. El socialismo es la proyección de la idea democrática en la esfera económica. En religión aceptamos ahora, en principio, el derecho de todo hombre de seguir dentro de ciertos límites, los dictados de su conciencia y de sus ideas. El arte moderno muestra una creciente tendencia a romper con los convencionalismos, creando nuevas formas, aunque más no sea por el hecho de que sean nuevas. Vemos más libertad que nunca para la mujer en la política y en las relaciones sociales, en las modas y otras formas de auto-expresión como podría decirse.

En la educación también, los progresos más notables de los tiempos actuales, como en el sistema Montessori, se basan en la idea de que el niño más aún que el adulto, necesita libertad para expresar su individualidad innata y nutrir la simiente de sus mayores posibilidades.

Y después de haber dicho todo esto nos encontramos con que la libertad no es nada más que un viento que pasa y de ninguna manera una realidad concreta. Nos jactamos de nuestra libertad, mirando hacia el pasado, porque hemos quebrantado ciertas trabas específicas tales como la tiranía religiosa; empero, ¿somos tan libres como lo imaginamos, aún en los estados que mantienen ideas democráticas?

¿Qué hace la libertad en medio de la mortal lucha económica emprendida por las organizaciones que cada vez se expanden más y a las que el individuo tiene que someterse siempre? ¿Somos libres con respecto a la política sólo porque tenemos derecho al voto? El voto en manos del hambriento, del ignorante o del que carece de comprensión para el bienestar general, es piedra o veneno, en vez de pan. El voto en las mejores democracias es un instrumento para

bien de los partidos políticos. ¿Gozamos de libre pensamiento con todos esos mentores de la prensa y de la radio que nos acribillan con su incesante propaganda diciéndonos lo que debemos pensar acerca de todo y dándonos los "temas" para pensar?

El Presidente F. D. Roosevelt enunció sus Cuatro libertades: libertad de la necesidad, libertad del temor, libertad de culto y libertad de pensar y hablar. Se refirió a esto como un requisito básico para poder vivir con decencia, lo que las Fuerzas totalitarias niegan. El organismo de las Naciones Unidas, siguiendo esa declaración, ha dejado asentado en su Carta Orgánica los derechos del hombre que ningún estado puede contradecir, derechos que reconocen el valor de la persona humana. ¿Mas cómo se han de afianzar esos derechos? Cuando los judíos de Alemania fueron despojados de la ciudadanía y perdieron el amparo de las leyes quedando sujetos a atrocidades de todo género, ¿intervinieron o protestaron los demás estados? Si Hitler hubiese ordenado la exterminación de los judíos abiertamente, ¿hubieran intervenido en ese caso las otras naciones? Antes que la humanidad pueda proteger al hombre debe organizarse y destronar a los dioses menores de la soberanía nacional absolutista, con todos los corolarios que involucra.

El caso es que todos creemos en la libertad, mientras sea para nosotros, pero no hacemos mucho caso de la libertad de los demás. Por eso no hay actualmente libertad para el débil y para el pobre. En un Estado ideal, el pobre, el débil, el ignorante, la mujer (agrupada entre éstos por su constitución física) y el niño, todos deben participar por igual de libertad total. Debe haber libertad no solamente para el todo, o sea para lo externo, sino también para las partes, es decir, libertad interna.

De este modo llegamos a la verdad de que la libertad no puede separarse del orden, que implica control tanto para la sociedad como para el individuo. La libertad que hay en la licencia es la libertad del fuerte para atacar, esclavizar y destruir al débil, es la libertad para luchar. Cuando la libertad se vuelve conflicto (entre un Estado y otro, como ocurre al presente, y el conflicto aparece también dentro del mismo Estado, el que, exceptuando la declaración de su propia autoridad mantiene solamente un armazón de orden, que consiste en ciertas formas legales a observarse) el fuerte tiene al débil a su merced y el dictador o su partido dominan al pueblo.

Libertad y Orden parecen oponerse, pero como todos los opuestos, son inseparables uno del otro. El problema de la libertad no puede resolverse separadamente del problema del orden.

Nuestra meta, por consiguiente, debe ser crear un orden libre. Y eso significa un orden progresivo. El control que implica el orden debe ser un control prudente. Debe ser un orden que acreciente la vida, no que sirva para ejercer dominio y suprimir la vida de los demás. Debe haber un control que respalde el libre consentimiento de los controlados. Hablando de un modo general, se necesita un orden basado en la libertad, en el que tenga que haber necesariamente justicia, cooperación y armonía, que puede describirse como un orden de unión voluntaria, un orden de fraternidad.

Aplicando este principio, podemos ver que la libertad de cada nación debe venir de la unión efectiva de todas las naciones. La libertad económica de los individuos, puede sólo obtenerse mediante un planeamiento colectivo y un control que no niegue la libertad individual. La libertad política debe dar como resultado el ejercicio efectivo de una amplia responsabilidad política por parte de cada individuo.

Así como debe haber orden en un Estado para que haya libertad, así también debe haber orden en el individuo, quien no puede disfrutar de libertad si no tiene control sobre sí mismo. El individuo necesita el orden de una armonía interna, lo que significa dominio sobre sí mismo. El hombre, como el Estado, necesita una libertad interna al par que una externa, porque ambas son entidades complejas, en ambas tiene que haber un ajuste armonioso de las partes. Sólo entonces puede sentirse libre una persona, así como también disfrutar de una verdadera libertad externa. Sin experimentarla interiormente, la libertad concreta no satisface y eso lo vemos en el descontento creciente y en la inquietud que prevalecen en nuestros días.

La nuestra es una era mental en la que la mente de cada uno de nosotros juega un rol más activo y abarca muchos más aspectos que en cualquier época anterior; la libertad es el derecho fundamental de la mente, es inherente a su naturaleza. Lo que llamamos mente es una energía centrífuga del yo superior (que sale hacia el no-yo) y que siendo por sí misma una energía amorosa, indiferente al bien y al mal, dispuesta a prestarse a cualquier uso, se afecta

solamente por placer o la pena que experimenta hasta que descubre una ley en lo más íntimo, la ley del Espíritu del cual es una emanación inconsciente, vive afectada por las atracciones y las repulsiones que le provocan los objetos con que entra en contacto, y como centra sus intereses en ello, se crea conflictos y confusiones sin fin y aprende la lección a fuerza de golpes que recibe en las más diversas experiencias. Vemos hoy la obra de esta mente inquieta, que realiza experiencias en todos los campos posibles con un desorden que no se vió nunca cuando la mente era más restringida y recibía la influencia de ciertos principios que la guiaban, en respuesta a un sentido oculto.

Es con la mente libre de sus ataduras anteriores que el hombre tiene que bucear en el interior del universo material para descubrir sus secretos. Necesitó de la libertad para dar este paso y tiene que pagar el precio para asegurársela. Ya no puede retroceder a la era anterior a la de la Ciencia, del mismo modo que un adulto no puede volver a la mentalidad del niño. La Libertad nos ha sido dada para permanecer y se necesita para nuestro progreso. Es dentro de la libertad misma que debemos hallar la manera de emplearla ordenadamente.

La libertad individual no consiste en la mera reacción ante las circunstancias porque tal reacción es compulsiva y mecánica. La libertad debe significar autodeterminación; de modo que nadie que sea esclavo de sus pasiones, que se deje llevar por hábitos del pensamiento de la emoción o de la acción ya establecidos o adquiridos, por ignorancia, puede llamarse en verdad un hombre libre.

Ni hay libertad en la arbitrariedad; porque el acto arbitrario es el resultado de la influencia de fuerzas incomprendidas que actúan en uno mismo.

Si el acto arbitrario y la acción ejecutada obedeciendo a fuerzas externas o a fuerzas existentes en nuestra naturaleza externa ajenas a nuestro ser interno o a nuestra voluntad se descartan, ¿qué otra acción es posible? La única acción posible debe ser la que puede realizarse de acuerdo a una ley íntima, una acción que exprese la verdad del ser. Así la ley viene a resultar la base de la libertad. Subyace tanto en la libertad como en el orden.

Debe haber una ley para la sociedad; debe haber una ley para

el individuo. Y no puede haber contradicción entre ellas, sin que se trate de resolverlas por las malas.

Tal como están ahora las cosas en la sociedad y en el Estado, cualquier relación que exista, ya sea entre los trabajadores y el trabajo, entre los gobiernos y los gobernadores, entre el hombre y la mujer, para no decir más, es una simple relación de compromiso, nacida de un conflicto de "intereses" y no basada en una ley que sale de la verdad y que aceptan las dos partes; por eso todo resulta en cambios y desagrado.

Necesitamos un nuevo orden de relaciones que comprendan los valores o verdades que el individuo puede realizar dentro de sí mismo, y a los que pueda responder libremente. Cuando más orden haya en un hombre, orden en sus ideas y en sus ideales, que representan la Verdad que lo liberará, tanto menos necesidad habrá de leyes exteriores y poderes que limiten su libertad. La ley que puede crear tanto el orden como la libertad, es la ley de las relaciones justas.

En la antigua India la Libertad o Liberación constituía la meta suprema, y no era una hazaña realizable en el plano de los apegos materiales. Era la liberación no sólo de "samsara", la ilusión, con su rueda de nacimientos y de muerte, la liberación del karma, sino que al mismo tiempo la Liberación era el medio para salir de los grilletes que pesaban sobre lo moral y lo psicológico.

El Yo Superior o Espíritu es eternamente libre a pesar del karma. En el hombre, que es un producto constituido por Espíritu y Materia, la libertad y las leyes mecánicas trabajan juntas y simultáneamente. Acrecentar su libertad y trascender su karma, he ahí el modo de llegar a la autorrealización que se espera para el hombre.

La energía de la libertad, que es energía mental, es una fuerza centrífuga que tiende a arrancar la conciencia del hombre de sus ataduras, constituye la fuente de su determinación interior. Esta fuerza tiene que equilibrarse con un empuje centrípeto. Y ese empuje nace de la conciencia de la relación de lo externo con el centro. En esa relación encontramos la posibilidad de regular las actividades de la conciencia libre en una armonía rítmica.

No podemos tener un mundo libre sin ciudadanos educados para la libertad. Sin el amor por la libertad y la fe en la libertad no es posible crear un mundo libre y mantenerlo.

Necesitamos educarnos con toda libertad mientras somos jóvenes, porque la libertad es la madre de la originalidad. La imitación impuesta desde afuera, la creación de hábitos mecánicos, todo eso sofoca la chispa creadora. Enseñar al niño a ser ordenado, impartirle conocimientos e ideas valiosas, sin los cuales la mera instrucción de los hechos lo mantendrá confinado al nivel más bajo del pensamiento, estimulándolo para que tenga el valor de romper con los moldes establecidos, con la rutina y ser original, es un problema para el educador, función que debe ser reservada no sólo para el maestro sino también para el padre.

Será un mundo maravilloso aquel en que logremos realizar tal educación, porque será un mundo de paz, de orden y de libertad. Hoy sólo tenemos la libertad de la licencia entre los estados y los individuos marcados por el temor, la libre competencia, la lucha y la explotación.

El problema de la libertad no es tan sencillo como parece, porque es fundamental. La libertad política es sólo una de sus ramas. La libertad debe existir en todos los órdenes de la vida y sin libertad para cada uno de ellos no puede haber libertad para el todo.

El teósofo debe ser capaz de comprender el problema más que nadie. Pero en todos nuestros esfuerzos mantengamos siempre a nuestro frente la idea de crear la libertad y la felicidad más para los otros que para nosotros mismos; porque de ese modo seremos más prácticos y tendremos más probabilidades de éxito que si las buscamos con fines egoístas.

DEMOCRACIA ESPIRITUAL

Decir "democracia espiritual" parece casi una contradicción. El espíritu es uno, la democracia es múltiple. En el Espíritu hallamos el origen de la gracia divina; la democracia, tal cual se la practica, es cualquier cosa menos esa gracia. En el Espíritu encontramos la concentración de todos los valores vivientes; en la democracia vemos la dilución de todos los valores que puedan expresarse. No obstante, por un proceso natural e inevitable, el hombre ha podido alcanzar una etapa en la que reconoce su igualdad con sus semejantes asignándoles el valor y la dignidad que clama para sí. El espíritu de la democracia puede tomar en frecuencia el desagradable disfraz de una auto-afirmación que conspira contra la propia igualdad que debe profesar. Pero encierra esta verdad: en cada hombre, por humilde que sea, hay algo valioso que es la gema oculta de su individualidad y antes que podamos llegar a una síntesis viva que alumbre con el fuego y los variados colores de todas las gemas, grandes y pequeñas, brillantes y descoloridas, debemos adjudicar el valor que corresponde a cada una de ellas y el derecho a ser engarzadas donde puedan brillar con el lustre que cada una tenga. En Grecia el Estado-Ciudad de Atenas llegó a ser una República de las letras y de las artes; quizás en una vuelta superior de la espiral de la evolución el Estado, que es más grande en nuestros tiempos, pueda llegar a orientarse de igual modo, de suerte que cada ciudadano pueda llegar a ser en su propio grado un creador de todo lo valioso, que lleve en sí la estampa y sello del Divino Espíritu Inmortal.

Desde un punto de vista práctico, si no definimos lo "espiritual" con un sentido estrecho, una democracia espiritual es un Estado en el que rige la sabiduría y no la ignorancia; un Estado en el que las leyes son dictadas, sino por filósofos adiestrados en asuntos prácticos, como lo proclamaba Platón, por lo menos por hombres y

mujeres iluminados y desinteresados, y en el que la administración está a cargo de funcionarios probos y conscientes. El espíritu que debe inspirar a todo ciudadano debe ser el de dar al Estado la mejor contribución de que sea capaz el individuo.

Nuestra democracia es, en esencia, la antítesis de todo esto. Se cree que cada cual es lo bastante bueno para desempeñar cualquier puesto, si cuenta con el necesario apoyo popular; que el voto de un hombre es tan bueno como el de otro hombre; que cada uno debe luchar por sus derechos y arrancar lo que pueda de las manos de los demás. La democracia es manejada por los partidos políticos, que buscan, como la misma palabra "partido" denota, no el bien del todo sino el de cada cual, o sea de las partes.

Nuestros sistemas políticos, en los países libres del mundo, se basan en la teoría de que por la sola imposición del voto se logra la necesaria responsabilidad que da más fuerza al resorte de la voluntad popular. De acuerdo a esta teoría el sufragio del adulto es la última palabra en democracia. Con esto se pasa por alto el hecho de que la gran mayoría de los votantes conoce muy poco de los asuntos que en teoría contribuyen a establecer y no pueden sentir verdadera responsabilidad por lo que se hace. Pueden afectar las decisiones sólo mediante un proceso muy inseguro e indirecto. Las elecciones son, en gran parte, un juego político y la emisión de votos en gran escala es una jugada en descubierto. Bajo el sistema de los partidos políticos, el hecho de votar no asegura que se obtenga un buen resultado, porque los otros partidos existen para perturbarlo. El sufragio del adulto no ha impedido la aparición de dictaduras donde hubiera problemas que por sufragio no pudieran resolverse, porque cuando estalla un desorden el hombre de hierro lo sofoca y se cubre con el manto del dictador, es bien recibido por la gente que ama la paz (a toda costa). En la Alemania de Hitler cada adulto significaba un voto, pero nadie se atrevía a votar contra él.

La democracia que se basa en el sufragio del adulto fracasa, porque no es una construcción científica. Obra por el método de la dominación bajo el talón. Ha marchado bastante bien en Inglaterra a causa del temperamento especial de los ingleses. En otros países no ha sido la panacea que se pensó que era.

La democracia depende de quienes la conduzcan. Pero, ¿qué

clase de conductores habrá que elegir? ¿Los hombres que obtienen la mayoría de votos son los más sabios o los más adecuados para los puestos elegidos? Los conductores de los sistemas democráticos son, por lo general, hombres que reflejan las ideas de sus seguidores, y si estos últimos, que son el común de la gente, no tienen la cualidad que pueda dar lugar a que aparezcan conductores de real sabiduría y completos estadistas, el sistema sólo puede producir el fruto muerto de la lucha interna y la destrucción. Si la democracia tiene que ser fiel a su nombre, el Demos tiene que ser educado de modo que sepa apreciar las virtudes que todo conductor verdadero debe poseer y puede elegir discriminativamente y sostener sólo a aquellos que sepan administrar su bienestar. Antes que los conductores de la más alta calidad puedan ser un producto de la democracia, tiene que existir la levadura del liderato entre la gente. Cada hombre debe ante todo saber conducirse a sí mismo, vale decir, debe juzgar por sí mismo sin entregar su conciencia a un partido o a un grupo político. Pero en nuestra democracia, el partido político dirige a los correligionarios con el látigo, y los que van al Parlamento lo hacen para llevar a cabo las órdenes de aquél. Todo lo que se habla en el Congreso no es para persuadir a los que ocupan las bancas contrarias, que ya tienen sus decisiones hechas, sino que se habla teniendo como fin conquistar de nuevo el puesto en las próximas elecciones. Los gobiernos funcionan en virtud de mayorías que obran mecánicamente y en base a cosas preparadas, o de lo contrario subsisten por cambios constantes y compromisos que no se basan en sanos principios.

Una democracia que quiera obrar bien debe adecuarse a la organización social, incluyendo en esta frase a todas las actividades que ocurren dentro del campo nacional o social. Una organización así, en estos días que vivimos, resulta altamente complicada. La democracia que corresponde a estos requisitos debe estar reglamentada de un modo tal que asegure que para cada problema aparecerá automática y eficazmente el conocimiento y el talento necesarios para resolverlo en cada caso. Debe asegurarse la mayor amplitud a la iniciativa local y regional y a la "acción política refleja", debiendo mantenerse la responsabilidad de cada hombre o mujer dentro de los límites de aquello que sea de su exclusiva competencia. Una democracia tal tiene que ser planeada y desarrollada cuidadosa-

mente. Debe incluir un plan social que abarque todas las capas sociales y trascienda las diferencias.

En la antigua India existió un sistema integral muy elevado, que en todos los aspectos (religioso, educativo, económico, de relaciones sociales y gubernamentales) estaba modelado por una filosofía única que comprendía ciertos principios que eran aceptados por lo general. No sería posible reproducir ese sistema hoy en día, ni aún en la misma India, porque las condiciones son muy distintas.

Una democracia espiritual debe ser gradual e integral. Debe involucrar ciertos ideales que todos estén en condiciones de aceptar y que exijan ser cumplidos en la práctica. El Estado debe mantener un vínculo viviente con el individuo, quien deberá sentir esta vinculación en el cuidado y protección que ella dé y realice para el servicio que él debe rendir. Este anuncio debe ser cumplido por cada uno en el nivel que le corresponde, y en el que pueda actuar con eficacia y en beneficio de todos. Debe haber un Estado reglamentado, pudiendo desempeñarse en cada grado según el conocimiento que se tenga de los asuntos a tratar, del servicio a rendirse, de la educación y la competencia del postulante. En la India, que es un país muy vasto, y cuyas condiciones son muy complejas, hay una reglamentación para fines administrativos (en cada aldea, distrito, Estado y por todo el país), pero no hay ninguna reglamentación sobre los electores de las juntas de esas áreas o sobre los mismos miembros de las juntas.

Antes de que la democracia pueda tener éxito hay que descubrir alguna forma para que los mejores hombres, los más capaces, puedan ocupar los cargos importantes, de modo que el órgano político resulte adecuado a su función. En el reino del Espíritu todos son de igual potencialidad, pero esa potencialidad en el mundo actual en que actuamos no se manifiesta de igual forma. La falla principal de la democracia es la ignorancia de las diferencias naturales de los individuos, diferencias de aptitud, capacidad y desarrollo.

Si la sabiduría sola tiene el derecho del mando, lo que tiene que ser un postulado, quien no fuera sabio no debe tomarse la responsabilidad de gobernar. ¿Pero qué es la Sabiduría, y cómo puede reconocerse? Sólo podemos establecer las condiciones para nutrirla y usar lo mejor de nuestro juicio para elegir el hombre más sabio que podamos encontrar. De esto surge que solamente los

que posean el juicio necesario estarían capacitados para elegir. ¿Cómo hemos de decidir quiénes tienen este juicio? Es obvio que el conocimiento, la experiencia en el manejo de situaciones y la capacidad demostrada de una o de otra forma, junto con un registro de servicio desinteresado, son las mejores y más convenientes pruebas de la capacidad para elegir como también para asumir el cargo de representante.

En una democracia espiritual, en que rigiese la sabiduría, habría oportunidades para que cada uno expresara lo mejor de sí, cultivara y empleara su capacidad y su iniciativa dando de este modo su contribución especial y característica al Estado y a la civilización. Esto sólo puede asegurarse cuando hay libertad para el individuo, desde sus primeros años de vida, debiendo proveer el Estado a la educación del individuo y a sus necesidades, más adelante. Un estado de libertad para el Espíritu debe combinarse con un orden que mantenga esa libertad y permita las más amplias facilidades a la expresión creadora.

Una democracia en la que haya abundancia de vida y que la viviese con tanta intensidad como para permitir que se registren sus realizaciones en las páginas de la civilización, debe comenzar con ciertos propósitos y una orientación que debe estar presente en su expansión. En la época presente la mayor parte de los hombres no tienen ideales; de aquí que surja la inestabilidad y el conflicto.

Tenemos ciertas ideas básicas, especies de núcleos de los que debe surgir la filosofía práctica de un nuevo orden: la unidad fundamental del hombre; la libertad del individuo incluyendo en el término a la mujer, con todo lo que abarca en lo político, económico, religioso y social; la necesidad de un orden que corporice esa libertad y tienda hacia la fraternidad, la armonía y la cooperación y no a la competencia y el conflicto. Necesitamos agregar a esto el espíritu del deber o servicio. En la mente del ciudadano, los deberes deben equilibrarse con los derechos y la actitud de cumplir honorablemente con su deber, de dar, de compartir, debe presentársele a todo ciudadano adolescente de una manera atrayente aunque acentuada y sostenida. Los niños, y niñas, deben ser educados desde la infancia, para que cuiden del Estado y no para que se vanaglorien de él. Oué formas puede tomar ese deber en las variadas relaciones de la vida es una pregunta que busca una respuesta nueva en estos

tiempos nuevos, porque las relaciones son muy diferentes de las de antes, son más numerosas, complicadas y difíciles. El problema consiste en desarrollar una nueva relación en cada esfera, lo que traerá como consecuencia felicidad y un creciente sentido de la dignidad para ambas partes, con una comparativa estabilidad.

En una democracia espiritualista cada individuo debe ser en primer término un centro de creación (porque el hombre es en esencia como Dios), de belleza, de saber, de felicidad y de iluminación. Sin embargo, como las estrellas en el cielo, los individuos libres deben llevar un cierto orden. En segundo término ninguno debe ser considerado menos importante que otro; cada estrella ocupa su lugar en el cielo aunque algunas son más brillantes que otras. En tercer lugar, debe haber un mínimo de coacción exterior; más confianza en una ley interna que sea el resultado de una educación adecuada, un espíritu innato de consideración y cultura y un propósito común que debe ser para cada uno realizar la contribución de su propia obra de la manera más perfecta posible dando a la eficiencia tan altamente evolucionada en la técnica moderna, pero tan altamente mecánica al mismo tiempo, el toque y aspecto de expresión y artesanía individual. Ningún Estado puede ser mejor que el carácter de sus ciudadanos; ninguna estructura puede durar más que el material con que está hecha. Por eso debemos preparar el material, es decir, los ciudadanos del nuevo mundo feliz, libre e inteligente, en el que existe respeto por la individualidad, que es hacer democracia y respeto por los valores que pertenecen al Espíritu libre y sin trabas. Los hombres nuevos construirán un orden nuevo, una nueva humanidad.

¿Cómo hemos de formar tales hombres y mujeres? Resulta obvio que debe ser mediante una educación que no desarrolle la mera ambición y el espíritu de competencia, sino que cree una amplia perspectiva humanitaria y libre en cada individuo, ese espíritu creador innato que produce obras de valor imperecedero.

Una democracia espiritualista debe depender principalmente de la educación de los que gobiernan, así como también de la de los que elijen a los gobernantes. Esta educación, para ser efectiva, debe ser práctica al par que da el conocimiento. Debe incluir el adiestramiento en la administración al par que el conocimiento de los propósitos de toda administración. Desde que la mejor escuela para un

puesto de responsabilidad es tener responsabilidad en una esfera menor de acción, de servicio o de experiencia práctica, la contribución del ciudadano que debe salir de su cerebro y de su energía, así como de su substancia material, debe estar preparada para avanzar de un puesto de responsabilidad a otro.

No podemos hacer un cliché para un proceso de la Vida. La democracia que deba reflejar la idea del "mundo uno", que extraiga sus ideas de los valores humanos, que se base en principios científicos, tendrá que surgir de ciertas realizaciones. Pero podemos empezar a sentar los objetivos que corresponden de la manera adecuada, esto es, por el individuo y la visión de un orden nuevo que aquél pueda compartir. Esto es lo que la Trosofía busca realizar.

El espíritu es una unidad. En la ductibilidad infinita de esta unidad está el origen de todas las diferencias; la unidad, al permitir todas las diferencias, da a cada una de ellas un valor que la distingue de las demás, y esta unidad es también eventualmente la síntesis de todos esos valores.

La característica del Espíritu es sintetizar. Pero puede sintetizar solamente lo que inspira. Su inspiración siempre lleva en sí una cualidad de vida, de frescura y de fuerza creadora. Cuando toca a una forma con su intensa cualidad lo mismo que con el rayo espiritual, la forma no se destruye, si está construída con el material adecuado; por el contrario, se transforma en un vehículo que irradia el poder que contiene, en muchos y variados colores.

El Espíritu es siempre la Vida Eterna. Una democracia espiritualista debe ser una institución en la que no habrá parásitos porque debe ser un sistema de vida en el que cada unidad participa de la vida del todo. Debe existir en un Estado que eleve y no rebaje el nivel de vida para levantar e intensificar el modo de vivir de todo ciudadano en particular, un Estado en el que la política sea meramente un aspecto de ese modo de vivir que se perfecciona cada vez más. En una democracia espiritualista la mayoría debe cooperar con todos y por sobre todo con el que se ha elegido para dirigir, a fin de lograr los resultados mejores, es decir, la más alta cualidad en todo, en salud, en la gracia, corporal, en los hábitos y en las costumbres, en los estudios intelectuales y en las realizaciones de toda suerte.

La democracia es una forma, un cuerpo formado de múltiples

tejidos. La substancia que la constituye es el material humano que tiene que ser modelado sistemáticamente, aunque no acondicionado ni muerto, por la educación, cuyos órganos necesarios se formarán con la adecuada selección del material conveniente. Sólo cuando la forma sirve al Espíritu interno y muestra una exuberancia de vida y cada célula, cada unidad humana, vibra con la vitalidad de su propia fuerza creadora, todo el conglomerado de individuos puede mostrarse en toda su dignidad y majestad. La Naturaleza no ha construido la vívida y erecta figura del hombre, tan inteligente para tan diversas cosas, sin haber empleado todo su ingenio, buscando una adaptación de los medios para el fin que ha planeado cuidadosamente por poco que sepamos acerca de la Inteligencia que realiza los planes. La síntesis de la sociedad, que puede ser la democracia, nunca llegará a tener vida hasta que nosotros también planeemos un bosquejo y sus partes sabiamente y establezcamos los principios de su funcionamiento de acuerdo a nuestra limitada inteligencia.

La característica del Espíritu es ser libre siempre y en todas partes, y cuando prevalece esa íntima característica hay libertad para todos y para cada uno, y cada individuo es un centro de paz, de armonía y de creación de valores inherentes al Espíritu (verdad, belleza y bondad en cada forma). Una democracia espiritualista debe ser como una república de las letras en la que no hay imposiciones, salvo las indispensables para vivir y dejar vivir, siendo cada individuo un príncipe con derechos propios en su reino espiritual.

Tal democracia existe en el mundo del Espíritu, por extraño que parezca, paralelamente a la autocracia más perfecta: la autocracia de la Sabiduría.

Empero, no es razonable esperar que este sueño sea hecho realidad en la tierra en un futuro próximo; no obstante, podemos tratar de aproximarnos, orientándonos hacia la luz que este futuro proyecta, como si fuese la tierra de promisión.

Una democracia espiritualista debe significar para nosotros sólo una institución en la que la Sabiduría prevalezca sobre la ignorancia; un orden engendrado para la eliminación de los conflictos que destrozan ahora el cuerpo de la democracia; debe significar también libertad para que cada individuo alcance la dimensión que le corresponde, una democracia en la que todas las leyes e instituciones de todas las ramas existan para permitir una salida a las energías

creadoras de los individuos, leyes que por su rectitud apelarán al buen sentido e idealismo de todo individuo incorrupto. Debe ser una democracia, planeada y construída con las debidas medidas y proporciones, que muestre una perfecta adaptación de las partes entre sí y el todo.

El alma de la democracia es maravillosa y temible a la vez; tenemos que procurarle un cuerpo hermoso y eficiente en el que pueda morar y manifestar su gracia múltiple.

XIV

LA ANTIGUA SABIDURIA DESDE EL PUNTO DE VISTA MODERNO

El tema de "La Antigua Sabiduría desde el punto de vista Moderno" puede discutirse de diversas maneras. Tendríamos que dar un bosquejo de la Sabiduría tal como la comprendemos, empleando una terminología moderna. Tendríamos que sostener algunas de las antiguas tesis con citas de estos últimos tiempos, que muestran cómo las verdades proclamadas por los videntes y sabios de la antigüedad encuentran eco y manifestación en las intuiciones de los poetas y otros que hablan en el lenguaje del Espíritu en épocas relativamente recientes. Veríamos también cuán asombrosa es la afinidad entre algunas ideas del pensamiento científico avanzado de hoy y algunos de los conceptos de la metafísica hindú, disimulados algunos en alegorías y parábolas cosmológicas. Sería también una empresa provechosa examinar en sentido crítico las tendencias de la mente moderna según se reflejan en sus reacciones a las antiguas ideas y estudiar el cambio de mentalidad desde los tiempos antiguos a los actuales.

No he de explorar aquí ninguno de esos caminos, sino que he de ocuparme de las diferencias esenciales entre la apreciación antigua y la actual de lo que puede denominarse un conocimiento básico del universo al que estamos ligados inexorablemente. El carácter de esa diferencia, conviene decirlo de inmediato, no es de mero contraste, sino de complemento.

Lo que llamaríamos la Antigua Sabiduría, que los teósofos modernos tratan de comprender y proclamar bajo el título de Teosofía, no se basa únicamente en la antigüedad de la doctrina; la palabra "antigua" encierra la significación de una sabiduría acumulada a través de las edades, probada y experimentada en el tiempo. Con-

serva todavía su atractivo y su valor para las mentes que consideran la experiencia humana en total y en todas sus formas diversas y le encuentran la misma validez que tuvo para los hombres de las épocas anteriores.

Uno de los Objetivos de la Sociedad Teosófica es el estudio comparado de las religiones, de las filosofías y de las ciencias. A eso podemos muy bien agregar las concepciones intuitivas de los artistas en todas sus variedades y todos los principios que demuestran tener valor en la vida práctica de la humanidad. Considerando por el momento sólo las religiones, como factores que han ejercido sobre las grandes masas una influencia más profunda y relativamente más continua que los otros, las verdades que son más importantes, desde el punto de vista de la Teosofía, son las comunes a todas las religiones, o a un número de ellas, o las que lleven a la realización de una síntesis comprensiva.

Si la antigua Sabiduría es un conglomerado de verdades universales imperecederas, debe tener su valor y aplicación en las condiciones y tiempos actuales. Es una Sabiduría antigua al par que siempre nueva, de encanto e inspiración perenne siempre vigorosa y siempre creciente porque la naturaleza misma se cultiva y desarrolla. En todo esto porque es una Sabiduría objetiva, producto del autoconocimiento, aunque su aplicación objetiva vaya a la conducta y a las relaciones humanas. Es la sabiduría que surge de todos los contactos y experiencias humanas.

El mundo moderno y de igual modo todo el universo considerado desde el punto de vista actual, presenta en lo más grande como en lo más pequeño un cuadro más amplio, variado y detallado que el que tenía por delante el hombre común de los tiempos antiguos. Esto es lo que vemos, ya sea que consideremos las condiciones de vida en nuestro globo, las teorías y conocimientos astronómicos, la constitución de la célula, de la molécula y del átomo o la clasificación y evolución de las diversas especies biológicas.

Sin embargo el hombre, la conciencia que contempla el cuadro, permanece como siempre. Los problemas humanos que comprenden sus motivos, pasiones, emociones y relaciones no difieren de los de antes. La naturaleza de la conciencia humana que entra en la cuestión de lo que la sabiduría representa, el problema de la comprensión verdadera, es esencialmente el mismo. Las experiencias de hoy

pueden ser más numerosas, más rápidas, más complicadas; sin embargo, fundamentalmente, en lo que constituye el placer y la pena, el afecto y el desvío, la esperanza, el temor, la frustración y el desengaño, se presenta a la conciencia humana el mismo tipo de material que se utilizaba en las realizaciones que ocurrían en la sabiduría de los antiguos.

La sabiduría centrada en torno al sujeto, al experimentador, distinguiéndola del objeto o universo, el experimentado, no puede cambiar. Esa sabiduría puede tener una amplitud distinta y una aplicación diferente en las condiciones actuales, con una justificación más visible en el conocimiento más extenso que poseemos, pero alienta el mismo espíritu y nuestras idénticas condiciones que antaño. Es a causa de este hecho que la que los grandes Maestros del pasado hallaban en sus tiempos, es siempre verdad y continúa siendo de la misma profunda importancia, sin haber perdido su eterno poder para guiar e inspirar.

El punto de vista moderno, en su aspecto más característico es científico, racional y se basa en hechos y leyes examinados y comprobados; en observaciones de naturaleza material, desechando la imaginación para lo que no sea la formación de la hipótesis práctica. Es un punto de vista práctico, adecuado al mundo de ahora y esencialmente objetivo.

De suerte que si la antigua sabiduría ha de acomodarse a este moderno punto de vista, no debe oponerse a los hechos y leyes científicos, hechos que desde cierto punto de vista son válidos como experiencia en un cierto nivel y leyes, si ellas son verdaderas y no simplemente suposiciones o tanteos. Ni puede la antigua sabiduría dejar de relacionarse con este conocimiento inferior, sino que debe comprenderlo para que haya unificación o fusión de lo superior con lo inferior como la hay entre un hemisferio superior y otro inferior.

Cuando distinguimos lo subjetivo de lo objetivo y buscamos de completar lo uno con lo otro haciendo uno de ambos, ¿cuál es lo subjetivo a que nos referimos? La palabra significa, por supuesto, no simplemente lo imaginario, sino lo que pertenece al sujeto o conciencia, cuya naturaleza es la base de la apreciación que completa el conocimiento de lo externo, lo superficial, lo aparente: el objeto.

La conciencia del Yo es subjetiva, del mismo modo que son subjetivos el pensamiento abstracto y el establecimiento de las rela-

ciones que llamamos pensamiento y razonamiento; lo mismo que todo sentimiento, incluyendo las sensaciones. El metafísico, el poeta, el místico, el artista, todos ellos trabajan con algo que es una verdad o una experiencia subjetiva. Pero, también en ellos la experiencia subjetiva está en gran parte ligada al conocimiento y a los estímulos objetivos. Tiene que existir una experiencia subjetiva que esté más allá de nuestra experiencia común diaria. Pero las emociones y pensamientos de un poeta o de un amante de la música tienen una base objetiva, según podemos apreciarlo, aunque esa base puede estar constituida a veces por impresiones acumuladas en la memoria. Uno podría preguntarse con todo derecho: ¿Hasta dónde un experimento subjetivo, en relación a un objeto evocado por una expansión invisible del mismo objeto, constituye una idea que lo trasciende, es decir, de naturaleza subjetiva?

La ciencia no abarca todo lo existente, aún si se trata solamente del universo material. Llega hasta a admitir que lo que se observa no es sino la apariencia, la cual es únicamente la representación de la realidad. Viendo el abismo que existe aun en los fenómenos ordinarios apreciados por los sentidos, entre el efecto subjetivo y su causa objetiva (la sensación y las vibraciones, por ejemplo), ¿quién puede negar con certeza que la impresión subjetiva pueda ser un intérprete más fiel que la exposición objetiva de la causa? Si nos damos cuenta de esto, no tendremos que ir mucho más lejos para poner en su debido lugar al tipo de pensamiento o de experiencia que se relaciona con la filosofía, el misticismo y la religión, no con ninguno de ellos en particular, sino con el tipo de realización que cada uno de ellos implica.

La Teosofía se apoya sobre la base de que lo subjetivo o mundo de la conciencia, y lo objetivo, o mundo de la materia, no se contradicen el uno al otro, sino que se funden uno dentro del otro por gradaciones que constituyen los grados de una polaridad fundamental denominada en la antigua India con los términos *Purusha*, Espíritu, y *Prakriti*, Naturaleza o Materia. Esta polaridad es la que construye el edificio de *Prakriti* y trata de destacar las manifestaciones de *Purusha*, poniendo en evidencia los resultados de esta fusión etapa por etapa y plano por plano. Así salen los diversos planos o mundos, que de acuerdo a la Teosofía son siete, como los colores del espectro y las notas de la escala musical, porque la Naturaleza es septenaria

en sus sistemas y manifestaciones. De acuerdo a lo expuesto (a primera vista una simple teoría, pero en realidad una verdad probada parcialmente y por lo demás legítimamente deducida por todos aquellos que han investigado empleando los medios apropiados) hay en cada plano una diferencia en la relación entre lo subjetivo y lo objetivo; en cada plano vemos una manifestación de Purusha, distinta de los demás por su calidad, fuerza y modo de actuar; en cada plano Prakriti está constituida de una manera diferente y muestra propiedades distintas de las que manifiesta en los demás planos.

Sin embargo, a través de estas gradaciones, la filosofía en que se basa la Antigua Sabiduría, o más bien el conocimiento que subyace en ella percibe un hilo, que denota la unidad, y carácter de única de Purusha cuya constitución debe concebirse como análoga a la constitución básica de la conciencia, cosa que se puede constatar en la etapa humana de la niñez. La unidad que proviene por así decirlo, del polo espiritual de la naturaleza, se individualiza en la dimensión del tiempo y del espacio en innumerables formas, siendo cada forma la raíz de una individualidad en el más sutil de los planos (cerca del Supremo Purusha o Atman) que perdura por un período de tiempo inconcebible, por la sutileza o levedad de esa clase de sustancia, asimilada a la constitución del principio de la Vida, y al mismo tiempo, por el hecho de que el tiempo, en ese plano, para nuestras conciencias, debe tener necesariamente una duración adecuada a la capacidad de su experiencia, una forma de ser medido completamente distinta de la que empleamos aquí abajo con nuestra conciencia pesadamente cargada y limitada.

De este modo, de un Atman surgen innumerables Jivatmas o Entidades vivientes, de un Purusha, innumerables Purushas, manifestándose cada uno en los planos sucesivos que están por debajo de ese primer plano, pero cayendo, en cierta etapa del descenso, en una materia incapaz de conservar las formas más allá de un período de tiempo limitado por su densidad, y su aspecto desvitalizante, causado por la separación entre el Espíritu y la Materia que ha llegado a ser preponderante. De este modo surgen los mundos de las formas perecederas en los que la Reencarnación es ley porque el Ego o Purusha, relativamente permanente, tiene que pasar por el experimento de la separación y superarlo. Cada una de las formas de este mundo separatista tiene que perecer no sólo porque está constituido por ma-

teria densa, cuya finalidad es separar, apartar y desintegrarse después de un tiempo, sino que por la muerte de las formas particulares las nuevas especies reemplazan a las viejas y la evolución avanza.

Todo esto es hipotético excepto por los testimonios de los videntes y se basa en argumentos analógicos, presunciones plausibles y en tener la suficiente capacidad de pensamiento para comprender los hechos que pueden averiguarse y las inferencias que tengan validez. Todo lo que se manifiesta como hecho realizado interiormente o cualquier seguridad que se tenga en el reino subjetivo, tiene que ser hipotético necesariamente. Solo puede juzgarse por la apariencia de razón que ofrezca, por su concordancia con los hechos objetivos y su valor pragmático.

La Antigua Sabiduría en su aspecto filosófico se centra, en torno al hombre y a Dios, abarcando a toda la Naturaleza, los dos focos de la elipse: el hombre y Dios, fundiéndose más tarde en un centro, cuando la elipse se transforma en un círculo y el hombre se vuelve Dios. La Antigua Sabiduría considera a los tres, hombre, Dios y Naturaleza, no como entidades separadas, sino como una en esencia, representando los tres aspectos de una misma Realidad, siendo la Naturaleza y Dios las partes objetiva y subjetiva respectivamente y el hombre el lazo de unión entre ambas, ya que él es parte Naturaleza y parte Dios, obrando como una entidad individual evolucionante que forma parte del proceso evolutivo de la Naturaleza y desarrolla el aspecto de Dios. Siendo lo uno y lo otro y estando en medio de ambos, el Ego inmortal sin egoísmo, tiene su residencia en los planos medios que equidistan de los polos superior e inferior y que implican lo más denso y lo más sutil, el plano más cercano al origen, que es también el plano al que todas las cosas regresan y el que está más alejado.

Más arriba del plano ocupado por el Ego están los planos ocupados por la luz del Espíritu y debajo de ese plano están los que corresponden a las cualidades, y leyes mecánicas de la Materia. Como una entidad evolutiva el hombre corporiza una parte de sí mismo en una serie de personalidades transitorias cada una de las cuales, en virtud de la ley natural de afinidad y por obra del mecanismo sutil de la Naturaleza, transmite a la que le sucede la simiente de las cualidades, capacidades, tendencias y rasgos que ha desarrollado y heredado como fruto de todas sus experiencias pasadas. El

progreso de esta corriente espiritual o corriente de conciencia obtenida por las personalidades sucesivas, se realiza por un medio que ella establece por sí misma y la naturaleza de cada paso a darse en la senda se determina solamente por las fuerzas liberadas anteriormente por la entidad que va progresando y por las reacciones de la Naturaleza a las mismas.

Las verdades de la Antigua Sabiduría pueden establecerse y resumirse de varias maneras. Pero sea cual sea el ángulo del que prosigamos, llegaremos a una cierta Verdad o principio que sólo puede experimentarse o enunciarse dentro de uno mismo y esto es lo que diferencia a la Teosofía de toda otra ciencia.

Si este algo que es trascendente se concibe como el Principio de la Vida (o como lo que origina la Vida) que desciende hablando en sentido figurado, de la cúspide a la base del universo, concebido como una construcción de la materia en todas sus gradaciones, mezclándose y complementándolo en sus propiedades y cualidades, es una idea que la Ciencia, partiendo desde abajo y alcanzando una altura muy pequeña del edificio, una parte de la planta baja, diremos, no puede pegarlo positivamente en referencia a la naturaleza de las cosas. La idea, si se aceptara, nos daría el todo completo de lo que percibimos, ligándolos a todos, traspasándolos en su luz todo lo que está en el Espíritu transforma todo lo que es materia y vuelve todo el conjunto en una idea Divina materializada, materializándose a su vez por su propio poder inherente, una idea en la que está toda la lógica, la armonía, el color, la fascinación y la poesía que el hombre busca en las formas superiores, de su pensamiento, de su experiencia y de su expresión.

Desde que Espíritu y Materia están siempre juntos y solo la polaridad entre los dos es lo que varía en los distintos planos de la Materia, desde que Espíritu significa conciencia, propósito y potencialidad, y la conciencia está en todas partes, desde el punto de vista de la filosofía que sostiene la unidad, todas las cosas se diferenciarán a medida que la polaridad cambia con el tiempo, y a eso se llama evolución. El conocedor acrecienta su capacidad o conocimiento (o acrecienta la realización de su propia naturaleza que es el conocimiento) y todos los casos, incluyendo la materia misma, se transforma, es decir, evolucionan por el cambio de polaridad que es la auto-revelación del Espíritu. Mientras tanto, los que ven la naturaleza

espiritual que subyace en las cosas materiales, con las que se ha fusionado, y las ven desde adentro, sin saber, no obstante cual es el mecanismo que las mueve, son los profetas, los videntes, los clarividentes.

La Teosofía, definida en palabras que ponen de manifiesto nuestra limitada experiencia, no puede revelar la naturaleza interna de las cosas, que es infinita y variada. Pero nos dice que existe tal naturaleza interior de la cual tenemos muestra en nuestras experiencias superiores y esta naturaleza proviene de un principio que es la Unidad. Esta naturaleza que solo se nos revela en parte, pertenece también a la materia y a las formas de la materia, pero potencialmente, aunque en cada forma hay un indicio del aspecto de las cosas que vendrán.

El punto de vista de la Antigua Sabiduría es el centro, y la Ciencia moderna explora la circunferencia; más, no puede haber oposición entre el centro y la circunferencia. La ciencia se ocupa de la corteza exterior del todo que constituye la Realidad, y ha encontrado razones para creer que hay más de lo que sospechamos detrás de los fenómenos que observamos. Muchos estudiosos eminentes de la Ciencia en todos sus campos, encuentran en nuestro conocimiento actual de la Naturaleza, motivos muy razonables para presumir la existencia de una Inteligencia Creadora subyacente en los procesos naturales. Porque en esos procesos, que sólo parcialmente se han descubierto, hay designio y propósito para tan bien disimulados, que todo lo que ocurre pareciera que sucediera por sí mismo. En otras palabras, la obra de Dios está en todas partes, mostrando un toque sutil, pero El no está en ninguna, excepto en la conciencia del que lo busca.

La Antigua Sabiduría, tomando como base lo ideal, no lo empírico, ha procedido, por deducción, no por inducción; el movimiento desde arriba es esencialmente complementario del movimiento que se realiza desde abajo y que caracteriza al moderno método del progreso. La Teosofía procura sintetizar a entrambos, porque no es más que la Sabiduría Antigua en ropaje moderno. Siendo la Teosofía, en esencia, la Sabiduría, trata de hallar en todo lo que hay en la Naturaleza aquel origen en el que está la fuente de toda creación, el germen de ese impulso continuo que partiendo de un centro que está colocado infinitamente arriba nuestro y va descendiendo paso a paso.

hace marchar a todas las cosas y con el tiempo, en virtud de la naturaleza misma y de la dirección de la fuerza que les imparte, llevará a todas las cosas a un fin común.

Antiguo y moderno son términos contrastantes; también lo son sabiduría y conocimiento, por lo menos, esa clase de conocimiento extensivo y en un sentido literal, superficial, que moldea considerablemente la mentalidad de la época actual. Más, ni el uno ni el otro pueden estar separados. El universo tiene profundidad y extensión y lo mismo sucede en la manifestación de la conciencia humana, la que en el transcurso del tiempo desarrolla una compenetración coextensiva con el universo y puede modelarse sutil y perfectamente en cualquier forma viviente dentro de sí. Desde que según el punto de vista ocultista, es decir, el punto de vista interno, nada está privado de vida, lo que ocurre en realidad es la unificación de lo activo, y de lo pasivo en la fusión de la vida con la vida, de la conciencia con la conciencia, siendo la vida un estado inseparable de la conciencia. Cuando contemplamos la manifestación de la vida desde afuera, vemos la forma que la aprisiona y el contenido de esa forma es la vida, que en cada forma individual tiene una cualidad de conciencia, cuya comprensión es esa percepción subjetiva sin lo cual la percepción objetiva no es sino el bosquejo de la apariencia. Conocer la cualidad de una cosa es algo distinto de un conocimiento de sus propiedades externas y cuantitativas.

La Sabiduría, para lograr sus fines, debe alcanzar las verdaderas relaciones entre las cualidades y las formas de la percepción externa, cuyo estudio en el pasado, dió tanta importancia a la geometría y a la ciencia de los números. Necesitamos conocer, no sólo las relaciones entre las cosas apreciándolas por sus efectos exteriores sino también las cosas en sí mismas. La inteligencia humana encierra las facultades que le permiten apreciar las dos formas de percepción. En la fusión de ambas, lo que presupone una sensibilidad interior despierta, está esa comprensión perfecta que, del punto de vista teosófico, es tanto interna como externa.

HACIA LA UNIDAD

Se ha dicho que donde no hay visión, los pueblos perecen. Una visión del futuro que podemos construir, de la meta o propósito supremo que aspiramos, es necesaria, ya sea para el individuo o pueblo, o para la humanidad como un todo. Nuestro esfuerzo tiene que ser, en relación a ese fin, constructivo, si queremos que dé por resultado nuestra felicidad y beneficio. Pero si los individuos no pueden ver más allá de sus problemas inmediatos, de sus deseos de cortos alcances, es seguro que se conseguirá el fracaso, el desaliento y la calamidad. Eso lo vemos en el mundo día a día.

Aunque la guerra como forma organizada ha dejado de existir, podemos ver la lucha entre Estado y Estado, y entre una clase y otra, en el seno de toda sociedad. Por supuesto esta condición no puede considerarse como de paz. La paz no es la ausencia de lucha en un frente, una calma aparente, sino una condición que brota de los procesos constructivos de la vida. La salud no es un estado de febril inquietud con trastornos y dolores que en cualquier momento pueden terminar en una peligrosa crisis. Si no hemos de sumirnos en la paz de la muerte debemos buscar la paz de la vida, que se engendra en la armonía, en virtud de los procesos que constituyen en su totalidad la manifestación de la vida. Si la reconstrucción del mundo debe llevarse a cabo exitosamente, es necesario que tengamos una amplia visión de la forma en que esa tarea debe intentarse y llevarse a cabo.

No puede haber una visión más grande para ningún individuo o nación que la que los grandes videntes y sabios de la India han proclamado, la visión de una Unidad que abarca todo cuanto existe, que de por sí constituye la Verdad, diversa en su manifestación, pero una en esencia. Si la humanidad necesita un principio, un fin o una meta, es esa unidad, por sobre toda otra cosa. Aunque

constituye la mayor de todas las verdades, como que es el principio involucrado en toda vida, sin embargo se la tiene poco en cuenta, y no se realiza, como no sea por unos pocos individuos diseminados en diversos lugares que la conocen y exaltan, en medio de nuestras numerosas distracciones.

Para muchas personas, el concepto de unidad puede parecerles frío y abstracto como si fuese una unidad expresada matemáticamente por un punto del que irradiansen una infinidad de líneas. Pero esa unidad, si se estudia y se la aprecia, puede llegar a dar todo el calor, colorido y movimiento que podamos desear.

Considerad por un momento las vibraciones del sonido. No son sino oscilaciones con determinadas frecuencias. Pero cuando esas vibraciones, que son materiales, objetivas y matemáticas chocan con la conciencia humana viviente, se transforman en sonidos con sus posibilidades infinitas de lenguaje, música, felicidad y expresión. Igual ocurre con la luz. Todos los colores no son más que una serie de vibraciones. Pero el universo ha sido hecho tan maravillosamente tanto en su aspecto material como en el espiritual, con tan asombrosa correspondencia entre ambos, que cuando lo concreto, frío y objetivo, sin inspiración, en apariencia, obra sobre la conciencia espiritual del hombre, el resultado es un universo de luz, de sonido, de color, de forma y de poesía.

Esta concepción de la unidad que es el fundamento de toda la filosofía, el corazón de toda religión, el ápice de todo análisis científico y permitidme que agregue, la raíz en toda expresión artística, tiene que adentrarse en la conciencia de cada uno de los individuos que constituyen nuestra humanidad. Nunca más que ahora debe destacarse en estos tiempos en que la parte material de la vida se nos pone por delante más activamente que nunca, acaparando nuestra atención por la variedad de sus formas y actuaciones, y debemos proclamar esa unidad por todos los medios a nuestro alcance, en formas bellas, en todos los ejemplos, porque si logramos que se comprenda esta conciencia de la unidad en la diversidad, estableciendo el parentesco que vincula a todas las formas animadas, daremos al mundo la mayor bendición, al facilitarle la condición que le permitirá encontrar la felicidad suprema.

Tal como es hoy, toda la humanidad está en desacuerdo consigo mismo, quebrantada su mente y dispersas sus emociones, arrastrando

las partes esparcidas en direcciones diversas, todo por falta de un simple imán que pudiera juntarlas. El primer objetivo de la Sociedad Teosófica es el establecimiento de una fraternidad universal que no tuviese en cuenta las distinciones superficiales, y en su promulgación está nuestro mayor servicio a la humanidad. El segundo Objetivo que consiste en el estudio comparado de las religiones, la ciencia y la filosofía, nos lleva al descubrimiento de la unidad.

La verdad más grande que puede proclamar cualquier teósofo, la verdad más antigua y sin embargo siempre nueva, la más justa y la más plena de inspiración, es la verdad de la Realidad Una, de la cual surge todo. De esa fuente una emana toda vida y al brotar fluye en infinitas direcciones distintas bifurcándose más y más, hasta que nos hace ver, en el mundo va moderno, innumerables vidas, especializadas cada una a su manera y manifestándose en una infinita diversidad de efectos, cualidades y fuerzas. Es un proceso continuo. Ya sea que consideremos la diferenciación del protoplasma en tejidos de varias clases que formarán los distintos órganos, o la ramificación de la corriente original de vida en innumerables arroyuelos que atraviesan todas las formas que constituyen los distintos reinos de la Naturaleza, encontramos en este proceso de evolución de las diferencias, subdivisiones cada vez más pequeñas de la sustancia original.

● Cuando este proceso ha llegado al límite, cuando la ola que sale del centro ha alcanzado la circunferencia de la manifestación particular, en cada caso, la ola retrocede al centro; éste es el proceso complementario ulterior para la reunión de todas las partes diferenciadas y especializadas para constituir un único todo; que reconstruye la unidad de la que han salido. Este es el fenómeno básico de la manifestación y del retorno.

● Esto no es una cosa sin sentido, sino que es algo tan grande y maravilloso como estupendo y complejo. Cada parte especializada, cada fragmento de vida tiene su carácter único, su valor exclusivo y especial su nota que dar; y todas las diversas notas, innumerables como son, se sintetizan eventualmente en un todo, que puede imaginarse como una sinfonía magistral en la que cada nota se combina con el mayor acierto e ingenio con todas las demás siendo cada modulación perfecta, cada acorde tan dulce, bello y armonioso que no pueda pedirse más. La agrupación de las diversas partes esparcidas,

en un todo como el descrito, constituye "el objeto divino y distante hacia el que marcha toda la creación".

● Todos procedemos de Dios, para usar el idioma de la religión, y todos los hijos de Dios (hombres, animales, plantas, minerales y elementales) deberán volver a su Padre común, pero unidos todos entre sí. El proceso de esta reunión y de este retorno está en juntar las diferentes partes etapa por etapa de modo que en cada una constituyan una forma de unidad. Innumerables formas de estas, agrupamientos de esta clase, se van modelando hasta que finalmente todas las cosas, en sus formas perfeccionadas, llegan a una que las incluye a todas, el todo magnífico de carácter universal.

● Llevando todo esto al plano de nuestras actuales actividades prácticas, encontramos la verdad de que, dondequiera que nos reunamos en grupo para marchar hacia un objetivo único, dondequiera que tengamos elementos diversos integrados para constituir una unidad, dondequiera que las cosas se sometan a un orden conveniente y bello, allí estarán los primeros pasos a darse para el logro del objetivo principal.

● Dije que la integración constituye la raíz de toda expresión artística. Lo repito porque la esencia del arte reside en la expresión de algo que tenga un solo significado dentro de una variedad de partes o movimientos así como una encantadora sonrisa se produce por la coordinación de los músculos causantes de ese fenómeno. Un cuadro perfecto nos muestra una idea central, que todas las demás partes exaltan para atraer la vista de quién lo contempla. Contemplad el arte de la Naturaleza, la forma en que produce las formas de sus criaturas, el pez en el agua, el ave en el aire. Su belleza es atrayente porque están modelados para cumplir el propósito para el que fueron creados. La forma artística se crea adaptando el material al propósito, haciendo converger todos los factores hacia un único fin. La forma completa se simplifica para alcanzar un solo movimiento, un propósito único.

● Dondequiera que los seres humanos se junten y desarrollen un propósito común o se consagren a una obra común, adaptándose perfectamente unos a otros, cooperando en la ciencia o en el arte, persiguiendo otros conocimientos, o para cualquier otro fin, sea cual fuera, aún cuando se tratan de un equipo de cricket o de la tripulación de un buque, en todo eso vemos el comienzo de una preparación

para la fusión final que vendrá. Podemos contemplar en estos comienzos solo la parte externa de un poderoso movimiento que con el tiempo abarcará todo el cielo y la tierra, cuando todas las cosas lleguen a ser arquetipos de perfección insuperable. Parte de nuestra labor consiste en iniciar el cambio necesario para alcanzar tales propósitos.

● Echemos una mirada a los dos factores que dividen a los hombres en la actualidad: La nacionalidad y la religión. ¿Es que hay algo en ellas que sea de valor perdurable? La respuesta, desde el punto de vista teosófico, depende de lo que haya en la esencia de esas cosas. Está en la especialización de sus cualidades. Es obvio que hay un nacionalismo de dureza, de odio y de agresión, pero puede existir también un nacionalismo hermoso y constructivo, de amor, que exprese el genio común de todos los que integran esa nacionalidad. Una nación vive para cumplir el propósito de desarrollo y emplear su genio. Un nacionalismo así es una realización del Plan Divino en lo que respecta a ese país. Lo mismo ocurre con cualquier religión. Su origen está en un Fundador espiritual que da la médula de la verdad que ese grupo ha de conocer, y luego la misma verdad queda envuelta en el manto de la superstición.

● La especialización de cualquier clase que sea, ya sea en el orden artístico o científico, en el carácter del individuo, en la raza o en la religión, es de grande valor porque es parte integral de un propósito que lo abarca todo. Nuestro ideal, en consecuencia, no debe ser la anulación de las diferencias en que se ha dividido la unidad original, puesto que las diferencias existen para manifestar un esplendor que no puede mostrarse en la unidad, sino que debemos alentar y capacitar a cada tipo y especie distinta a conservar en sí mismo el resultado de su herencia para florecer en sus cualidades propias y mostrar su propio brillo.

● En la India nuestro dharma es ostentar las bellas cualidades características del hindú y que constituyen la originalidad del espíritu de la India en su forma pura, no viciada, fragante. Lo dicho se aplica a cualquier otro pueblo, porque cada cual tiene un mensaje que dar a través de su obra y de su actuación, empleando lo que pueda hacer que su civilización sea espiritualista y magnífica.

● En un mundo compuesto de tan diversos factores, diferentes unos de otros, tiene que suceder, en el proceso cambiante de su evo-

lución, que aparezca una necesidad constante de reajuste debido al intercambio de acciones buenas y malas, cargadas de alegría o de dolor. Ese intercambio se ha hecho ahora más intenso y se acrecienta por la circunstancia de que vivimos hoy en un mundo en el que las barreras físicas de la intercomunicación se han desvanecido por los inventos del intelecto humano y todas las partes constitutivas de la humanidad se juntan más íntimamente, para bien o para mal. Ese contacto no debería dar como resultado, hablando idealmente, lo que vemos al presente, un choque entre los diversos tipos, o la degeneración de cualquiera de ellos, sino la intensificación y enriquecimiento del carácter de cada uno de ellos por la acción de los demás.

● Cuando un hindú va al Occidente, se comprende que se sienta influenciado por la cultura, las especializaciones y las cualidades de la civilización occidental, sin embargo, debe continuar ostentando las características del hindú. No hay contradicción en esta posición. En realidad, nadie puede evitar seguir siendo quién es y todo lo que uno puede hacer es continuar siendo el hombre que era o transformarse en una máscara que invita la expresión de otro, que no puede nunca ser como la propia. No podemos incurrir en daño por abrir nuestros corazones y mentes a las más delicadas las más bellas y espirituales influencias de los demás, ya se trate de individuos, sistemas o cultura, mientras conservemos la integridad del espíritu al que se asimilarán estas cualidades. No puede darnos otro resultado que el engrandecimiento de nosotros mismos.

● Aunque el total de la humanidad pueda estar dividido hoy por luchas, por padecimientos de todas clases, y quebrantado en pedazos, ha llegado el momento para que todos sus miembros y órganos no sólo se compongan y restauren, sino también para que formen una unidad con todos sus individuos, blancos, de color, negros y cobrizos, con todos sus sistemas, creencias y culturas. La esperanza que podemos dar al mundo, como teósofos que somos, es la de que hay un destino que debe ser realizado por la humanidad como un todo e igualmente para cada una de sus partes. Tal realización es posible no solo porque los pueblos de todos los rincones del globo pueden encontrar ahora facilidades para comprenderse los unos a los otros y actuar conjuntamente, sino también porque se está manifestando en forma creciente entre los individuos una cualidad de la mente que va está empezando a afirmarse, una cualidad de universalidad

que trata de considerar a toda la humanidad como una. Esta cualidad es en sí misma la manifestación de un proceso de síntesis dentro de nosotros mismos. Resulta posible, por lo menos para los individuos más delicados y sensibles que encontramos en todos los países, captar lo que hay de común en todo lo humano, la verdad que encierra la evolución del hombre, algo del significado de las experiencias que tocan a la humanidad por entero y la realidad de nuestra fraternidad.

● Esta unidad de criterio que se puede lograr en una parte de la humanidad, incluyendo a sus conductores (que lo sean en el verdadero sentido) será la culminación de la civilización mundial que debe surgir y crecer gradualmente; pero debe haber también, como fundamento físico, una organización para regular la vida de la humanidad en un todo, a fin de asegurar la paz y promover el desarrollo pacífico de todos los pueblos en el comercio, las letras y toda empresa común. De este modo la humanidad funcionará como un solo cuerpo, escuchándose el latido de un solo corazón, animado por una sola vida, aún cuando ella actúe por medio de diversos miembros y órganos.

● O nos reunimos comprendiendo que todos los hombres y las mujeres forman una sola familia, o bien nos arrojaremos todos a un abismo que devorará lo bueno que pueda haber en nuestra herencia y realizaciones, aniquilando a la mayor parte de la humanidad.

● Esta unión de todos los pueblos de la tierra está muy lejos todavía, sin embargo permite apreciar en estos tiempos el objetivo final hacia el que todas las cosas deben llegar paulatinamente. Nuestra obra en común es unirnos para todo propósito constructivo; cada uno de nosotros debe poner algo de sí para organizar nuestra vida nacional a fin de que en vez del caos que impera, haya orden, para organizar nuestro sistema económico a fin de que en vez de funcionar para el disfrute de unos pocos, pueda contribuir a la felicidad de todos; para organizar un nuevo ambiente social que reconcilie los, en apariencia, principios contrarios entre la libertad individual y el orden social; y para promover toda suerte de contactos regeneradores y cooperación en todas las esferas de la vida humana. A medida que progrese en la formación de una nueva civilización dentro de estas características, volveremos a establecer aquí abajo la olvidada

verdad de la unidad en lo que a la humanidad concierne, de una manera vívida y efectiva.

● La Teosofía establece una concepción de la naturaleza divina del Espíritu en el hombre, en términos que pueden ser aceptados por todos los individuos que sepan pensar y aplicar esta concepción a la vida práctica. La verdad de la unidad de la humanidad que es el punto central de esa doctrina, unidad de la que depende la vida y la relación con todas las verdades subordinadas, es cada vez más aceptada o entra en vistas de serlo por los individuos de tendencias verdaderamente espirituales, que se distinguen de los dogmáticamente religiosos. Resultaría posible construir un organismo de verdades espirituales en torno a ésta, basadas en el conocimiento del hombre y de la Naturaleza que hoy poseemos y que capacitaría a los diversos pueblos del mundo, liberados de las trabas de sus dogmas respectivos, intercambiar sus más íntimos y bellos pensamientos y aspiraciones. De este modo podremos crear un núcleo compuesto de individuos orientados todos hacia la misma verdad, la verdad de la Unidad, de la verdadera naturaleza espiritual del hombre, de la que tendrán conciencia hasta cierto punto.

● Antes de que podamos fundir a toda la humanidad en un templo espiritual, hay que preparar el material. El plan del Supremo Arquitecto no debe ser solamente crear una estructura bella en su conjunto, sino poner en cada uno de los segmentos que la forman, el máximo posible de belleza; cada parte subordinada debe poder bastarse a sí misma en el lugar en que se encuentre: arcada, piso, pilar, espira; cada una completa, expresando su propia significación; pero todas formando un diseño que tiene un significado como un todo, distinto al de las partes; cada parte debe estar dispuesta de tal modo que cada una de ellas pueda mostrar su significación al máximo, brillando al par de su belleza individual, por la iluminación proveniente de la hermosura del conjunto.

● Existe un designio que debe ser cumplido por toda la humanidad, que se manifestará solamente cuando la humanidad se fusione en un todo, un designio que aclarará todo lo que ha ocurrido hasta ahora. Y ha de consistir no sólo en la felicidad y seguridad para todos, sino más que eso aún, será la manifestación de un espíritu nuevo, cuya acción ha de sentirse en todas las partes que integran

el cuerpo de la humanidad y cuya naturaleza ha de llevar a esas partes a la culminación de su propia gloria.

● Antes que el templo de la humanidad reunida en un solo conjunto pueda construirse, tenemos que contar con los hombres y mujeres que constituirán las piedras para levantar el templo, un número suficiente de hombres y de mujeres que tengan entusiasmo por la obra a emprender, que predomine en ellos una conciencia mundial, además de su propia conciencia individual y nacional y cuyo pensamiento se dirija en primer término a la humanidad, como un todo. Si queremos contar con hombres y mujeres así, los jóvenes han de ser educados para ese propósito.

● El nuevo orden nos va a tomar mucho tiempo, porque no puede hacerse con una estructura prefabricada. Cada parte viviente tiene que alcanzar la necesaria adaptación con las demás y funcionar eficientemente en su lugar, dentro del órgano que le corresponda. Aunque esto es asunto de educación y progreso muy lento, podemos comenzar desde ahora y aquí mismo. Si podemos hacer esto, podremos esperar una nueva era de paz ininterrumpida, un milenio superior a todos los que han existido en los tiempos pasados, una civilización que puede describirse como civilización universal en la que el espíritu de la falta de cultura se perderá o cancelará y el todo será glorificado.

● La nueva civilización será la expresión del alma del mundo, en la que la cultura y la civilización de cada nación de oriente y de occidente, será una faceta. Podemos soñar hoy este sueño, porque una nueva Era está llamando a la puerta y la humanidad debe enfrentar la elección de abrir esa puerta o de cerrarla.

● Hay miles de miembros de la Sociedad Teosófica por todo el mundo y un número mayor de hombres y mujeres de buena voluntad que alientan pensamientos humanitarios y de simpatía y pueden llamarse teósofos de corazón. Si todos ellos marchan juntos y trabajan en pro de esta verdaderamente grande objetivo, que será para la salvación y gloria, no sólo de los individuos sino de todo cuanto existe, entonces podremos, uniendo nuestros esfuerzos, sacar a la humanidad de la presente oscuridad en que se halla y salvarla de los peligros y de la miseria a que está expuesta. Esos conductores teosóficos que nos han dado su guía y su sabiduría en profusión y que desencarnado, los Fundadores, la Dra. Annie Besant, C. W.

Leadbeater y otros, están sin embargo con nosotros para la realización de esta gloriosa empresa. No puede haber privilegio mayor para nadie, que el de unirse a esta obra modelando su vida y sus circunstancias futuras mediante su actuación presente, dedicando todos sus esfuerzos a este fin.

Este libro
se terminó de imprimir
el día
8 de Junio de 1957
en los
Talleres Gráficos French
French 1501
Rosario